



El nationalsindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos

Miguel Moreno Hernández

PÓRTICO

Juan Aparicio, fiel amigo y conocedor de Ramiro Ledesma Ramos, escribió estas palabras, que reproduzco como digno pórtico a este libro, porque están unguadas con el bálsamo de la fidelidad —don remoto y escondido— y la gracia de la amistad en un mundo tan parco de ella.

«El prólogo a esta Antología de «La Conquista del Estado» debiera sustituirse con ventaja por un dístico grabado en bronce, o por dos versos heroicos o elegíacos esculpidos en un plinto de mármol...» «Así como Viriato forma su guerrilla con oscuros campesinos sayagueses y pastores de la Lusitania, su paisano Ramiro Ledesma comenzó a buscar la partida que necesitaba, los once firmantes del primer manifiesto de «La Conquista del Estado». No se desanimó Ledesma nunca, en las peores y adversas circunstancias, ya que su alma era una erecta espada de acero, un eje diamantino inflexible, una hoguera vivaz y enardecida, aunque su rostro magro y frío se presentaba enérgicamente impasible. Fundador y animador como San Pablo, la misma brasa le consumía las entrañas, y San Pablo fue la postrera imagen optativa de su vida terrena cuando dialogaba con don Ramiro de Maeztu en el patio de la cárcel de las Ventas» (1).

Para prologuista de este libro he logrado una colaboración excepcional. Día vendrá —ya ha llegado— en que Ramiro Ledesma Ramos sea considerado por generaciones y estimado como uno de los más profundos pensadores políticos de raíz española.

Por pretender que el lector tenga un directo conocimiento de su pensamiento y de su estilo, he añadido a sus palabras solamente lo más imprescindible para la unidad del propósito, pues un más largo comentario lo considero improcedente. Mis cortas palabras de enlace adolecen además de un defecto intrínseco de orden, ya que he querido conservar el ambiente de urgencia y de combate en que nacieron y cómo fueron exponiéndose las ideas de Ramiro.

Porque Ramiro, antes de la República y en ella, con muchos años de ventaja sobre el resto de Occidente, que aún busca en incertidumbres, engendró el nuevo sistema que habrá de regir al mundo. Ni capitalismo, ni marxismo, ni totalitarismo: sólo nationalsindicalismo.

Por eso el prólogo de este libro debe ser el texto íntegro de su manifiesto político de «La Conquista del Estado», fechado en febrero de 1931. Con mucha admiración para aquellos Once de la fama, que con él signaron el perenne documento, y nuestra afirmación de que entonces, hoy y mañana sólo espíritus magnánimos y jóvenes pueden ser capaces de unirse a tamaña empresa.

MANIFIESTO DE LA CONQUISTA DEL ESTADO

«Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país. Y, desde luego, la garantía de que representan la voz de estos tiempos, y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales. Nadie podrá eludir la afirmación de que España atraviesa hoy una crisis política, social y económica, tan honda, que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje. Ni pesimismo ni fugas desertoras deben tolerarse ante ella. Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen falanges animosas y firmes.

La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España —el Estado y el pueblo españoles— vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos, y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual —monárquicos y republicanos—, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical.

La crisis política y social de España tiene su origen en la crisis de la concepción misma sobre que se articula el Estado vigente. En todas partes se desmorona la eficacia del Estado liberal burgués, que la revolución francesa del siglo XVIII impuso al mundo, y los pueblos se debaten hoy en la gran dificultad de abrir paso a un nuevo Estado, en el que sean posibles todas sus realizaciones valiosas. Nosotros nos encaminamos a la acción política con la concreta ambición de proyectar sobre el país las siluetas de ese nuevo Estado. E imponerlo. Una tarea semejante requiere, ante todo, capacidad para desvincularse de los mitos fracasados. Y la voluntad de incorporarnos, como un gran pueblo, a la doble finalidad que caracteriza hoy a las naciones: De un lado, la aportación al espíritu universal de nuestra peculiaridad hispánica, y de otro, la conquista de los resortes técnicos, la movilización de los medios económicos, la victoria sobre intereses materiales y la justicia social.

Las columnas centrales de nuestra actuación serán estas:

SUPREMACÍA DEL ESTADO.—El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él, y sólo en él. El único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado, y dentro de éste logran aquéllas plenitud. Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo haya. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias. La forma del nuevo Estado ha de nacer de él y ser un producto suyo. Cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aludan a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos. Al hablar de supremacía del Estado se quiere decir que el Estado es el máximo valor político, y que el mayor crimen contra la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad —la convivencia civil— es algo que el Estado, y sólo él, hace posible. ¡¡Nada, pues, sobre el Estado!!

AFIRMACIÓN NACIONAL.—Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la Historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales. Nada puede hacer un pueblo sin una previa y radical exaltación de sí mismo como excelencia

histórica. ¡Que todo español sepa que si una catástrofe geológica destruye la Península o un pueblo extranjero nos somete a esclavitud, en el mundo dejan de realizarse valores fundamentales! Más que nunca la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo —pueblo ecuménico, católico— será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!

EXALTACIÓN UNIVERSITARIA.—Somos, en gran parte, universitarios. La Universidad es para nosotros el órgano supremo —creador— de los valores culturales y científicos. Pueblos sin Universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática.

ARTICULACIÓN COMARCAL DE ESPAÑA.—La primera realidad española no es Madrid, sino las provincias. Nuestro más radical afán ha de consistir, pues, en conexas y articular los alientos vitales de las provincias. Descubriendo sus mitos y lanzándolas a su conquista. Situándolas ante su dimensión más próspera. Por eso el nuevo Estado admitirá como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los Municipios. Ahí está la magna tradición española de las ciudades, villas y pueblos como organismos vivos y fecundos. No hay posibilidad de triunfo económico ni de eficacia administrativa sin esa autonomía a que aludimos. Los Municipios autónomos podrán luego articularse en grandes confederaciones o comarcas, delimitadas por un margen de exigencias económicas o administrativas, y, desde luego, bajo la soberanía del Estado, que será siempre, como antes insinuamos, indiscutible y absoluta. Para vitalizar el sentido comarcal de España, nada mejor que someter las comarcas a un renacimiento que se realice al amparo de realidades actualísimas y firmes.

ESTRUCTURA SINDICAL DE LA ECONOMÍA.—No pudieron sospechar los hacedores del Estado liberal burgués las rutas económicas que iban a sobrevenir en lo futuro. La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques. La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerme. Así el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las «supremacías morbosas» de toda índole que hoy existen. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí. La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria, y en todo momento atendida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción. Lo que equivale a una potenciación considerable del trabajo. Queda todavía aún más por hacer en pro de una auténtica y fructífera economía española, y es que el nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe. Mediante la expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas, una vez que se nacionalicen, no deben ser repartidas, pues esto equivaldría a la vieja y funesta solución liberal, sino cedidas a los campesinos mismos, para que las cultiven por sí, bajo la intervención de las entidades municipales autónomas, y con tendencia a la explotación comunal o cooperativista.

Del breve resumen anterior deducimos nuestra dogmática, a la que seremos leales hasta el fin. Y es ésta:

- 1.º Todo el poder corresponde al Estado.
- 2.º Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.
- 3.º El mayor valor político que reside en el hombre es su capacidad de convivencia civil en el Estado.
- 4.º Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo.
- 5.º Frente a la sociedad y el Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.

6.º Afirmación de los valores hispánicos.

7.º Difusión imperial de nuestra cultura.

8.º Auténtica elaboración de la Universidad española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad magna.

9.º Intensificación de la cultura de masas, utilizando los medios más eficaces.

10.º Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o Confederaciones regionales, debidas a la iniciativa de los Municipios, deben merecer, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.

11.º Plena e integral autonomía de los Municipios en las funciones propia y tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.

12.º Estructuración sindical de la economía. Política económica objetiva.

13.º Potenciación del trabajo.

14.º Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los Municipios y entidades sindicales de campesinos.

15.º Justicia social y disciplina social.

16.º Lucha contra el farisaico pacifismo de Ginebra. Afirmación de España como potencia internacional.

17.º Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Métodos de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticos sociales del viejo régimen.

NUESTRA ORGANIZACIÓN.—Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra. Militares civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio o sindicato. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los diez y ocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de más edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras falanges. Inmediatamente comenzará en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser aceptada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza. Vamos al triunfo y somos la verdad española. Hoy comenzamos la publicación de nuestro periódico, LA CONQUISTA DEL ESTADO, que primero será semanal y haremos diario lo antes posible.

Las adhesiones, así como la solicitud de detalles explicativos, deben enviarse a nombre del presidente, a nuestras oficinas, Avenida de Dato, 7, planta D. Madrid. Ha de consignarse en ellas con toda claridad el nombre, edad, profesión y domicilio.

EL COMITÉ ORGANIZADOR:

Presidente, Ramiro Ledesma Ramos; Ernesto Giménez Caballero, Ricardo de Jaspe Santomá, Manuel Souto Vila, Antonio Bermúdez Cañete, Francisco Mateos González, Alejandro M. Raimúndez, Ramón Iglesias Parra, Antonio Riaño Lanzarote, Roberto Escribano Ortega; Secretario, Juan Aparicio López» (2).

FORMACIÓN FILOSÓFICA DE RAMIRO

Es verdad que no tenemos material decantado para esquematizar la actitud filosófica pura de Ramiro Ledesma. En el prólogo a sus «Ensayos y críticas», que firma en Madrid en 1930, dice él mismo que *ante el complejísimo paisaje de la problemática filosófica, el autor ha proyectado tan sólo lo que en él mismo había de exigente y de curioso: una juventud y unos entusiasmos* (3).

Santiago Montero, que con él formó las primeras vigiliadas, en un tierno, pero justísimo prólogo, enfoca así la labor filosófica de Ramiro: *Repasando sus ensayos, sus críticas y glosas a los más diversos autores, salta a la vista la plena independencia intelectual con que se desenvuelve entre el mundo de ideas que frecuentaba. Sería ingenuo buscar una lograda madurez en esas páginas escritas al calor de sus lecturas y de sus meditaciones. No puede exigirse a un joven de veinticinco años, por grandes que fueran sus dotes y por robusta que fuera su capacidad creadora, la elaboración de un sistema de filosofía* (4).

Nunca ha volado por mi cerebro este pensamiento, ni yo pretendo en este capítulo ensalzar a Ramiro como gran filósofo, porque, ante todo, no ha dejado material para ello. Sabemos los que nos hemos, en alguna ocasión, dedicado a estos menesteres del pensamiento, que la primera época —precisamente la que absorbió Ramiro— es de caza y aprovisionamiento de ideas, que precisamente se capturan, incluso a la fuerza, en la espesura emmarañada de los escritos de los filósofos preferidos o de los en alza; pero aun en esos escritos la reciedumbre de una mente va dejando en la interpretación sus propios perfiles, al modo como el agua adopta las cambiantes formas de los cauces por que pasa.

Ramiro no fue un filósofo, en el sentido en que él mismo concibe este concepto al decir que *el saber filosófico es saber sistemático* (5); pero el manejo de los conceptos que vierte en sus ensayos y acotaciones llevan algo de su propio pensar y pueden darnos la dimensión de su capacidad e incluso hacernos atisbar su actitud mental ante los grandes objetos que baraja, a pesar de que opera modestamente, porque hay que advertir que se desenvuelve entre las categorías lógicas como un verdadero jefe del pensamiento. Aparte, claro —de ello no nos ocupamos ahora—, de que su filosofía política, su sistema, sea uno de los más consecuentes que se han concebido en los últimos tiempos.

Y así es cómo puede llegarse a una idea de la fortaleza cerebral de Ramiro y de su verdadero vigor y poder intelectual que se encaja en proposiciones igualmente densas, cortadas a pico, rigurosas. Es el vigor de expresión de Ramiro, admirado con razón por otro vigoroso expresador, como es Montero Díaz: *En esta época, Ramiro Ledesma vive en una exigente tensión. No se cansa de escribir la palabra vigor. Y es, en efecto, riguroso consigo mismo. Centra toda su personalidad en el intelecto. Anhela una ciencia de fórmulas secretas, de puros conceptos que comprendan y abarquen las categorías de toda la realidad* (6).

Bajo esta perspectiva, no puede negarse que la tarea que emprendo es empeñosa, pues no es fácil estructurar un total pensar por hilvanos de sueltos pensamientos. Así y todo, y a pesar de que Ramiro, en el puro terreno metafísico, está separado de mí por hondos tajos inabordables, en todos sus escritos vibra una inquietud profundamente humana y exigente, y esa exigencia de inquietud activa —también la ética y la política son filosofía— en que se plasman —aquí con verdad— sus primeras inquietudes lógicas juveniles, es la que tiende —salvando abismos— sus rastrillos y donde pueden darse el abrazo dos terrenos de diversa ideología.

Por caminos distintos, y partiendo incluso de principios dispares, puede llegarse a conclusión idéntica, y ésta ha sido mi sorpresa cuando ideas que llevaba íntimamente custodiadas en los repliegues de lo propio, las he visto plasmadas con una concisión castrense en las líneas de Ramiro.

La primera pregunta que se hace el filósofo versa sobre el ser, incluso antes de plantearse el problema de qué es filosofía. De la actitud ante el ser depende la postura ante el cosmos, es decir, ante la realidad y la ulterior conducta frente a la misma.

Así, pues, hemos de intentar captar el plantarse de Ramiro ante el ser, ante los seres y su textura normativa y práctica en su relación con las mismas. Ello nos puede explicar, posteriormente, la acción verificada

o exigida con o por las otras cosas, o puede darnos medida de las activas o positivas exigencias, es decir, de lo que hayan dado o hayamos querido que den de sí las cosas, pasando de la línea de la abstracción a la de la actuación determinada y concreta.

SU ACTITUD ANTE EL COSMOS

Bajo un doble aspecto podemos considerar el esquema categorial de Ramiro; bajo un punto de vista puramente formal y eidético, y bajo un punto de vista concreto y vivo, como reacción ante los «otros». Probablemente este aspecto nos dé la dimensión exacta de la postura de Ramiro ante las cosas; pero es bueno considerar la abstracción de su pensamiento, puesto que esas elucubraciones no pocas veces descienden desde el cerebro por las arterias de los miembros, moviendo a la «psique» a la operación y plasmándola en acción de eternidades.

El planteamiento del problema del ser, adquiere, a mi modo de ver, en Ramiro dimensiones de totalidad, que dan idea de la envergadura del joven escritor, pues invirtiendo el cono lógico requiere la «existencia de un sistema» como condición para «la presencia del ser ante la vida humana». Esta idea hegeliana de que no hay conocimiento posible sin sistema, se halla repetida hasta la saciedad en sus notas filosóficas. Lo que nos hace persuadirnos de que efectivamente Ramiro llegó en sus primeros momentos a tomar puesto entre los seguidores de Hegel. No sin razón escribe Montero Díaz que más que el contenido de las posiciones que va tomando lo que interesa *es el calor con que las hace suyas, el entusiasmo con que suscribe toda postura que tienda a exaltar la dignidad y a proclamar la alta jerarquía de la tarea filosófica* (7).

La característica esencial de la filosofía es la de ser y constituir un sistema. El saber filosófico es saber sistemático (8).

Cuando Hegel pensaba con imperial gesto que no hay conocimiento posible sino dentro de un sistema, lo hacía ante la misma idea de fidelidad a la filosofía que hoy nos informa y sostiene (9).

Entre las tres actitudes que caben frente al mundo: la del filósofo, la del científico y la del hombre ingenuo, la más perfecta es la del filósofo, que *tiende a una concepción integral del universo del que forman parte, claro es, los objetos del científico y del hombre ingenuo* (10).

Por ello es preciso volver al sistema, *urge de nuevo otorgarle sentido auténtico, centrándolo en la privilegiada situación que le corresponde. Ello constituye la tarea inmediata del presente filosófico, que necesita del sistema, volver al sistema, si en realidad pretende con ahinco crear filosofía* (11).

Pero si en realidad observamos el sentido de estas aseveraciones, este saber sistemático de contenido total no es la afirmación hegeliana de que no hay conocimiento posible dentro de un sistema, sino que, muy al contrario, significa que sólo el saber total y comprensivo relacionante y relacionado, no un saber aislado o imperfecto, puede constituir sistema.

Pero es claro que la primera pregunta en la elaboración sistemática es la de ¿qué es el ser? Pregunta de difícil respuesta, como se prueba por el hecho de que «sólo» tres o cuatro veces se ha hecho radicalmente la Humanidad la pregunta de qué sea el ser (12).

Aunque grandes núcleos de pensadores están influidos por el saber ontológico de los griegos, en esta época nuestra se inicia una revisión de esas influencias, y todo hace sospechar que asistimos a uno de esos raros momentos en que va a darse una respuesta original y nueva a esa pregunta o reclamación por el ser, lo que equivale a decir que adviene al mundo una nueva corriente sistemática. La pregunta original por el ser, contestada cualquier día desde cualquier rincón del universo donde anide un sagaz filósofo (13).

Tras de esa *divina peripecia que ha sido y será siempre la captura del Ser*, ve Ramiro embarcados a Hartmann y a Heidegger. Sus simpatías van ahora por Hartmann —le es simpática ya su plena rebeldía con la escuela de Marburgo—, y le considera *incrustado en una esfera ontológica nueva* (14).

HARTMANN

Le es simpático Hartmann —ya veremos la importancia que da Ramiro a ser hombre de su época— porque su filosofía es *auténtica de este siglo. Era inevitable para el pensamiento tender a esos problemas que él plantea y decidirse con la rotundidad que él lo hace a herir en lo más vivo esas tres o cuatro grandes dificultades que anarquizaban la vida filosófica. Hartmann amplía de manera prodigiosa los territorios clásicamente habilitados para la filosofía* (15).

A pesar de las magníficas contradicciones de Hartmann, Ramiro admira en él una potencia innovadora radical, porque ve en él al filósofo actual que va con rapidez al sistema con más afán de victoria.

MAX SCHELER

Al filósofo Max Scheler, Ramiro dedica las siguientes notas: *Max Scheler alcanza en este libro* (16), *que es preciso exponente de sus dedicaciones últimas, el máximo vigor estructural y la más fiel dedicación al momento filosófico a que estaba adscrito. En las páginas finales, unas escuetas lineaciones sobre el nuevo sentido de las leyes ónticas, que presuponen las avanzadas de la física actual y una posible concepción unitaria de la vida psicofísica, conducen al lector a infinitas tensiones de tristeza.*

Max Scheler es el filósofo que ha dejado más cosas sin decir. Porque, como antes indiqué, toda su tarea resucitaba y desembocaba a miríadas de problemas, a los que él atendía con su ciclópea cabeza de germano (17).

KEYSERLING

Si admira Ramiro a Keyserling es precisamente por *una ausencia de ceguera mística, que es lo más valioso de Keyserling. Pues nadie más fiel que Keyserling a las normas intelectuales de Occidente de las que adopta y recoge los mejores gérmenes. Su pretensión filosófica de crear una entidad nueva «el sentido», base de su filosofía, cae con simpatía en el afán innovador de Ramiro, ya que siempre es considerarla como una investigación que tiende a descubrir objetos.*

Esta filosofía del sentido que él descubre y crea, pertenece, sin embargo, a las más interesantes preocupaciones ideológicas de esta hora (18).

No obstante presume su malogro porque no emplea su capacidad sistemática ni se entrega a la elaboración rigurosa de una filosofía.

BERTRAND RUSSELL

Ese mismo espíritu de contemporaneidad por una parte, y por otra su concepción tantas veces repetida de que la filosofía es descubridora de objetos, le hace decir, a propósito de la obra de Russell «Análisis de la materia», en *Revista de Occidente*, Madrid, 1929; *Gracias sean dadas a Bertrand Russell por habernos conducido a estas regiones admirables, que son los esfuerzos por conocer el «esqueleto causal del mundo» (he aquí la más elegante definición de la física)* (19).

Tanto en el juicio de este filósofo como en el que formula sobre el causalismo de Mayerson y sobre «Hans Driesech y las teorías de Einstein» (20), se nota un dominio nada vulgar de la ciencia matemática, bagaje imprescindible al verdadero filósofo, como nos demuestran Kepler, Copérnico, Newton, Descartes, Leibnitz, etc., y sobre el que dice Montero Díaz que *a la preparación filosófica unió muy pronto una sólida formación matemática, proporcionándole un amplio caudal científico, una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación* (21). En su valoración no podía faltar la albricia al nuevo esfuerzo: *El oleaje de los tiempos ha lanzado a las orillas de la ciencia un tipo nuevo de Hombre, el epistemólogo, a quien debe adjudicarse una excepcional misión... El insigne Mayerson es uno de los hombres más valiosos que hoy asaltan los problemas de la epistemología... Ha logrado uno de sus triunfos más indiscutibles con sus trabajos epistemológicos acerca de la relatividad de Einstein* (22).

Alborozo intelectual de Ramiro por el camino que abre al conocimiento, pensamiento tan reiterado

en sus juicios y que no tendría explicación, sino como muestra de su espíritu generoso y abierto, porque «unas teorías suceden a otras, y lo que hoy se tiene por el más firme conocimiento, es mañana inválido y dudoso... De aquí que la tarea científica nueva no sea, en rigor, dogmática, sino en lo que niega y nunca en lo que afirma. Y la mayor prueba de que una teoría es verdadera, es precisamente que pueda ser refutada (23).

Pero sobre la ciencia está la filosofía. Como observa Montero Díaz: *Parapetado en cuidadosas delimitaciones entre ciencia y filosofía, Ramiro Ledesma no incidió en la más leve confusión, al estilo de los que todavía —como herencia del positivismo— persisten en algunas escuelas.* Sin embargo, no le escapaba la enorme trascendencia teórica que ofrece el estudio del mutuo influjo en el desarrollo histórico de ciencia y filosofía: *La Historia de la Filosofía y la Historia de la Ciencia son un entrecruzamiento constante de problemas. La influencia es recíproca, y sería aventurado afirmar de qué recinto proviene la ola de más empuje. Dilucidar esta cuestión supone quizá estructurar toda la filosofía contemporánea (24).*

A propósito de Mayerson, dice: *Aparte de la fijación epistemológica, las ciencias, como todo lo que hay en el Universo, han de ser inquiridas por la especulación filosófica pura (25).*

GRACIAN Y SCHOPENHAUER

Los trazos vigorosos de la pluma de Ramiro pintando con rigurosa precisión los rasgos de un carácter y los trípticos definitivos de una época, resaltan con magnífico desgaire en el parangón crítico de estas dos figuras universales, y que resisto a la tentación de transcribir, por el motivo que expresa así Montero Díaz, en la «Nota adicional a los escritos filosóficos» de Ramiro: *La lectura de estas páginas permitirá a muchos españoles adquirir una idea más justa y más honda del creador del Nacional—Sindicalismo, apreciando cómo su personalidad rebasaba en otros planos de la actividad humana (26).*

EL RENACIMIENTO

También lo ha notado Montero Díaz, que ha sabido captar en su inmensa personalidad y humanidad a Ramiro.

El Renacimiento —cito a Ramiro— es para mí la época de las épocas. Nuestra más inmediata y valiosa tradición. El espectáculo del Renacimiento es la plenitud del mundo. («Un griego», en la «Gaceta Literaria», 1 de septiembre de 1928, cit. por Montero.) Del Renacimiento exalta «El gran arte, la violencia y los comerciantes famosos de las ciudades italianas»; es decir, tres formas distintas y poderosas de vitalidad. Al mismo tiempo que estas formas exteriores de vitalidad triunfante, exalta también la pujanza del pensamiento renacentista: *El espíritu creaba problemas infinitos y se debatía inmerso en perfumes y dificultades.* (En una nota sobre Descartes en la «Gaceta Literaria», 15 de julio de 1928, cit. por Montero Díaz.) En alguna parte detalla su admiración por Maquiavelo y por el mundo sutil y refinado de su política.

(Sobre Maquiavelo un breve ensayo crítico en la «Gaceta Literaria», 15 de octubre de 1928, cit. por Montero.) (27).

Esta apología del mundo griego y el Renacimiento está ciertamente en la atmósfera intelectual en que Ramiro se movía por aquellos años, es decir, en las grandes corrientes de la bibliografía histórica y filosófica, especialmente en Burkhardt. Pero en su admiración por *estas épocas de gran estilo* hay algo más que un eco de sus libros. Ese entusiasmo va unido a la personalidad de Ramiro Ledesma, a sus más caros secretos y profundos aleteos interiores. Su cultura filosófica e histórica le hubiera permitido entusiasmarse de igual manera con la Edad Media. Y, sin embargo, nos dice, con evidente y excesiva pasión: *La época tétrica y oscura del medievo es el gran pecado del hombre* («Un griego», art. cit. por Montero) (28). Para él, *nosotros mismos en los grandes días del Renacimiento, cuando lo tétrico y lo enjuto eran un pecado* («Tres libros de filosofía en «Gaceta Literaria», 15 de agosto de 1928, cit. por Montero) (29).

Semejante culto al Renacimiento tiene en Ramiro una significación más honda que la de tal o cual influencia literaria. Es un canto apasionado al heroísmo, la vitalidad, la «violencia»; una apología de los tiempos críticos, trágicos y creadores. Aquel entusiasmo histórico tendría muy pronto su cauce sobre la re-

alidad circundante. Lo preludian ya los años inmediatos en que Ramiro Ledesma tratará de suscitar en la España de su tiempo todo aquello que le conmueve noblemente al evocar los días del Renacimiento (30).

Aparte de esa acertada consideración, se me antoja que Ramiro sintió preferencia por el Renacimiento por dos motivos fundamentales: por su espíritu de amplitud recepticia para todas las ideas nuevas y las grandes realizaciones del espíritu —época abierta a todas las emociones y aventuras de las armas y del alma—, y por ser época de las grandes transformaciones políticas, de los grandes alumbramientos espirituales que se proyectaban adecuadamente sobre el pensamiento ledesmiano. Pero sobre ello hemos de volver al tratar de su esquema político.

Lo primero que admira Ramiro en el Renacimiento es su afán fortísimo de novedad, pues lo nuevo, en cuanto niega fundadamente, construye, y en cuanto afirma abre camino a la contradicción, que es el medio con que pueden superarse y desprenderse de lo inconveniente o inexacto los saberes tradicionales.

La obra de Santo Tomás fue una inyección fecunda en la filosofía de las antiguas escuelas: *La nueva vigencia de Aristóteles, mediante la filosofía de Santo Tomás, destruye esa estrecha concepción de la primera escolástica, y es en este sentido un gran progreso (31).*

... los Papas, al decretar que se la considere como única filosofía enseñable, lo hacen con la advertencia de que sea propuesta, no impuesta, pues se trata de filosofía y no de fe. La Iglesia tiene perfectísimo derecho a todo esto, pues no es una institución que exista en el mundo para crear filosofía, sino para propagar y extender unos dogmas (32).

Porque Ramiro cree, y por eso lo dice, que el catolicismo es una religión y no una filosofía, y quizá por ello considera como una cortapisa para el catolicismo —pensamiento incorrecto, claro es, y de claro fervor nacionalista— la libertad para adentrarse por el ilimitado campo de problemas del pensamiento. Así, al hablar de Vico, cuya aportación a la nueva filosofía de la Historia valora en su justo sentido, hace esta apreciación: *Por otra parte, Vico es un honrado católico y hombre de no muchas disponibilidades de concepción intelectual. De las que, por el contrario, iba a estar superdotado un poco más tarde el gran Hegel, que también arremetió vigorosamente contra las dificultades de este orden, pero con otras armas bien distintas, si bien ciñéndose a la cuestión planteada por Vico, que era decisiva y anterior (33).*

En la magnífica semblanza que hace de Amor Ruibal vuelve a insistir sobre el argumento:

Ha sido, pues, el señor Amor Ruibal, en su aspecto filosófico, un recluso en el orbe escolástico, sin esperanza alguna de que sus buenas cualidades para la filosofía se hayan enfrentado ni una sola vez con las problemáticas de nuestro tiempo... Es un poco absurdo que las dedicaciones filosóficas serias que dentro de la Iglesia aparecen de cuando en cuando sean arrebatadas por una falsa fidelidad a ortodoxias intelectuales imposibles, a los auténticos destinos de su tiempo. El mundo escolástico y medieval no es ya para la filosofía ni tradición ni enseñanza (34).

Sólo puede haber filosofía viva donde quiera que nazcan sin agotamiento nuevos pensamientos: *Pero la característica peculiar de la filosofía, como ya hemos indicado varias veces, es que su función estricta consiste en proporcionarnos conocimientos (35).*

HEIDEGGER

Pero el filósofo de las preferencias de Ramiro Ledesma es, sin duda, Heidegger. Este aletea en sus escritos.

Hombre joven aún y dotado genialmente, se sitúa ante el problema de la metafísica, con el previo y evidente propósito de —además, claro, de la rigurosa fenomenología del mismo— reducir a la nada los atisbos tradicionales. El año último, en su libro sobre Kant, realizó con el mundo trascendental la más soberbia labor desmontadora que conocemos. Y en su otro libro «Ser y tiempo», los elementos ontológicos que aborda son de una radical novedad (36).

Cuando Ramiro escribía estas líneas todavía se había hablado muy poco de Heidegger; como que éste

apenas había empezado a esbozar su obra. (Obsérvese la fecha de publicación de las siguientes obras: «Sein un Zeit», 1927; «Kant und das Problem der Metaphysik», 1929; «Von Wesen des brudes», 1930; «Was ist Metaphysik», 1930). Sobre ellas, todavía fresca la tinta de la impresión, se ocupó Ramiro al día de todas las inquietudes filosóficas. Su dedicación a la política le absorbió en adelante; cortó en seco su actividad teórica impregnada de las más recientes fragancias por su tajante acción política (37).

Desde el primer momento tiene confianza en el genio de Heidegger, empeñado en el «más dramático de los problemas», de la filosofía actual: *El problema del ser o, si se quiere, el problema de la metafísica. Hay dos hombres en Alemania: Nicolás Hartmann y Martín Heidegger, que están a él consagrados con genial solicitud. Uno u otro —o los dos— nos ofrecen garantías suficientes para ir saboreando ya un poco esa divina peripecia que ha sido y será siempre la captura del ser* (38).

El fracaso o el éxito del método fenomenológico lo hace depender de Heidegger, ya que lo considera como *la figura ortodoxa central de la fenomenología* (39).

Y, desde luego, ya supone magnitud de inteligencia *ese franco ponerse ante la Metafísica que Heidegger postula* (40). Su ensayo de definición sobre *¿qué es la metafísica? está contenido en veinte escasas páginas de intelecciones densas y precisas* (41).

La delimitación ledesmiana de las ciencias frente a la metafísica se ve halagada por la posición de Heidegger de investigar, metafísicamente el objeto y los problemas de la Metafísica. *La ciencia deja a un lado la nada, como lo que cree que ésta es nulidad —Nichtege—. Pero ese abandonar de la ciencia, ¿no es precisamente un añadir, un conferir? ¿No hay en la ciencia hueco alguno, donde en la misma forma que el Ser podamos situar a la Nada?... Y fuera de la ciencia, ¿qué es la Nada?... Cuestión metafísica pura acerca de la Nada* (42).

El procedimiento que utiliza Heidegger para descorrer el velo de la Metafísica es de una sencillez encantadora. «... *La Metafísica consiste en un grupo de cuestiones, y en el grado en que éstas existen logrará aquélla su propio perfil...*»

Recorre el orbe originalísimo de Heidegger con una seguridad de conceptos y expresiones por mí no vistas en los Maestros, y realmente hace una síntesis perfecta del pensamiento de Heidegger sobre el que —prescindiendo de continuar en el resumen del artículo— emite juicios como éstos: *El análisis de Heidegger (sobre la pregunta qué es la nada que sirve a Heidegger para denunciar o poner de manifiesto el mecanismo a que toda construcción metafísica obedece)* (43), *es una genial maravilla, porque este maestro, a la vez que descubre en la Desein una serie de perspectivas vírgenes, utiliza con todo primor el secreto fenomenológico* (44).

La investigación metafísica sobre la Nada que Heidegger efectúa, adquiere su más firme legitimidad cuando vemos que ese objeto metafísico rechaza otras aprehensiones. La Nada no es lo que hasta aquí se ha creído de ella (45).

El adiestramiento de la Vida en la Nada a causa de la angustia hace a los hombres localizadores de la Nada... Esa inmersión en la Nada es justamente la superación del Ser como totalidad: la trascendencia... La Nada no permanece como algo indeterminado frente al ser, sino que se manifiesta perteneciente al ser del ser (46).

Sólo porque la Nada se manifiesta de algún modo, puede la ciencia hacer del ser mismo un objeto de investigación (47).

En su nota final a la serie de artículos sobre Heidegger, afirma Ramiro: *La forma con que Heidegger aborda el problema de la Nada y sitúa el carácter de la Metafísica, es cosa a la que no dudaremos en adscribir una originalidad radicalísima... En esta hora misma, Heidegger trabaja con ardor en problemas ontológicos que comprenden estas dificultades. El ejemplo de esta ruta breve y sustanciosa a través de una gradación teórica sobre las diversas altitudes de la Metafísica, la Filosofía y la Ciencia es de una magnitud incomparable* (48).

CONCLUSIONES

Hemos cubierto el periplo de los escritos filosóficos de Ramiro, al menos de los que él había seleccionado y estaba corrigiendo para darlos a la imprenta.

Quien haya tenido el interés de seguirlos habrá quedado defraudado; yo espero, por no haber podido seguir entero el hilo de las críticas de Ramiro, sobre figuras tan prominentes en el terreno filosófico y aún hoy de tan viva actualidad. No era nuestro propósito. Queríamos, ante todo, que saboreasen en frases, ligadas sí por la coherencia posible, pero por fuerza incompleta, el jugo de la pluma ledesmiana en su propia salsa.

No sé el juicio que puede haberse formulado el lector reflexivo, pero no creo que discrepe mucho del que nosotros nos hemos formado, porque aparte de tendencias de escuela —no he ocultado que filosóficamente me he criado en otros ambientes y con otros maestros y que todavía confío en la escolástica—, sin embargo, campea en todos los escritos de Ramiro una claridad interpretativa y expositiva difícil de igualar y una honradez e independencia de criterio increíbles en un muchacho de su edad. No se escapa a su certero juicio ni el reproche bondadoso como cuando califica de «aventura muy interesante» y de «simpática petulancia» el intento de Faust (August Faust: «Ricker und seine Stellung innerhalb der Deutschen Philosophie der Gegenwart». Tübingen, 1927) de *mostrar las insuficiencias radicales de que adolece la fenomenología de Husserl* (49), ni la observación justa —a esto estuvo siempre más propenso— de Amor Ruibal, *dotado de una capacidad sorprendente para la filosofía* (50), que *bien harían los estudiosos españoles en fijar su atención sobre la magna obra de este gran hombre: don Ángel Amor Ruibal, cuyo nombre he visto en la Prensa tan sólo dos veces: una, hace algún tiempo, cuando sufrió, durante uno de sus paseos por las afueras de Santiago, un leve atropello de automóvil; otra, en esta ocasión infausta de su muerte* (51).

Ramiro esculpe los epítetos y las frases. Es un gran estilista, porque dice lo que quiere, en la dimensión que lo quiere y con el vigor que desea. El perfil filosófico de Unamuno quizá no lo haya trazado nadie hasta ahora con tan escueta sinceridad: *Es innegable que Unamuno dispone de una riquísima y hasta genial capacidad para las dedicaciones centrales del espíritu, pero, a la vez, está patentemente indotado para empresas estrictas de filosofía* (52).

Al lado de la filosofía hay los desmontadores de la filosofía. Hombres geniales, si se quiere, pero que realizan en este aspecto una labor subversiva y profundamente perturbadora. Un ejemplo es Nietzsche. Un ejemplo es también Unamuno (53).

O la precisión de este retrato mental: *En el libro más sustancioso de Unamuno —Del sentimiento trágico de la vida— abundan copiosamente los lugares en que este hombre gigantesco manipula los conceptos metafísicos universales de más alto rango. Este libro, que nosotros hemos leído y leeremos mucho, acreditaría a Unamuno de místico perfecto si no hubiera en él tanta cultura libresca y tanta hojarasca de alusiones. O bien de teólogo imperial si sus rebeldías tremendas le permitiesen amparar una dogmática. Nada de esto es Unamuno, y sí un gran poeta para quien no tiene sentido la esencia misma divinal del hombre* (54).

De Nietzsche dice que *por su caracterismo de pensador arbitrario y genial fue un hombre condenado a vivir a media luz* (55).

Encuentra al paso la alusión justa, como cuando a propósito del causalismo de Mayerson dice: *Antes, en 1922, señalaba Ortega y Gasset esto mismo con toda rotundidad...* O cuando a propósito del Dasein heideggeriano insinúa: *Sobre esta misma entidad vital trabaja hoy con ardor en España el maestro Ortega, y los magníficos resultados que obtiene —y espera obtener—, lo sabemos muy bien los que frecuentamos las conversaciones filosóficas de este maestro* (56).

No están exentas sus páginas de la ironía escueta: *Podemos alegrarnos de que Max Scheler se viese imposibilitado de escribir su *Metafísica*. Librándonos así de un nuevo hegelianismo cerrado, de muy grave carácter* (57).

O cuando ante el intento de reducir a determinada escuela la tarea relativista, dice: *Petzoldt, en un libro que quedará como ejemplo de tozudez y de inconsciencia* (58).

Sobre la «Crítica lógica contra la relatividad como teoría», de Hans Driesch, dice: *Pero este es precisamente su máximo pecado para Hans Driesch, su crítica de los métodos matemáticos. Nada más. Que no los cree suficientes para fundamentar una ciencia natural. El problema, como se ve, es antiguo. En Hans Driesch es, sin embargo, un resabio de sus tiempos de biólogo. No la moda del antimatematismo. ¡Todavía!* (59).

Insiste sobre Unamuno: *Si corresponde a Unamuno alguna clasificación en el terreno filosófico —en el riguroso creemos que no—, es precisamente el de desmontador de filosofías, que antes le hemos atribuido. Esto lo realiza a maravilla* (60).

O cuando, a propósito de la frustración de Amor Ruibal para la problemática filosófica del día, dice: *Su magisterio en la Universidad Pontificia compostelana no creemos haya sido muy fecundo. Hombre así, hechos a sí mismos, no suelen tener gran fe en las trasmisiones magistrales. Pero además, ¿qué labor fértil y valiosa es factible hacer entre los alumnos de una Universidad Pontificia en esta España del siglo XX?* (61). Cuando esto se escribía, todavía no soplaban los vientos de renovación que afortunadamente airean hoy las aulas de nuestros Seminarios y Facultades eclesiásticas.

Repase el lector el paralelismo entre Gracián y Schopenhauer arriba mencionado y recuerde —Ramiro cae en la cuenta del barroquismo de su introducción—: *No sé si resultará esto fácilmente inteligible; pero escribiendo sobre Gracián, en honor y honra suya, toda susceptibilidad de esta índole carece de sentido. Quizá tarde en presentársenos una tan grata ocasión de convivio conceptista.* Definitivo. Así son los corcantes juicios de Ramiro.

De donde, en primer lugar, y como ya al principio indicaba, no me lleva mi desapasionado estudio sobre Ramiro a darle categoría de excelso filósofo ni de montador de un sistema. El no tuvo tiempo para eso. Pero sí admiro su profundo conocimiento de los problemas de la metafísica y su panorámica sobre el acontecer de la filosofía. Esta, ni sus sistemas, ni sus obras parecen guardar para él secretos. Sus críticas son exactas; sus negativos, impresionantes. Lee y entiende y traslada los pensamientos de los filósofos —ese es el pecado de nuestros textos, que traducen a veces sin entender el original pensamiento— a veces con más claridad y realce que los propios autores. La exposición que hace del pensamiento de Heidegger es de una sencillez y claridad que pasma. Me pasma a mí más el que predique esas cualidades de Heidegger: *El procedimiento que utiliza Heidegger para descorrer el velo de la Metafísica es de una sencillez encantadora* (62). El lo veía así; pero alguien debió advertirle de la dificultad del tema, cuando al final del último artículo, en una nota adicional, dice con festivo regocijo: *Comprendemos las dificultades con que habrá tropezado el lector que haya tenido el raro interés de seguir conmigo estos artículos. Si fuésemos capaces en este punto de alguna alusión chistosa diríamos que la imposibilidad trágica de comprender le otorgaría como premio la vivencia angustiosa y metafísica que se requería* (63).

Se puede afirmar que Ramiro tenía una claridad de expresión que se adecuaba a la clarísima captación de las ideas y a la propia luminosidad de sus claros conceptos. Un vigor poderoso de entendimiento. Una cabeza concedora de los problemas y situada en ellos. Un entendimiento entrenado en los escarceos lógicos y adentrado en las entrañas y misterios de la ontología. No un cualquier petulante. Un hombre preparado —y de ello hemos de estar orgullosos como españoles— para la alta empresa de forjar para España un porvenir de tarea Nacionalsindicalista, genuinamente española.

El que fuese un entendedor de la filosofía —aunque voluntariamente castrado para ella en holocausto de un amor operativo más eficaz y de más profundas amarguras, por su patria— no le impediría clamar por la acuciante necesidad de educar filosóficamente a las juventudes: *La misma decisión que me llevó en su día a encararme por primera vez con los supremos temas de la filosofía a arrostrar todas las dificultades y a vencerlas —con alguna violencia si se quiere, pero con absoluta rectitud intelectual— me impele ahora también a arrostrar de nuevo las posibles iras magistrales. Todos los jóvenes de mi edad que se han acercado estos años a la filosofía lo han hecho con una obligada timidez, surgida del ambiente, cohibidos ante la tremenda diaria convicción española de que aquí no ha habido ni habrá nunca filósofos.*

Y, sin embargo, la filosofía es inevitable si queremos forjar una cultura seriamente creadora. Nada hará entre nosotros el físico, el jurista, el historiador, si no logramos que se densifique en nuestra atmósfera intelectual el gusto y la afición por los problemas centrales de la filosofía. Ella tiene el secreto de los nexos sobre que gravita el enjambre teórico de que el hombre de ciencia se rodea o rodea a todas horas. Así todavía, la cultura española es tosquedad y radio breve; sin una concepción del mundo, ni una seria dedicación a los temas fundamentales, semejantes limitaciones deben ser torpedeadas por la generación nueva. A base de cien cátedras magníficas de filosofía (64).

Esto lo escribía Ramiro justamente cinco meses antes de la publicación del manifiesto político de «La Conquista del Estado», ya en el ardor decidido de su entrega a la política (65).

Cabe al *nuevo Estado* el íntimo orgullo de contar entre sus fundadores —del pensamiento ledesmiano se nutrió y vigoriza nuestro Movimiento— a este precursor de cabeza bien dotada.

Pero junto a esa cabeza hay que situar en el mismo plano un corazón abundoso, pero reprimido, sólo desatado al hablar de la Patria, «que le dolía» con dolor profundo, como en verso pemaniano había de divulgarse: *Me duele España en mí, como si fuera...*

No se podrá concebir a Ramiro sino como un alma apasionada —ha dicho Montero Díaz— (66); y yo, que me he propuesto analizar el hombre por sus escritos, encuentro al lado de su rigor intelectual y de su manera incisiva y fría de expresión en los artículos filosóficos que nos han servido de base, una pasión y entusiasmo que a duras penas se contiene bajo la expresión técnica.

Se puede advertir en los saludos de bienvenida a las ideas prometedoras, en el aliento a los hombres e incluso en sus menos abundantes frases de reprobación. *Ramiro se había dotado no solamente de una cultura extensa y vivaz, sino también de una férrea disciplina interior, de una intachable probidad. Y en función de esa disciplina de la voluntad y la inteligencia, se había creado un estilo personal, inconfundible, que anunciaba ya victoriosamente su robusta dotación de escritor.*

Era un estilo contenido, sometido a inexorables presiones interiores... Voluntariamente, el escritor desterraba de aquella prosa objetiva, y a momentos casi glacial, todo matiz, toda inflexión sentimental (67). Si hemos de comprender humanamente a Ramiro Ledesma, reconoceremos en las raíces vitales de su actitud un primer impulso sentimental, Ramiro intentaba resolver en puro sentimiento su afectividad juvenil (68).

Un estilo seco puede encubrir a veces un corazón exaltado. Pero, ordinariamente, el pensamiento contenido y reglado es un torrente enclaustrado, capaz de infinitas energías. Me remito a las siguientes frases de Ramiro: *Cuando Hegel pensaba con imperial gesto que no hay conocimiento posible, sino dentro de un sistema, lo hacía ante la misma idea de fidelidad a la filosofía que hoy nos informa y sostiene (69).*

La primacía del hombre, como supuesto del quehacer humano, está categóricamente expresada en las siguientes líneas:

Esto escribió Hegel, el creador del sistema de más bellos y más falsos perfiles (70).

Pero el filósofo es un hombre y el científico es también un hombre. En ambos reside, pues, una entidad vital, que es, a la postre, el único gran supuesto de todos (71).

El análisis de Heidegger es una genial maravilla, porque este maestro, a la vez que descubre en el Dasein una serie de perspectivas vírgenes, utiliza con todo primor el secreto fenomenológico (72).

Si nos fijamos en los textos transcritos, dentro del más exacto vocabulario filosófico vive el entusiasmo del esteta, enamorado de la belleza de los conceptos, como el artista ante la sublimidad de un paisaje o de un lienzo. Esta pulcritud reviste formas de verdadera poesía —es difícil en la ontología este momento místico— al describirnos *el momento culminante de todo nuestro esfuerzo por dar a la Nada un sentido. Resulta, de súbito, que la admisión del Ser a través de un proceso angustioso aparece capturada, hecha posible por la nada. Sólo en nombre de una primaria revelación de la Nada puede la vida avanzar y penetrar en los territorios del Ser (73).*

La Nada debe abandonar a la ciencia con majestuoso gesto superativo (74).

Eso era Ramiro, un hombre apasionado y un poeta, tanto más sublime cuanto conectaba bellezas en las cumbres más riscas y áridas de la metafísica. Sólo un hombre de esta perspectiva podía expresar, aislado él solo en las cimas de su pensamiento, nada menos que la Reconquista de España.

Lo que expresó Ramiro en las siguientes frases: *Hay un sector de la filosofía, aquel en que están situados los objetos metafísicos, donde el poeta y el filósofo llegan a encontrarse...; frente a las vivencias metafísicas, cabe también, a la vez que la actividad teórica, la actividad poética. Así hay el poeta Hölderlin. Y hay, al mismo tiempo, el filósofo Hegel (75).*

Podía hacer la enumeración más prolija; pero creo que basta para demostrar que Ramiro pensaba y sentía en la misma grandeza de pensamiento. Era un sujeto capaz de concebir y engendrar la empresa de España. *Quiso ser —nada más, nada menos, pero generosamente— un verdadero fundador, con una mística entrega —éstas son sus mismas palabras, repetidas—, a la revolución nacional que comenzó a presentir (76).*

Cualquiera que haya leído las obras de Ramiro habrá notado en seguida que la lírica está ausente; Ramiro escribía con mucha pasión y pensaba con mucha más pasión, pero sin poesía. Era un pensador y, sobre todo, un hombre de acción apasionado; pero en su estilo hay la dureza del que sólo busca la precisión, y en sus diálogos había la firmeza del que habla para obrar, no para discutir. Lo que pierden sus ideas en lirismo y en estremecimiento, lo ganan en precisión y en gravedad; van disparadas a su objeto y no se pierden en la vaguedad de sus contornos... El carácter y las aficiones acendradas de Ramiro le hicieron adoptar una forma rígida y apasionada de expresión que no abandonó ya nunca; cuando hablaba o escribía tenía presentes unas cuantas ideas que procuraba imbuir en el alma de sus prosélitos, y cuando procuraba envolverlos en un rapto de emoción, lo hacía buscando el patetismo en el contraste de ideas y sentimientos diáfanos tan claros que podrían transmitirse con palabras, como el argumento de una novela apasionada o como el relato de una aventura torturante. Por eso, las doctrinas políticas de Ramiro, como las de cualquier pensador, pueden aceptarse o rechazarse, pero no caben paliativos ni medias tintas; y es que, mirando con atención, hay dos maneras de hacer poesía en nuestra vida: unos son poetas de la palabra y otros son poetas de la acción; unos poseen la poesía inefable de su vida en lo que dicen, otros la dejan en sus obras (76 bis).

LAS ACTITUDES VITALES DE RAMIRO

Yo no tuve la suerte de conocer a Ramiro Ledesma Ramos ni la gloria de pertenecer a sus primeros pelotones de choque. Pero he leído sus obras, y no puedo dudar de su recia compágame intelectual y del esquema que me he formado del mismo.

La política le frustró para el sistema; tal vez su pensamiento le hubiera dado un nombre famoso en las páginas de la Historia de la Filosofía; pero su acción improvisadamente meditada le ha hecho merecedor de un nombre más glorioso en las páginas de la Historia española. El pensamiento de Ramiro Ledesma, que teje las urdimbres de todo el pensamiento nacional antes de la Cruzada, del tiempo de la Cruzada, y que recobra actualmente palpitantes vigencias en las nuevas fórmulas políticas del Movimiento Nacional, no es acción imponderada de una mente juvenil exaltada, sino que es fruto sazonado y de perfiles insospechadamente siempre vivos y variantes de una inteligencia curtida en los más rudos menesteres del pensar filosófico, y de un alma torturada con el dolor amoroso de un pueblo vivo hundido en el inerte acabamiento.

Ramiro cobra dimensiones de gran pensador en su doctrina política sindicalista, y por eso sería bueno medir el rigor de su pensamiento analizando los escritos en que concreta sus afanes filosóficos —pocos por desgracia—, nacidos en un intelecto juvenil del que si bien es verdad se malograron unas cuantas ideas importadas de Alemania, nació, en compensación, uno de los programas políticos de más hondo contenido y de más duradera vigencia de nuestro tiempo. Como ha afirmado el Caudillo, una fórmula por la que vendrán a nosotros los demás pueblos.

Muchas veces he pensado y dicho que a Ortega le faltó una cosa para cuajar en filósofo: un sistema. Y creo que el fallo esencial de Ortega radica en su misma privilegiada inteligencia y en su estar, en el mundo, que le hizo y le convirtió en el filósofo de la convivencia, de las formas y cortesías vigentes, porque no supo o no quiso enraizar radicalmente su circunstancia y sus vigencias en la intimidad ontológica, de donde mana constante y recoletamente la vigente permanencia de las esencias.

Hay en Ramiro —que se proclama y es discípulo de Ortega— un ligero esbozo de superación no forjada, cuando nos dice de la *exigencia*. Y eso realmente es penetrar en el ser y aproximarse a la radical concepción del ente, porque pasando del contorno circunstancial, se adentra en la misma esencia exigitiva del mismo.

Precisamente, en ese hallazgo de la *exigencia del ser* pudo haber plasmado el vigor mental de Ramiro apuntalando los cuarteamientos de la doctrina del maestro; sea lo que hubiera podido ser, es lo cierto que la primera cualidad que reflejan sus escritos es la de su *libertad de espíritu*, reflejo de su *personalidad relevante*.

Estas dos cualidades inconmesurables son las que captaremos a través de estas esquemáticas líneas sobre su concepción de la vida y de la política.

ANTE ORTEGA

En un momento en que Ortega llenaba los recovecos intelectuales hispanos, y bajo su nombre se ahuecaban los largos y los cortos de inteligencia, Ramiro alza su bandera frente al maestro reconociendo, no obstante, la admiración de su magisterio.

Si la meditación debe preceder a toda actuación pragmática, Ramiro lo pregona, analizando la creación de Ortega.

Cuando un filósofo se acerca a las cosas, a los hechos, actúa muy frecuentemente de corruptor... Don José Ortega y Gasset, mi gran maestro de filosofía, es un escritor de la máxima solvencia filosófica. Creo —yo— que conozco bien este aspecto suyo, que es antes que nada filósofo, y de los de primer rango de una época.

Pero hoy no se trata de considerar o comentar un libro filosófico de Ortega, sino un libro político («La redención de las provincias», 1931). *Nadie puede ignorar la rectitud meditadora que preside a los ensayos políticos de Ortega. En este terreno de la política me separan de él hondísimas discrepancias...*

Ortega adopta luego su índice político y se mezcla a la polémica diaria del presente. Aquí ya el timón falle y surgen, de un lado, contradicciones; de otro, infidelidades al espíritu de nuestra época...

En el libro de Ortega, igual que en todos sus escritos de política, se advierte la filiación ideológica del viejo Estado, que le impide penetrar en los nuevos tiempos. No le basta su destreza y su gran talento (77).

Ramiro proclama su independencia contra todos y sobre todos, porque está en trance de una idea nueva, y *toda novedad auténtica está condenada por radical designio a no ser comprendida*.

Esta proclamación en un momento de aburrimiento nacional, en una época *despejada de aspiraciones* (78), es la concisa talla de un carácter.

Libertad de espíritu, que le hace juzgar con serena imparcialidad todos los sectores de la política española, abriendo brazos a los descarriados, cargando furia contra los empedernidos vividores de la política.

ANTE UNAMUNO

Es un admirador de la profunda humanidad hispana de Unamuno, y a él dirige sus más bellos apóstrofes.

Hemos visto a Unamuno, nuestro gigantesco Unamuno, hombre de España... Unamuno tiene con nos-

otros, los de la conquista del Estado, menos reservas que las que nos cercan por ahí, de manera mostrenca...

Si no podemos recoger tradiciones inmediatas, esfuerzos precursores articulados, sí, en cambio, disponemos de tareas solitarias y gigantes. Así, Unamuno, producto racial, voz de cinco siglos en el momento español. El hecho de que Unamuno esté ahí, patente, hablando, escribiendo, es una prueba de la vigencia hispánica. En la iniciación nuestra, en los minutos que anteceden a todo, ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje. Unamuno, desde su palpar trágico, nos ha servido de animador, de lanzador...

Unamuno, antes que nadie, en 1908 dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes (79).

Es un momento de apresuramiento para el combate, y la seria personalidad de Ramiro sintoniza con las más sublimes ondulaciones del alma hispana. El ve, y quiere y va a ello, esa terrible agonía de la idea nueva.

Quizá captó, como muy pocos, la psicología profunda del pensamiento basculante, de inconmensurables vientres y nodos de don Miguel, animoso de la grandeza de España, y, por eso, desesperanzado de la misma, y en él descubre esa exigencia de complemento del espíritu inmortal de una raza, grande de actitudes vitales intelectivas, pero manca del accesorio material que puede sustentarlas y actuarlas.

Aquí estamos, frente a la realidad española, las falanges jóvenes de la Conquista del Estado. Ante nosotros se sitúa la faena intensa de dotar a nuestro pueblo de órganos políticos eficaces. Haciendo ver la gigantesca deslealtad histórica que en trance de resurgimiento se nos quiere introducir en el futuro hispánico. Hombres jóvenes, repetimos, que traen a España el fervor de la época nueva. El afán de potencialización de su país y de valorar sus valores. Difícilmente nos rendiremos en presencia de las vejeces tortuosas, ni acataremos otra normalidad que aquella que se elabore con la sangre misma de España. Venimos ansiosos de hispanidad, que es como ansia de vida y de atmósfera respirable. Y clamamos contra el régimen social injusto, exigiendo nuevas estructuras.

Antes de nosotros, ninguna actuación valiosa que podamos recoger. Todo sombras y llamas interminables, sin flor alguna. En los últimos treinta años, ni una minoría intelectual sensible ha creído necesaria una exaltación de los valores universales que entraña la hispanidad. No hablemos de actuaciones políticas. Polarizadas las fuerzas en torno a conceptos trasnochados, en cuya elaboración España no intervino, han sido pura ineficacia. Pero hoy convergen en el mundo dos rutas fecundísimas: de un lado, el afán imperioso de convertir las nacionalidades en crisoles de grandeza, creadoras de cultura; de otro, la licitud de los problemas económicos que entraña el marxismo. En esa corriente estamos nosotros, en proceso postliberal y actualista.

Si no podemos recoger tradiciones inmediatas, esfuerzos precursores articulados, sí, en cambio, disponemos de tareas solitarias y gigantes. Así, Unamuno, producto racial, voz de cinco siglos en el momento español. El hecho de que Unamuno esté ahí, patente, hablando, escribiendo, es una prueba de la vigencia hispánica. En la iniciación nuestra, en los minutos tremendos que anteceden, a todo ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje (80).

Y esa admiración se produce precisamente porque en las enigmáticas frases de Unamuno descubre Ramiro una inconmensurable visión de futuro, preconizando los trágicos movimientos que han agitado el pensamiento y el quehacer europeo en lo que llevamos de siglo.

Nosotros desafiamos a Europa para que nos diga si entre sus escritores, entre sus hombres de espíritu, a quienes tienen como antecedentes inmediatos de sus gestas actuales, hay nada de tan ajustada emoción y de tan preciosa grandeza como estas frases de Unamuno, escritas, repetimos, en 1908, cuando nadie hablaba ni podía hablar de soviets, de fascismo, ni de empresa alguna violenta y genial de los viejos pueblos europeos.

Y dice más Unamuno:

Y, ante todo, cúrate de una afición terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a ti con terquedad de mosca: cúrate de la afición de preocuparte cómo aparezcas a los demás.

Esto último, sobre todo para el ambiente español enrarecido, es de una oportunidad magnífica. Aquí, cuando brota algo nuevo, aunque proceda del centro mismo vital de las gentes, se le ahoga en ridículo. Se le combate con el ridículo. Pero, ¡ah, viejos peces contumaces! Las falanges jóvenes de la Conquista del Estado vienen inmunizadas para el ridículo. Con careta eficaz y resistente (81).

ANTE EL ATENEO

La pugna contra el Ateneo la imagino en aquel entonces como algo mentalmente detestable. Sin embargo, Ramiro lo califica duramente y se atreve, en medio de la general protesta, a llevar su voz disidente a las entrañas del ilustre recinto.

Es, sin duda, triste lo que acontece con esta entidad cultural. La tristeza indecorosa que protesta de su caducidad haciendo tonterías. El Ateneo tiene en su haber histórico una dedicación auténtica al servicio de la cultura superior de España. Hasta hace quince o veinte años, las conferencias de su salón y los cursillos de sus cátedras constituían de seguro la cima de los valores intelectuales. Todo es hoy distinto. El Ateneo, con su estructuración anacrónica y sus resabios antiguos, no significa ya nada positivo en la vida española. No por culpa de estas o aquellas personas, de esta o aquella orientación, sino por algo más hondo que afecta a la fatalidad de las edades. El Ateneo ha perdido el contacto con los tiempos y vive una vida estelar junto a una galería de retratos familiares, creándose artificialmente su universo y adorando los viejos mitos del viejo siglo.

La tarea intelectual de alto volumen se ha polarizado felizmente en España en otro género de organismos que ahí están, a la vista de todos, satisfaciendo sus tributos de creación. Gracias a ellos, la decadencia intelectual y física del Ateneo no supone la de nuestras actividades culturales. Estos organismos nacieron de frente a los valores fundamentales de la cultura, y son hoy garantía de que España dialoga con acento firme en los pugilatos supremos de la inteligencia. No es preciso citarlos, porque todo el mundo conoce el amplio cerco de su sombra. Así el resurgir del espíritu universitario. Así esos otros centros que se llaman Centros de Estudios Históricos, laboratorios de investigaciones físicas, Seminario Matemático, Instituto Cajal, Sociedad de Cursos, Seminario de Estudios Internacionales, etc.

¿Y los estudios superiores de política?, se me dirá. El Ateneo ha mostrado en los últimos años un afán incontenible por la política. Nadie puede censurar esto, en sí, porque la política es la más notable de las preocupaciones humanas. Pero, cuidado, no se olvide que ello coincidía en el Ateneo con su agotamiento para las genuinas y valiosas funciones adscritas a su historia. Y tenía que llegarse a esto de ahora, espectáculo triste y de palidez, que tanto nos duele a los que somos poco amigos de contemplar desnudeces en ruina. Al rodar los temas políticos por el Ateneo no había cuidado, pues, de que nadie pretendiese situarlos en serio como aconteceres históricos, exclusiva función propia del intelectual. Del Ateneo no ha salido ni una idea universal ni un síntoma de que el sentido de los nuevos tiempos era allí comprendido. En vez de eso, el Ateneo, en presencia de los hechos culminantes de estos años —Gran guerra, pujanza de los yanquis, fascismo italiano, revolución soviética—, ha hecho un deplorable papel. Era ello inevitable: Agotadas para el Ateneo las posibilidades creadoras, tuvo que refugiarse en los dominios de un pasado, del suyo. Especuló —y especula— con su haber histórico, mostrando a España cuanto le debe como centro cultural, implorando así la limosna de su crédito (82).

Hoy (1931) la influencia directriz del Ateneo es nefasta para el pueblo español. Vive anclado, como dijimos en 1930, con sus valores progresistas... Da pena que en la vida española sean todavía posibles estas falacias de la reacción demoliberal... Si uno redujese su cultura política a lo que se dice y oye en el Ateneo, seguiría creyendo que nada ha acontecido en el mundo desde la Gloriosa... Creemos que el Ateneo representa hoy en la vida española un tope y un tópico. El tope impide la marcha, no deja hacer, retiene a los es-

pañoles en tareas desvanecidas. Deshace, en una palabra. El tópico es hacer creer a la gente que allí hay finos intelectuales que pulsan la más leve vibración de los nuevos tiempos. Entidad retrógrada, reaccionaria: El Ateneo. He aquí la verdad pura (83).

Del Ateneo vuelve a hablarnos Ramiro en «¿Fascismo en España?», al relatar la odisea de la conferencia que pronunciara contra el marxismo, hecho *de una audacia insólita*, ya que lo considera como *el centro más calificadamente enemigo de las ideas que iban a ser defendidas por el conferenciante (84).*

ANTE EL GENERAL PRIMO DE RIVERA

Sobre la figura de Primo de Rivera adopta, sin reticencias, la única actitud aconsejable.

He aquí la ocasión primera que tenemos para hablar del general dictador. No salvó a España. Hay que decirlo. Pero hizo cosas geniales que no pueden ser fácilmente olvidadas. Entre ellas romper en mil pedazos las organizaciones viejas y empuñar en lo alto La bandera heroica de la nación... Ninguna intervención tuvimos en la política de Primo de Rivera. Somos posteriores; llegados hoy mismo a la responsabilidad nacional. Le rendimos, sin embargo, un tributo casi admirativo... Hay que agradecer a Primo su ponerse ahí, espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña... Hombre que merece los recuerdos. Hombre que no resolvió nada, que fracasó en todo; pero que tuvo la magnífica iniciativa de vocear y hacer contra todos los viejos valores que aquí se adoraban como mitos... (85).

Por ello le dedica un fervoroso tributo admirativo y la promesa de ocuparse del general en próximos aniversarios, porque *nosotros le debemos la posibilidad de nuevos aires en el antiguo zoco nacional.*

ANTE LA REALIDAD POLÍTICA

Sin duda, para Ramiro la política española operaba a ciegas de la realidad que debía manejar; existía una enorme divergencia entre la realidad económica y social y la ideología política. *Si en España los grupos se empeñan en vivir un anacronismo permanente, repitiendo las gestas políticas que hace ochenta años constituían la realidad europea, allá ellos. Pero permítasenos a nosotros, hombres recién llegados, que demos cara a nuestro tiempo y destaquemos lo que hay en él de palpitación viva... ¡Qué le vamos a hacer si pasó la hora de batirse por la libertad!...*

Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias: los valores hispánicos y la victoria económica. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindicalista en el Estado hispánico que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño de los mandos absolutos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva, y a la vez palpitación de justicia social y prosperidad económica (86).

Ese divorcio de la política liberal burguesa está proclamada a campanada *al vuelo*, en el suelto de 11 de abril de 1931, días antes de proclamarse la República:

Asistimos sonrientes a la inútil pugna electoral. Queremos cosas muy distintas a esas que se ventilan en las urnas, farsa de señoritos monárquicos y republicanos.

Contra cualquiera de los bandos que triunfe, lucharemos. Hoy nos persigue la monarquía con detenciones y denuncias. Mañana nos perseguirá igual el imbécil Estado republicano que se prepara.

Nosotros velaremos por las fidelidades hispánicas. Por que en la inútil pelea no surjan y especulen los traidores a la Patria.

La organización de la Conquista del Estado prosigue y proseguirá su lucha en pro de un Estado hispánico de novedad radical. Nuestros fines son fines imperiales y de justicia social (87).

Los intelectuales han sido por eso un disolvente peligroso en la política española, por su divorcio con la realidad palpitante.

La política no es actividad propia de intelectuales, sino de hombres de acción..., y en España, más

que en ningún otro pueblo, la intervención de los intelectuales en la política constituye un grueso problema... La crítica es una función peculiarísima de la inteligencia como tal, y desde 1898 apenas si ha circulado por la vida española otra cosa que crítica. Ha sido el período de los intelectuales... No hay ideas objetivas en política, única cosa que podría justificar la tarea interventora del intelectual...

El intelectual prefiere a la realidad una sombra de ella. Le da miedo el acontecer humano y por eso teje y desteje futuros ideales. De ahí su disconformidad perenne, su afán crítico, que le conduce fácilmente a hazañas infecundas. El material humano le parece imperfecto y bruto... Al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuros... Ahora bien, en un punto, los intelectuales hacen alto honor a la política y completan su eficacia. En tanto en cuanto se atienen a su destino y dan sentido histórico, legalidad pudiéramos decir; a las acciones victoriosas o fracasos a que el político conduce al pueblo... Si el intelectual subvierte su función valiosa y pretende hacerse dueño de los mandos, influir en el ánimo del político para una decisión cualquiera, su crimen es de alta traición para con el Estado y para con el pueblo (88).

El intelectual, para Ramiro está contrapuesto al político y es aquel hombre de acción... que se sumerge en las realidades del mundo, en ellas mismas y opera con el material humano tal y como éste es... El hombre de acción, el político, se identifica con el pueblo. Nada le separa de él. No aporta artes artificiales ni se retira a meditar antes de hacer...

Esto no quiere decir que el intelectual sobre en la escena política de un pueblo: El intelectual constituye un tipo magnífico de hombre, y es de todas las castas sociales la más imprescindible y valiosa. Su concurso no puede ser suplantado por nada y le corresponden en la vida social las elaboraciones más finas. El intelectual mantiene un nivel superior de alimentos ideales, sin el que un pueblo cae de modo inevitable en extravíos mediocres y sencillos (89).

Pero la realidad española ofrecía a Ramiro una perspectiva pesimista: Aquí el intelectual sirve al pueblo platos morbosos, y busca el necio aplauso de los necios... En España no hemos podido conocer todavía una colaboración franca de la Inteligencia con las rutas triunfales de nuestro pueblo. Sea lo que quiera, el hecho innegable es que el intelectual no ha contribuido positivamente, como en otros pueblos, a la edificación de la problemática política de España (90).

Y esa realidad disgregada era la que en trance de suprema angustia, ante la crisis política, social y económica, tan honda, que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje (91), le hacía clamar en el manifiesto político: La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública, es la de advertir cómo España —el Estado y el pueblo españoles— vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación, sentida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconectado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento (92).

Vuelvo a insistir en que Ramiro no desecha al intelectual, ni lo considera elemento pernicioso a la sociedad. Para los universitarios son sus mejores elogios, así como para el intelectual metido a político, lanza sus peores invectivas, porque hay tan sólo una política, aquella que exalta y se origina en el respeto profundo al latir nacional de un pueblo, que pueda y merezca arrastrar en pos de sí la atención decidida de los intelectuales. Un intelectual, si lo es de verdad, vive identificado con las aspiraciones supremas de su pueblo. La acción política que esté vigorizada por la sangre entusiasta del pueblo encuentra fácilmente enlaces especulativos con los intelectuales (93).

ANTE LA REALIDAD SOCIAL

Tiemblan las carnes y el frío cala los huesos cuando a los treinta años volvemos la vista para recordar los tiempos de inenarrable ceguera e injusticia social que padecíamos. Es cosa que no puede imaginar el

trabajador, hoy asistido de sus seguros más o menos eficaces —en eso no entro ahora—, ni el hijo del propietario, que no vivieron la época, y cuya mentalidad, incluso por fortuna, ha cambiado.

No cabe duda de la real existencia de la decadencia moral y económica en que por aquel entonces se desenvolvía España. Quiérase o no, las doctrinas van calando en el alma, con un reflejo detector en las conductas. Fruto del liberalismo y de la doctrina marxista, teorías que convergen en sus extremas aristas, en nuestra patria se había llegado a un materialismo nihilista y a un desprecio absoluto del hombre. Quien compare nuestra decadencia espiritual presente, a pesar de las inyecciones de espiritualidad que se le han puesto, y a pesar de la política de manos libres de que ha gozado la Iglesia, y de la protección denodada del Gobierno para cuanto suponga un aliento para los altos valores del espíritu, lo cierto es que padecemos la ola de materialismo y apegamiento a los bienes materiales más feroz que se ha conocido en nuestra historia, y que si los tiempos se nublasen, ese mínimo porcentaje de cristianos practicantes que hoy parecen llenar los templos, se reduciría a escasas cuadrillas de valerosos y consecuentes.

El peligro del marxismo estaba en esa subversión de valores, y quiérase o no, nos ha dejado su etiqueta, con peligro de importación, si a tiempo no cortamos ese anhelo de riquezas que se observa en todas las esferas, sobre todo en las altas, ya no con desprecio porque los tiempos han traído aires de lo social, pero sí con absoluta indiferencia hacia el nivel de vida de los otros, puesta la única intención en lo propio, aunque en la oración se hable de lo de los demás con irritante inverecundia.

Es decir, que mientras exista esta despreocupación tan notable, que es horrenda, entre lo que les sobra a unos pocos y lo que les falta a la mayoría —inmensa mayoría—, no hemos hecho más que predicar, y es tiempo urgente ya de dar trigo, porque en eso consiste la injusticia distributiva que crea el clima para todos los fermentos.

De aquí que pueda el lector, al sentirse enardecido por las palabras de Ramiro, pensar en la magnitud de la justa ira con que, viviendo en medio del ambiente y previendo la magnitud de la hecatombe que venía, escribiera sus invectivas *como látigos a la cara*.

Lo primero que hace temblar a Ramiro es que en todo el Occidente y, claro está, en España *hay unos valores en peligro*.

Ocurre que los valores espirituales se bambolean, porque el hombre no es sólo alma, sino cuerpo, y el compuesto sustancial no vive sólo de doctrina, sino de pan. El dicho evangélico *no sólo de pan vive el hombre*, presupone la necesidad de satisfacción de las necesidades corporales. No es al revés —porque el Creador de la naturaleza humana supo lo que hizo—, como pretenden algunos que son precisamente los que no sienten el aguijón del hambre. Por eso, Santo Tomás había predicado que sin una satisfacción mínima de las exigencias corporales, no había posibilidad de ser bueno. De aquí que sea precisa una actuación esencialmente humana que arranque los últimos vestigios de impedimentos materiales para poder lanzarse con arresos no trabados por el camino de la paz y cultivo de los valores esencialmente humanos, como son los espirituales y la cultura.

A ese peligro hay que *ocurrir* reparando las injusticias, y por ello: *Perseguimos y lograremos la liberación económica y la grandeza hispánica... ¡Antes que nada la liberación económica! Ved nuestro programa social: Sindicación obligatoria de la industria y entrega de tierras a los campesinos* (94).

Considera Ramiro que basta el carácter antimarxista de las J.O.N.S. para justificar su presencia en la vida política: *Ya tiene razón —sin otras razones— nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas* (95).

Pero no basta estar en contra. Hay exigencias en la vida social del pueblo a las que hay que dar inmediatas soluciones, porque el *movimiento J.O.N.S. es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir —o reconstruir— estrictamente una Nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles* (96).

Efectivamente, el programa de las J.O.N.S. suena a canto de esperanza y alegría no sólo en ese afán perseguido de optimismo, sino en la raíz psicológica del mismo, que es *nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es, ni más ni menos, devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, en su capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del Globo, a sabiendas de que en cualquier lugar donde se halle, españoles de otras épocas sembraron y dejaron cultura, civilización y temple* (97).

Y luego está inmediatamente la triste realidad de la patria con su legión de desposeídos y su desesperanza, inmersa en un terrible marasmo de injusticia social y hambre. De ahí que se imponga una rápida actuación política de sentido social, sindicalista.

Nuestro propio pudor de hombres actuales nos impediría hacer el menor gesto político sin haber sentido e interpretado previamente la angustia social de las masas españolas. Las J.O.N.S. llevarán, sí, calor nacional a los hogares, pero también eficacia sindicalista, seguridad económica. Fuera del Estado, a extramuros del servicio nacional, no admitimos jerarquías de clases ni privilegios. La nación española no puede ser más tiempo una sociedad a la deriva, compuesta, de una parte, por egoísmos sin freno, y de otra, por apetencias impasibles y rencorosas. Las masas populares tienen derecho a reivindicaciones de linaje muy vario; pero nosotros destacamos y señalamos dos de ellas de un modo primordial. Primera: garantía de que el capital industrial y financiero no tendrá nunca en sus manos los propios destinos nacionales, lo que supone el establecimiento de un riguroso control en sus operaciones, cosa tan sólo posible en un régimen nacional de sindicatos. Segunda: derecho permanente al trabajo y al pan, es decir, abolición radical del paro forzoso.

Es una necesidad en la España de hoy liberar de las embestidas marxistas las economías privadas de los españoles. Pero sólo en nombre de un régimen justo, que imponga sacrificios comunes y consiga para el pueblo trabajador la estabilidad y satisfacción de su propia vida, podría ello efectuarse. Nosotros nos sentimos con fuerza moral para indicar a unos y a otros las limitaciones decisivas. Se trata de un problema de dignidad nacional y de disciplina. Si el mundo es materia, y para el hombre no hay otra realidad y poderío que el que emana de la posesión de la riqueza, según proclama y predica el marxismo, los actuales poseedores hacen bien en resistirse a ser expoliados. Pero el marxismo es un error monstruoso, y nadie puede justificarse en sus normas.

Nosotros, el nacionalsindicalismo, salvará a las masas españolas, no lanzándolas, rencorosamente, contra la propiedad y riqueza de los otros, sino incorporándolas a un orden hispánico donde residan y radiquen una vida noble, unos servicios eminentes y la gran emoción nacional de sentirse vinculados a una Patria, a una cultura superior, que los españoles hemos de alimentar y nutrir con talento, esfuerzo y dignidad.

Sabemos que hoy en España la dignidad más grande es recoger y exaltar todos los heroísmos angustiados de las masas, que van entregándose, una tras otra, a experiencias demoledoras e infecundas. Habrá, pues, que hincharse de coraje, razón y de voluntad, y luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, para salvarse, quieran o no, tras de la PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA, según reza la consigna central y fundamental de las J.O.N.S. (Junio 1933, JONS).

Este es el primer camino que hay que emprender a toda costa. La revolución nacional que propugnan las J.O.N.S. no va a efectuarse, pues, con la plataforma de ninguna de las tendencias que hasta aquí han peleado (98). Hace ya, pues, muchos meses que la única tarea en realidad urgente para todos los que dispondan de una emoción nacional que defender al marxismo sombrío, antiespañol y bárbaro, era la de romper esa dualidad a que nos venimos refiriendo; es decir, presentar en el mundo político donde forcejeaban radicales y socialistas, una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograrse, de un lado, la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir, y de otro, que dispusiesen de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento (99).

Asimismo, el pueblo español se encuentra sin pulso, alejado de sus esencias hispanas. Un pueblo sin ideal es materia apta para todas las decadencias y la ruina. España se nos iba de las manos a los españoles, y ello sin pelea, sin derrotas, estúpida y absurdamente (100). Nosotros sostenemos que España no es ni ha sido un pueblo en decadencia, sino un pueblo dormido, extraño y ajeno a su deber histórico. Es ese momento, cuando se pierde en anchas zonas sociales el sentido de la Patria y de sus exigencias, el más propio a los sistemas extraños para imponerse. Pues si en la trayectoria histórica de un pueblo se debilita su autenticidad, puede, en efecto, seguir a la deriva, perplejo, sin sustituir ni negar su propio ser, sino simplemente ignorándolo; pero puede también negarse a sí mismo ofreciéndose a otros destinos, instalar y acoger con inconsciente alborozo al enemigo (101).

Hay que barrer de España todas esas degeneraciones podridas. Ello ha de ser obra de juventudes tenaces y entusiastas, cuyo norte sea la Patria libre y grande. Es una de las tareas jonsistas, la más fundamental y urgente de todas. Porque sin ella nada podrá hacerse ni intentarse en otros órdenes. Nadie piense en edificar un Estado nacionalsindicalista donde no hay ni exista una Patria. Nadie piense en establecer una prosperidad económica ni conseguir una armonía social, ni lograr un plantel de héroes en un pueblo sin rumbo ni grandeza. Pues es la Patria, el Estado nacional, nutrido por el sacrificio y el culto permanente de todos, quien garantiza nuestra libertad, nuestra justicia y nuestro pan (102).

En cambio, una justificación de esa *voluntad española que hay que poner en circulación*, no puede hacerse si no se pone suma atención en fijar el orden de valores que caracterizan el espíritu nacionalsindicalista: *Hay una escala de apreciaciones que nos servirá para el caso: primero está nuestro carácter de españoles, con la angustia de nuestro problema español y arranque voluntarioso de salvarnos (103).* El segundo es que *las J.O.N.S. no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España y en todo momento encanalladamente derrotistas; quien se clasifique a gusto entre las derechas o las izquierdas, no indica sino su carácter burgués, liberal y parlamentario (104).*

La tercera es la consideración de que actualmente *a los destinos de la Patria están hoy ligados, como nunca, los destinos individuales (105).*

Por ello hay que conquistar a las masas *para una labor histórica de servicio a la Patria española (106).* Sin el aliento de las mismas no puede fraguar sus frutos una revolución. *Lo cual es muy distinto que el ir a la conquista de las mayorías...; la mística de las masas no es la mística de las mayorías... Los españoles que de un modo activo, tenaz, se afanen por la grandeza nacional de España, quieran liberar a sus compatriotas de la esclavitud internacional, deseen un resurgimiento de la vida moral, económica y cultural de su Patria, etc., pueden quizá ser durante largo tiempo minoría. Y no porque haya frente a ellos una mayoría hostil, con una conciencia antinacional y una voluntad de autoaniquilarse. No; sino más bien porque es lógico que existan anchas zonas inertes, insensibles al sentido de aquellos problemas. Inertes, pero no enemigas. Pues no se olvide que las cuestiones que afectan a la revolución nacional son distintas a las cuestiones propiamente individuales y privadas. Pueden escaparse, por tanto, a la apreciación de las grandes mayorías, a no ser en momentos excepcionales, en que confluyen de lleno la voluntad histórica nacional con las apetencias cercanas y concretas del pueblo entero (107).*

La conquista de las masas es un factor ineludible del éxito. Y que *las juventudes lograrán con relativa facilidad la adhesión de las masas si saben encarnar en sus propagandas la angustia actual del pueblo (108); primero, porque éste viene sufriendo las mayores calamidades, y es hoy un pueblo explotado y martirizado (109); segundo, porque España posee un capitalismo rudimentario —traidoramente sagaz— que rehuye todo riesgo y vive en absoluto al margen de toda idea de servicio a la economía nacional española (110), sirviendo obligadamente la economía de otros pueblos, y así una minoría de españoles, agazapados en la gran propiedad territorial, en los Bancos y los negocios industriales que se realizan con el amparo directo del Estado, ha obtenido grandes provechos, explotando la debilidad nacional y enriqueciéndose a costa de las anomalías y deficiencias sobre que está asentada nuestra organización económica entera (111).*

Ese es el cuadro de la realidad que contempla Ramiro, y ya veremos las soluciones que, entre ardor de político y serenidad de filósofo, da a las juventudes para la salvación de la Patria.

ANTE LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

Ha habido timoratos que han vaciado el silencio en torno a Ramiro quizá por miedo a verse envueltos en una acusación de descreídos.

Es una acusación grave que han echado sobre su figura, y los entuertos y sinrazones, o hay que endezezarlos o hay que darles patente de vigencia.

He leído en una obra, por cierto relevante y escrita por pluma que destila la ternura del verdadero y leal amigo, la afirmación categórica de que *ni era católico ni decía que lo era*. Es una reacción magnífica de un amigo que escupe su profunda repulsa por los tránsfugas y advenedizos que proclaman que creen, pero no practican sus creencias. Es una hipérbole para ensalzar la sinceridad de Ramiro. Yo, que, como dije, me desenvuelvo entre los escritos de Ramiro, no he encontrado ninguna expresión de acatolicismo y sí muchas de verdadera espiritualidad y además íntima y mamada. No encuentro, pues, cierta la primera proposición; pero sí es ciertísima, y era exigencia en la sinceridad de Ramiro lo segundo. Era católico, como lo pruebo; pero él, que obraba a impulsos de sus íntimas creencias y ante la exigencia acuciante de la Patria, dejaba que aireasen a los vientos sus creencias aquellos para quienes la acción era poco menos —paliativo al riesgo de sus propios intereses— que blasfemia.

Toda la obra de Ramiro Ledesma rezuma espiritualidad, y en ella latente o a línea abierta pueden tomarse frases reconfortantes, como las de que un movimiento nacional *requiere como clima ineludible para subsistir la vigencia de unos valores nacionales, la exigencia de una Patria, con suficiente valor y suficiente capacidad de futuro, para arrebatarse en pos de ella el destino espiritual y económico—político de un pueblo entero* (112).

Más adelante hemos de hacer un detenido análisis del pensamiento de Ramiro sobre el marxismo; pero ahora nos interesa señalar que entre las pérdidas irreparables que su triunfo hubiera acarreado a nuestra Patria especifica concretamente *la quiebra del espíritu nacional, la degradación histórica de todo un pueblo, la amputación de su libertad, el exterminio de su pujanza y de su espíritu y, por último, la no realización de la justicia, el escamoteo de las conquistas sociales ofrecidas* (113).

Creo que el tratar precisamente Ramiro del tema religioso supone en él una gallardía extraordinaria, porque está persuadido y clama que el catolicismo en la coyuntura aquella era para muchos —como desgraciadamente lo sigue siendo hoy— un fondo de discordia con las enseñanzas sociales de la Iglesia, y un espíritu de inexcusable injusticia social. Y esto —hay que gritarlo hasta enronquecer— no es una heterodoxia, sino suprema concordancia con el espíritu cristiano, cuya suprema virtud y predicamento es la justicia.

En su «Discurso a las Juventudes de España» está cincelado su pensar sobre el catolicismo en su injerto sobre la savia y la esencia de España:

Desde la gran reforma de la Iglesia hecha por los Reyes Católicos, España, el poder español, utiliza la fe religiosa como uno de sus instrumentos más fértiles. España pagó en buena moneda los servicios que el catolicismo prestó a su imperio. Pues gracias a España, el genio español, visible y eficaz, tanto en el Concilio de Trento con sus teólogos como en los campos de batalla bajo el pendón de la cruz católica, el catolicismo ha sobrevivido en Occidente, esperando en Roma una nueva coyuntura de aspiración a la unidad espiritual del mundo. Sin España, sin su siglo XVI, el catolicismo se habría quizá anegado, y la vida religiosa de Europa estaría representada en su totalidad por un conjunto de taifas nacionales más o menos cristianas (114).

¿Hay quien dude de que España perdió su imperio por ligarse a todos los 98 de que nos habla Giménez Caballero?

Eso es lo que precisamente nos quiere decir Ramiro en las líneas que preceden al párrafo citado —y

que quizá algún malicioso habría pensado que iba a olvidar en mi cita—: *No se manejan impunemente ciertos instrumentos, y lo que conduce de la mano a España a la derrota es su casi exclusiva vinculación a valores de índole extramaterial e incluso extrahistórica* (115).

Si buscamos las raíces de la decadencia de España hemos de coincidir con Ramiro en que *la decadencia se produjo en las instituciones dirigentes —Monarquía e Iglesia— a principios del siglo XVII, y alcanzó al espíritu y al ánimo del pueblo muy poco más tarde* (116).

Cuando nos quisimos dar cuenta, el espíritu de la ilustración había producido el divorcio entre Estado e Iglesia, y los muros levantados contra la unidad eran muy fuertes para ser derrotados por los individuos o los pequeños grupos que habían de intentar su asalto.

En una escala de los valores que constituyen la patria, Ramiro señala muy particularmente *el sentido nacional de nuestro pueblo —pueblo ecuménico, católico* (117).

Cuando los dos partidos o facciones del siglo XIX se consumen en pugnas estériles, olvidan el sentido nacional: *Lo primero que debe observarse en las luchas políticas del siglo XIX es que no son propiamente políticas, sino más bien luchas religiosas. Contemplándolas a distancia, las advertimos de esterilidad irremediable. Los defensores de la tradición no podían representar para España otra perspectiva que la de seguir guardando intacta la reserva española, si así puede decirse, y los otros, los pseudorrevolucionarios, sólo hubieran representado de veras un papel histórico positivo si su triunfo se hubiese dirigido a hacer entrar al pueblo español en el orden de las nuevas posibilidades que ofrecían al mundo la cultura técnica, la mecanización industrial y el nacionalismo vigoroso, correspondiente a una burguesía numerosa y rica.*

Fueron, repetimos, luchas religiosas, si bien efectuadas en el plano político; es decir, no entre dos religiones positivas diferentes, como sería lo natural, sino entre quienes eran católicos —al modo, claro, que habían sido siempre católicos los españoles desde el Estado y a través del Estado— y quienes no lo eran o lo eran con mucha tibieza. Por eso, la pugna se desarrolló en torno al clero más que en torno a los dogmas. De un lado, clericales; de otro, anticlericales.

Las dos facciones que lucharon a todo lo largo de la centuria eran incapaces de obtener de su victoria eficacias plenas. La España tradicional, católica, apiñada junto a las iglesias, no podía aspirar sino a una actitud estática, de conservación, de defensa. Los otros, los desprendidos, como actuaban en un país de formas económicas muy retrasadas, se enredaron en una serie de doctrinarismos abstrusos que bordeaban hasta la traición nacional, y no consiguieron la colaboración de las masas populares (118).

Y su fracaso estuvo en que las dos banderas decimonónicas carecían, además, de sentimientos nacionales firmes (119).

Después del fracaso de ambas, esto es, después de que la España tradicional y católica no clavó de un modo triunfal su fanatismo en el palacio de Oriente, en forma de un ideal guerrero y misionero, de expansión y fuerza, y después de que la España disconforme se declaró incapaz de enarbolar un ideal nacional de tipo violento y jacobino, sobre el que asentar una sociedad nueva y unas instituciones nuevas, ambas tendencias merecían por igual que se las desarticulase y expulsase del reino de las posibilidades políticas. Aquellos propósitos no fueron ni apenas ensayados. Las dos carecían, además, de sentimientos nacionales firmes. Para los unos, la tradición y el patriotismo consistían en defender fueros, reivindicaciones religiosas, formas de vida local y familiar; es decir, siempre porciones, parcialidades. Para los otros, lo revolucionario estaba vinculado a la libertad de imitar, a la gravitación rapaz de las ciudades contra los campos, etc. (120).

Contra estas indecisiones para la acción eficaz, la Conquista del Estado significaba el auténtico nacimiento de un espíritu político y social nuevo en la juventud española (121).

No puede negarse que al nacer con un empeño de tales dimensiones tenía delante un posible período de vacilaciones, de equivocaciones, de provisionalidad, si se quiere; pero que, en efecto, llevaba eficacias considerables lo probaron los hechos posteriores, ya que fue el foco inicial de nuestro movimiento.

Ramiro comprende la necesidad de dar un contenido a la lucha política y se empeña en *un afán de crear la propia doctrina. Quieren la unidad intangible de España. Postulan el respeto a la tradición religiosa... Manifiestan su incompatibilidad radical con el marxismo. Y presentan una demanda imperiosa social obligatoria, la intervención nacional de la riqueza y la dignificación plena de los trabajadores* (122).

Por si estuviera poco claro este espíritu cristiano entre *las cosas inescusables*, las *dos angustias* que hay en España, a las que hay que *dar expansión histórica gigantesca*, una es *extirpar la poquedad actual de España, dar a los españoles una Patria fuerte y liberadora*. Otra, *satisfacer los anhelos de justicia de la gran mayoría de la población, que vive una existencia difícil y encogida, muchas veces miserable*.

Estas palabras que suenan a actuales seguirán así sonando e invitando constantemente a las juventudes a completar la revolución iniciada, mientras sólo un sector del país, y por cierto muy reducido, extraiga para derrocharla la máxima parte de la renta del país, mientras no sea una realidad que el que trabaje coma y coma su familia; mientras, en definitiva, no sea una realidad, no el aumento teórico de la renta «per capita», sino la efectiva y justa distribución de las riquezas nacionales. *Esos dos son imperativos de tal relieve, que su logro está y debe estar por encima de todo, presidiendo la empresa revolucionaria de los españoles, tras de su grandeza y liberación. Y para darles cara se pisotea todo lo que haya que pisotear, desde la ordenación económica vigente hasta el tipo de vida melindroso y chato de las actuales clases directoras* (123). *Vamos en pos de la PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA. Tres cosas de que está hambriento y exhausto el pueblo español* (124). Tres cosas que justifican ortodoxamente la vida de un hombre y purgan su pensamiento de toda impureza. Hablar así no es hablar en ateo. Es un llamamiento sublime en momentos de naufragio de la Patria y de sus valores más eminentes. *Hay una nación y un pueblo a quien salvar, y nosotros lo haremos a base de tres consignas permanentes: Patria, Justicia y Sindicatos, que ofrecen a nuestra ambición de españoles, a nuestra juvenilísima voluntad de lucha, amplio campo de combate y de acción* (125).

Sí quiero hacer constar que en las estructuras de Ramiro ocupan un valor preminente las que pudiéramos calificar de trascendentes: lo que cada hombre es exigido a hacer por razón de ser hombre, y lo que todo hombre cristiano le cumple dar por ser cristiano o católico. *La vida católica es cosa a cumplir como hombres para salvar el alma*.

Ramiro, situado en el plano temporal, y admitiendo, sin duda, los religiosos entre los valores eminentes, plasma una revolución de sentido nuevo, concibiéndola *como empresa histórica, temporal, para conseguir la grandeza de España y la dignidad social de los españoles*.

No hay duda de que la unidad moral y la cohesión de España, su misma vida histórica, *está pendiente de ese manojito de magnas e indiscutibles cosas*. Y una fundamental es que *la Iglesia puede decirse que fue testigo del nacimiento mismo de España como ser histórico. Está ligada a las horas culminantes de nuestro pasado nacional, y en muchos aspectos unida de un modo profundo a dimensiones españolas de calidad alta* (126). Pero ello no quiere decir que hoy sea el espíritu religioso el que alienta la vida nacional. Amplios sectores desconocen o no practican la religión, y en ese caso, aun para éstos es indiscutible que están obligados a colaborar en esa empresa histórica y temporal, que, como españoles, se les presenta, en un escueto manojito de verdades, que hay que abrazar en razón de españoles, y que estarían sublimadas si en ellos fuese pura su condición de católicos. A esta ética de ciudadano es a lo que Ramiro llamó moral nacional. Palabra que, bien entendida en su propio valor radical y etimológico, no puede dar lugar a equívocos ni malas inteligencias. La idea de patria es anterior al cristianismo, y éste tuvo la virtualidad de revalorizar su profundo contenido.

LAS RAZONES DE SU VOCACIÓN POLÍTICA

No hay más que un contraste para averiguar la verdadera vocación del revolucionario: su fracaso.

Cuando una idea encuentra acogida súbita y su fundador se engrandece, no hay revolución: hay negocio. Un negocio exuberante.

El fracaso es la piedra de toque y la levadura de todas las místicas que llegan a cuajar conciencia nacional.

Exactamente fracasó el Primer gran Revolucionario de la Historia, porque quiso conmover los fundamentos sociales de la humanidad, implantando un orden nuevo. El sabía que tenía que fracasar en su vida para triunfar con su muerte.

Y dígame lo que se quiera, no son temibles los movimientos de vivos que se agrupan alrededor de un vivo; porque la historia —vieja y nueva— nos dice, y esa es la esperanza de muchos, que muerto el vivo, por lo general, se acabó la idea; la resaca materialista de autodefensa vuelve las cosas a su ser.

Pero es terrible la fecundidad de las ideas rescoldadas en la caliente memoria de un muerto, sobre todo si su verdadera humanidad ha trascendido sin engaños ni desfiguraciones a la conciencia popular. Los movimientos así engendrados se revisten de evidad.

Que Ramiro tuvo vocación política lo probaría el hecho de su muerte, de su temporal fracaso y de la creciente fecundidad de su doctrina política.

Pero la política, que es tomada por muchos como un medio de saciar su hambre de hambre, o su hambre de encumbramiento, incluso pateando la idea sobre la que alzaron su nombre y su vida —su modo de vivir—, requiere ciertas condiciones esenciales, sin las que ningún pueblo consciente debería permitir que los individuos llegasen a la esfera del mando.

Estas condiciones y estas razones de la vocación política se hallan contenidas en la obra de Ramiro Ledesma Ramos y practicadas hasta el sacrificio de la vida, en la corta existencia de Ramiro, que vivió poco tiempo, pero llenará muchos años de la vida de la Patria.

Porque no es erróneo preguntarse cómo ha de ser el político. La prueba es que todos incidimos en las cualidades del hombre político. Y, desde luego, una cosa es ser político —al servicio de una política— y otra muy distinta construir unas bases de actuación política.

Al servidor de una política pocas cualidades se le exigen —al menos «de facto»— cuando está determinado en su actuación. En este caso, incluso es preferible, y así sucede, que los menos dotados cumplan con más perfección y estrictamente el cometido de su función. Ni en realidad se le puede aplicar el apelativo de político, pues la misión del verdadero hombre político es la de transmutar paulatinamente por inconformidad de estancamiento, o derrocar violentamente las situaciones de hecho.

Por eso la época de Revolución debe prolongarse durante la vigencia y desarrollo de una idea, aunque su carácter más pacífico le haga apellidarse, por ejemplo, Movimiento. Al gran mal de una actuación política, un gran remedio: la revolución; pero como la vida de un pueblo es dinámica, sucede que la política, encerrada en fórmulas, está condenada al fracaso, porque la vida exige un continuo avance, un continuo movimiento en busca de aplicaciones más prácticas y actuales dentro del orden prefigurado por la primera idea.

Un anclamiento en la idea subversora del orden anterior sería semejante al de un parto prolongado, que acabaría por agotar las resistencias físicas de un pueblo.

Este prolongamiento distentivo se verifica en todos los regímenes basados en un hombre, cuyo final sangriento es dogma de la historia.

Por eso, una Revolución ha de basarse en ideas madres capaces de multiplicarse en multiformes actividades y no dar culto a las personas, porque la persona, como no sea persona divina, es esencialmente limitada y proclive a diversos y rudos avatares; y una Revolución ha de entrañar la virtualidad de disponer en cualquier momento del hombre, y en eso radica la esencia de un verdadero despertar nacional.

La única doctrina que se mantiene en vigor, por sólo la inconmensurable figura de su Fundador, es la doctrina cristiana, porque ésta —de suyo—, en su dureza, contiene el germen mismo de su vitalidad, incluso puramente humana. Sólo Cristo —no la conducta de santos o incapaces pastores— mantiene todavía y mantendrá siempre, a pesar de todo, unida a la grey.

La idea revolucionaria basada en el pensamiento sublime o esquizofrénico del hombre, está abocada al fracaso. Necesita radicarse en la misma entraña de un pueblo para adquirir vigor de permanencia. Estos

caracteres revistió, en un momento hosco, y dado a todas las fugas y deserciones del espíritu, aquel movimiento nacional—sindicalista que nacía débil como un niño entre las blandenguerías y estertores de la monarquía del 1930.

Pero la idea nace en una mente: requiere la presencia clamorosa del hombre; hombre que por fuerza, como en toda revolución de raíces profundas, ha de clamar en el desierto.

Resulta que el político no puede hacerse jamás en unas circunstancias determinadas, pero sí apoyarse en ellas para edificar sobre la basamenta esencial de un pueblo. Ahora bien: la política, apoyada en las circunstancias, pasa una vez superadas las mismas; el hombre que se apoyó en vientos puede estar impreparado para bonanzas. La verdadera dimensión de una idea política estriba en la supervivencia de la misma, sobre la desaparición de las circunstancias y del hombre que le dio el ser.

Sobre ella —la idea— han de estar integrados los políticos actuales —los Gobiernos—, y los políticos consecuentes —los gobernadores—. El divorcio entre ellos puede ser tan grave, que primero se esfume la idea aglutinadora y se deseche como inservible, provocando la decadencia y el desajuste de la concordancia nacional.

Y rota ésta, se nos presenta la cuestión de la falta de convivencia, término inventado ahora para expresar la posible inhibición de los efectos íntimos y radicales del *desacuerdo*. Una nación no puede montarse sobre una convivencia si ésta es sólo pasiva. También se convive en una casa mal avenida, si convivencia no significa concordancia, al menos en su alcance etimológico de ponerse de acuerdo, aunque sea para no arañarse. Así entiende Ramiro la convivencia civil, como concordancia de un pueblo con su propio carácter.

De todos modos, la Revolución ha de ser exigida por el pueblo, aunque sean sólo unos pocos hombres animosos los que capten esa exigencia y la pongan en dinámica marcha.

Pero toda Revolución comporta unas ideas, claras y distintas unas, las fundamentales; confusas y en embrión, las demás, pero todas para ser vigentes, entrañadas en el alma del pueblo; ideas que hay que actuar inmediatamente cuando la Revolución irrumpe. Esa acción precipitada y emergente ha de ser encauzada apenas las aguas turbulentas vuelven al cauce, y es preciso ir acomodándolas al espíritu que dio origen a la Revolución.

Los teóricos del Movimiento suelen nacer después; pero hay un período preparatorio en el que en el ardor de la prerrevolución van los adalides esparciendo sus ideas y sus afanes.

En nuestra Revolución la idea estaba surgida y casi perfecta en la mente de nuestros fundadores. Ninguno sobrevivió al parto de nuestro nacimiento triunfante. Ello nos obliga a reavivar su memoria.

Y para las juventudes que no vivieron el amargor de aquellos días de escarnio para la Patria, y a las que les será difícil ponerse en la trágica circunstancia, sólo el deseo de que lean con atención y que Dios les conceda el pensar y el hacer de Ramiro, si la Patria se viera en alguna hora en semejante agonía.

Afirmarse católico en tiempo de bonanza para la Iglesia o hacer profesión de fe en medio de un Estado nacional confesional por esencia es cosa magnífica, pero no meritoria. Mérito sí tiene la profesión de fe católica de Menéndez y Pelayo en momentos en que poco menos se hallaba en divorcio la intelectualidad y el catolicismo, o la profesión de fe nacional de José Antonio, de Ramiro y de todos —no los cito porque todos admiramos su gesto— los que entonces desde «J.O.N.S.» y «La Conquista del Estado», desde «F.E.», lanzaron en el aire su vibrante grito de fe en España en medio de la algazara comunista. Ya verán nuestros ojos —el día se acerca aprisa— las deserciones de los espúreos en masa.

El autor de este libro es un nacional—sindicalista y no renuncia a la más mínima partícula de su fe en España y de su fe en el pueblo. Que no renuncia tampoco a los imperativos en que la batalla jonsista ha de empeñarse algún día (127).

El hallazgo del hombre tuvo su período de gestación cuando lo tuvo la idea nacionalista que animaba

al grupo de «La Conquista del Estado», hasta que Ramiro, al crear las J.O.N.S., plasmó la idea definitiva. Las etapas de su plasmación puede afirmarse fueron las siguientes:

Una inquietud y radical disconformidad con las instituciones y el espíritu vigente que habían arruinado la Monarquía.

Una repugnancia inevitable a las fuerzas republicanosocialistas, incapaces de atajar el mal de la Patria.

Un deseo a toda costa de vitalizar a España.

La situación dramática del período y del grupo consistía en que permaneciendo, desde luego, en oposición al viejo Estado monárquico, entonces agonizante, estaba, asimismo, en radical disconformidad con el espíritu que informaba a las fuerzas republicanosocialistas encargadas de sustituirlo (128).

Ese estado de ánimo lo vamos a coger directamente de los números de «La Conquista del Estado» aparecidos desde el 14 de marzo de 1931, un mes justo antes de la implantación de la República, así como del «Manifiesto Político».

Ante la crisis política social y económica de España, *un grupo compacto de españoles jóvenes se disponen hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz (129).*

Pero su intervención va a ser decidida, eficaz, violenta, sin fugas desertoras ni pesimismo: *todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y a permitir que las ocupen Falanges animosas y fuertes (130).*

El momento es grave, pues España *vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella descritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica (131).*

El estado de ánimo de *todo español que adviene a la vida pública* es, en primer lugar, *una gran angustia* al contemplar la pavorosa enfermedad de España, que ha llegado a perder *el pulso universal (132).*

La juventud, ante el fracaso de los políticos de turno, sin más título *que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país (133).* Y por eso mismo, situados *en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno (134),* puesto que *los hombres de la política usual —monárquicos y republicanos—, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado; nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical (135).*

Esta novedad del Estado radical se anuncia en aquellos momentos de exaltación patriótica como una reacción contra el parlamentarismo decadente y garrulo y que se preforma como un Estado *constitutivo, creador, que consiga todas las eficacias, porque cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aluden a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos.*

El panestatismo que reclama Ramiro así ha de ser tomado, y ni él lo toma en un sentido absoluto; pero lo que quiere dar a entender es que el Estado, que esa juventud que va a crear, *es el máximo valor político, y que el mayor crimen de la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad —la convivencia civil— es algo que el Estado, y sólo él, hace posible (136).*

Pero un Estado con responsabilidad. Sólo un Estado responsable, portador realmente de la aquiescencia y realizador de los deseos de un pueblo —es decir, un Estado *que levante bandera de responsabilidad—, tendrá títulos para desempeñar la soberanía.*

Nos hacemos responsables de la Historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales... (137). El sentido nacional y social de nuestro pueblo —pueblo ecuménico, católico— será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto! (138).

El fin de ese Estado fundamentado y sostenido por el pueblo ha de ser doble: *de un lado, la aportación espíritu universal de nuestra peculiaridad hispánica, y de otro, la conquista de los resortes técnicos, la movilización de los medios económicos, la victoria sobre los intereses materiales y la justicia social (139).*

Los medios para ello han de ser, en primer lugar, una Universidad que recoja la potencialidad de los jóvenes para las tareas directivas, y elevar la técnica cultural del pueblo: *somos, en gran parte, universitarios... Pueblos sin Universidades permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática (140).*

En segundo lugar hay que *conexionar y articular los alientos vitales de las provincias... (141), admitiendo como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los municipios. Ahí está la magna tradición española de las ciudades, villas y pueblos, como organismos vivos y fecundos (142), que podrán articularse en grandes confederaciones o comarcas, bajo la soberanía indiscutible y absoluta del Estado.*

Y, por último, para hacer frente a las injusticias sociales que ha creado la economía industrial en los últimos cien años, se impone *«la estructuración sindical», con carácter obligatorio de las «fuerzas económicas», saliendo al paso inmediatamente al «pavoroso y tremendo problema que hoy existe», expropiando y nacionalizando las tierras para una explotación de tipo comunal y cooperativista (143).*

En esta primera afirmación, *cara a la eficacia revolucionaria*, se ve en embrión un pensamiento que ha de concretarse posteriormente en fórmulas más cuajadas (y ecuanímes), aunque no por eso menos revolucionarias. Juan Aparicio mismo dice que *puede afirmarse que pocos comprendieron lo que quería Ledesma cuando firmamos nuestro Manifiesto Político, y más adelante son alguna vez imprecisas y contradictorias, como son así los alaridos de la pasión y del coraje en el sublime trance en que nos encaramos con la muerte (144).*

En los primeros números de «La Conquista del Estado» se aclaran algunos de los puntos contenidos en el Manifiesto.

El descuido de una sana política económica se denuncia con una fortaleza insospechada, pues ello ha producido en la ideología política española un divorcio absoluto con la justicia social.

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales (145).

Este signo social del estado social actual que Ramiro preconiza y del que es el directísimo promotor, se va retintando con trazos rojos y negros sobre la piel de sus cuartillas y las hojas del sumario.

Hay que abordar, no eludir las cuestiones de tipo social. Entregarse a ellas. Acabar con las crisis agrarias. Reglamentar y articular la producción industrial (146).

Pero claro es que el paso previo es la *liberación económica (147)*, a la que hay que ir a toda costa con *hechos, sólo hechos*, por la *sindicación obligatoria de la industria y entrega de tierra a los campesinos (148).*

No se expresa el medio —más adelante perfilará estas medidas Ramiro—, pero lo que no cabe duda es que en ese pensamiento está palpitando la llamada función social de la propiedad. Hoy —vuelta la paz a los propietarios— se oye sin temor hablar de justicia, pero tal vez sin propósito de cumplirla; pero en aquellos tiempos era casi herejía alzarla como bandera de una actuación política.

Estado, por esencia, opuesto al comunismo: *Frente a la sociedad y al Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica (149)*, porque *el marxismo pierde todos*

sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes. Y le señala un tope minúsculo que detiene sus impulsos (150). Sobre todo cuando no hay otra alternativa. Esta visión de la fiera comunista, que está ahí, contra lo que creen los miopes (151), y que sigue estando con otras armas —pacifismo y poderío industrial—, nos exige una entrega de heroísmo y de lealtad: Frente al comunismo no hay, sino una fidelidad de cada gran pueblo a sus destinos (152).

La ola comunista dejó de ser una inundación ideológica y romántica para convertirse en un resorte actual, a cuyo tacto se buscan y pretenden victorias sociales y económicas. No hay que desconocer la potencia y el radio del comunismo, que se despliega a todos los aires en caza de atenciones. Nosotros las recogemos y advertimos la gigantesca dosis de futuro que posee. Pero el comunismo es nuestro enemigo. Destruye la idea nacional, que es el enlace más fértil de que el hombre dispone para equipar grandezas. Destruye la eficacia económica que nuestra civilización persigue y solicita. Destruye los valores eminentes del hombre (153).

Contra todo ese aparato comunista sólo caben dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica (154).

Frente al comunismo, el Occidente no puede mostrar sino esto: Grandeza nacional. Estado eficaz y robusto, con una estructura económica sindical y nacionalizada.

No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico, que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo (155).

SU CONCEPCIÓN DEL HOMBRE Y DEL ESPAÑOL

No sé por qué motivo, cuando se habla de sociología se prescinde sistemáticamente del individuo. Se habla de grupo, de clase; pero nada del individuo ni de los derechos de lo individual. A fuerza de tanto colectivizar se ha creado un Buda de lo social, al que se han colgado todos los atributos y derechos; pero al individualizar parece inconcebible que un individuo concreto sea sujeto de los derechos predicados para un ente a veces ficticio e ideal.

Resulta que gozan unos de todos los privilegios y en medida mayor insuperablemente de la atribuida, y otros, por el contrario, siguen mendigando —incluso lo que por estar reconocido a todos son derechos—, como si del concepto que califica al grupo, a cada uno de sus componentes se cortase la continuidad.

Y si bien es cierto que los caracteres específicos del ente social, en cuanto tal, son distintos de los de sus componentes individuos, no lo es menos que todo ente social en cuanto olvida a sus miembros pierde su esencial carácter, ya que lo social no podría persistir sin mantener pura la esencia de cada individuo, que es la esencia metafísica coadunada de lo colectivo social hecho por y para cada una de las personas integrantes del grupo o la colectividad.

No quiero decir con todo esto sino que la desproporción en número de los que gozan de pingües ingresos y la enorme muchedumbre de los que ingresan menos de lo necesario para la vida vegetativa, es una de las tenazas que aprietan la vida nacional y le impiden el camino de su expansión.

Merece, pues, como supuesto, una consideración la persona humana. Muy bien había observado W. Sauer (156) que la comunidad, la sociedad misma o el grupo no agotan el objeto de una teoría de la sociedad; pero no son su único objeto, aunque sean, si se quiere, los más importantes. Una filosofía de lo social ha de tener en cuenta el individuo. Es absurdo pretender el estudio del conjunto sin hacer un previo análisis de los elementos componentes de esa realidad, causa y basamento de la totalidad de los fenómenos sociales.

He aquí el individuo —la entidad primaria de lo social— y a la que el sociólogo no concede importancia, sin pensar que él —individuo— es otra célula más del organismo que estudia y al que pretende dar soluciones meganthrópicas, cuando, al fin y al cabo, lo subsistente y perenne al grupo es la racionalidad —

propia de cada persona—, que si se quiere llega a patrimonio de cada uno de los componentes del grupo —o a su mayoría— por el tracto de la conciencia cultural —reflejo del pasado, actuación del presente, energía del futuro—, pero nunca de la sociedad, porque la sociedad, en definitiva, es un ente metafísico, cuyo valor «in re» está en cada una de las inteligencias de los grupos que componen una determinada sociedad.

El individuo es un concepto diferente del concepto de persona.

Individuo no implica racionalidad ni es necesariamente objeto de las ciencias sociales, porque el individuo es aquel ente, sea cual fuere, que reúne en sí estos caracteres: el ser individuo en sí mismo y distinguirse además perfectamente de cualquier otro ente. Por consiguiente, el concepto genérico de individuo tanto se aplica a un hombre como a una piedra o a un edificio. Todo ser real es individuo; lo que quiere decir que no puede multiplicarse ni encontrarse en otros entes. La realidad de un ser implica su indivisión en otros. No sucede así con los conceptos universales, cuya abstracción conceptual una en las mentes, se multiplica realmente en la realidad. El concepto *árbol*, que es *uno* en nuestra mente, lo aplicamos después con toda verdad a una serie de individuos árboles, que se empinan en los montes, sombrean nuestras riberas o fructifican en nuestras vegas y huertas.

En esta dirección, también el universal *hombre* se encuentra existente y predicado en multitudes de individuos reales. Y éste es el motivo por el que el individuo, en nuestra concepción vulgar que prescinde del concepto metafísico, vaya aplicado frecuentemente y convertido con persona.

Cuando Sauer contrapone individuo y personalidad, cae en esta lexicografía (157). Es muy importante, si hemos de llegar al fondo del posible papel que cada hombre juega con respecto a lo social, dejar bien asentado el concepto de persona y el de personalidad, que es la que quizá tenga más influjo en el concierto de lo social.

Ser persona es algo profundamente serio, aunque lo sea mucho más actuar como tal.

La persona es una sustancia individual —es decir, singular e incomunicada— de la naturaleza racional. De modo que la persona es una sustancia tan completa y acabada en sí misma, que tal persona no puede ser la de otro.

La hipóstasis —es decir, la sustancia singular completa toda en sí— racional, eso es la persona.

Hay, por consiguiente, que hacer hincapié en que no basta para la noción de la persona el que sea una sustancia racional consciente de sí misma y libre; pues si bien es cierto que toda persona es sustancia racional, consciente de sí y libre, no lo es menos que hay sustancias racionales —el alma, la naturaleza humana de Cristo— que además son libres y conscientes de sí, y, sin embargo, no son personas.

No es admisible, por tanto, la definición de Locke cuando define a la persona como un ente consciente de sí mismo (158). Es defectuosa, asimismo, la definición de Raut cuando afirma que la persona se constituye por el hecho de poder el hombre tener en su conciencia el yo, y que por eso se eleva infinitamente sobre todos los demás seres de la tierra.

Menos puede descansar el concepto de persona en una conciencia actual de los propios hechos —lo que no deja de ser accidental—, como afirma Wolff: *La persona es aquel ente que conserva la memoria de sí mismo; es decir, que recuerda que es el mismo que antes se halló en tal estado o cual estado*. En el mismo sentido, Günther: *En cada persona hay que distinguir la esencia y la forma; aquélla consiste en el ser sustancial; ésta, en la conciencia de aquel ser o en la conciencia en sí*.

Es muy interesante para nosotros descubrir la esencia de la persona, porque, en definitiva, hemos de partir del hombre para constituir el edificio de lo social.

El hombre, animal racional, base de lo social, y para el que lo social ha de ir encaminado, es el objeto de la Filosofía Social. Pero no basta este punto de vista, porque también, y principalmente la Psicología, trata del hombre, si se quiere, con más profundidad que la sociología. El objeto de una filosofía de lo social ha de ser el hombre; pero en cuanto se manifiesta en sociedad, los valores positivos humanos sociales, y los

negativos, sus causas, sus manifestaciones y sus consecuencia.

Es cierto que la sociología no ha puesto en claro todavía el objeto de lo social, y que es precisamente sobre ese objeto sobre el que ha de recaer la última consideración del filósofo.

Pero éste bien puede, aunque los sociólogos no estén de acuerdo, fijar su consideración sobre tal posible objeto y determinar su esencia.

Y, además, se hace necesario porque el calificativo social, cada día en progresión constante, se aplica a todas las ramas de las ciencias del espíritu e incluso a las de la naturaleza. Se habla de Política Social, de Economía Social, de Derecho Social, incluso de Geografía Social.

Lo social es el signo del tiempo; y es que la llaga se ha abierto y exige un rápido cauterio. Si bien nos fijamos, a pesar del progreso en el respeto a los derechos humanos, la realidad nos dice que queda mucho trecho por andar.

Porque fundamentalmente ha fallado la política social, nada se ha hablado de la Pedagogía social, y sí de la Política del Derecho, que concebimos como ramas subordinadas de la Filosofía de lo social, a la que, por desgracia, le queda mucho tiempo para salir de su infancia.

No se puede prescindir en este camino de una total consideración de la persona humana: el hombre.

En el libro de las costumbres de Tortosa se encuentra un elogio del hombre corto y denso: *... porque la más digna cosa que en el mundo hay, y que debe ir delante de los demás, es el hombre* (159).

Efectivamente, se recoge el espíritu del libro sagrado: *Creó Dios al hombre a su imagen y semejanza*.

Lo que quiero decir con esto es que antes de miembro de un grupo o de un Estado, el hombre es primero hombre. Lo que comporta una serie de obligaciones y derechos que ha de prestar o le son debidos por su calidad de hombre. Es difícil, filosófica y prácticamente, relacionarse con los *otros* cuando no se tiene exacta comprensión del *ego*, pues aunque el *yo* suele ser lo más difícil de comprender respecto a sus propias actuaciones —nunca el reo puede ser buen juez de sus propios actos—, sin embargo, casi siempre tiene clara embocadura a los mares de principios, por lo que debería regir su conducta.

No hay complejo tan reduplicativamente como el compuesto animal racional. Empieza por ser la unión verdaderamente sustancial de dos sustancias —naturalmente incompletas—: el cuerpo y el alma. Cada una con sus propias operaciones, pero que, ya en el compuesto, ceden su singularismo para dar paso a otras operaciones en las que ciertamente intervienen, pero que no son propias de cada una, sino del compuesto (hombre).

El yo humano, el yo del que tengo experiencia íntima y recuerdos ingratos, me hace sentirme un ser sustancial sujeto de todas mis operaciones sensitivas y racionales. Yo, actor del cuerpo; yo, actor del alma; pero causas no totales, sino parciales, o mejor dicho, congruentes en la actividad totalmente complexiva de mi yo sustancial.

Un yo permanente; pero un yo accidental y perfectible, inestable, asimismo por esencia, no como sujeto, sino como perfeccionabilidad del sujeto.

Un yo idéntico consigo mismo, pero al mismo tiempo hondamente surcado por las rozaduras de la historia. Lo que no quiere decir que el hombre sea sólo historia, cayendo en la postura raciovitalista.

Pues si el yo ha de ser idéntico consigo mismo, es natural que, ante todo, ha de procurar con todo ahinco cuanto le atañe directamente, tanto en lo que a su conservación se refiere cuanto en el perfeccionamiento propio a que como entidad dotada de razón está obligado.

En eso consiste la armonía: en que la esencia perfectible se vaya dotando ecuánimemente, naturalmente y sin abultamientos parciales, de progresivos y constantes actos, sobre todo volitivos e intelectivos. Querer y comprender es, al cabo, la máxima perfección humana.

De modo que el exageramiento en su propio amor —quien no se ama a sí mismo como custodiador de una esencia que, al fin y al cabo, no es propia, es intrínsecamente malo— sea el motivo del amor a todo

lo que con uno se relaciona.

Y como el hombre es armonía y se halla armoniosamente inserto en unidades de vida más complejas, hemos de ver el cómo y el por qué de esta exigencia humana de sociabilidad que, como hecho natural, nos viene dada.

Nos hallamos en el problema teleológico del existente humano. Un tabú para los flojos de voluntad y *snobs* de intelectualismo.

Sin preámbulos, es lo más apetecible del complejo complicadísimo del existente humano: su finalidad, su vivir para lo perenne, lo extra mundano y super humano; en fin, para lo eviterno.

Una moral de derrota ha arrastrado a gran parte de la actual generación a acobardarse y renegar de lo más bello que se ha dado al hombre —origen, punto de partida, potencialidad ilimitada—, declarando a la existencia, a la vida, aherrojada, olvidada, ineficaz, inútil vida.

Muy otra es la exigencia extrínseca que obliga a la persona humana por parte de su causa primera, y muy elevada la última exigencia de perfeccionamiento, y ésta inevitable, que comporta por el mero hecho de su naturaleza racional.

Estas exigencias, externas unas —impuestas de afuera—, íntimas otras —consustanciales al sujeto—, están dándonos a entender que el hombre está llamado a cumplir una misión, misión por cierto múltiple, como múltiples son las exigencias que le presionan.

Hermoso discurso el de la teleología humana. El para qué del hombre —el por qué no es razonable planteamiento, pues no hay belleza ontológica comparable a la esencia en acto de existencia—, ni moral, ni racionalmente, ni en simple consideración metafísica, es cosa que nos pueda llenar de pavor. Es simplemente el pensamiento paráclito, que puede acariciar la mente humana y el seno más fecundo de altas miras y actividades.

Si el hombre tuviera *ahincado* en su corazón su supremo y último fin; es decir, si el hombre se dejara vencer en la pugna de exigencias por la exigencia de su creaturidad, seguro que el problema de lo social quedaría reducido a su expresión mínima.

La exigencia que más acucia al hombre es, sin duda, la de la obediencia que debe a su criador. Es la vieja lucha de la soberbia que despierta a cada instante en el hombre y le impulsa a proceder como ser autónomo. Se rompió la dependencia, y entonces tenemos la lucha de los iguales, el desorden completo, que es el nuevo argumento con que los teólogos rechazan el pluralismo teístico. Yo independiente, yo autónomo, cuando en la heteronomía se encuentra el más amplio camino para la perfección del ser creado contingente, porque un espíritu superior necesario e ilimitado presta sus luces superiores a la limitación del ente heteronomo.

Cuando éste comprende que no puede encerrarse en sí mismo, tiene exigencia su propia limitación de echarse a la búsqueda de un superior a sí digno de su servicio.

Por eso el hombre, como fin último, tiene el servicio de Dios como meta, y todos los demás fines inmediatos sólo han de encaminarse a este objetivo superior.

Aparte de esta suprema exigencia, y en la misma línea, hemos de considerar dos más que oprimen al ser limitado.

La primera se refiere a las relaciones consigo mismo, y la segunda, a las relaciones que, como ser social —plasmación de su contingencia—, tiene con respecto a los demás entes humanos, y aun a los seres que componen la totalidad de la creación.

De la tesitura intelectual o metafísica que el hombre adopte respecto a ellas, se derivarán las posiciones y actitudes de su conducta personal y social.

No nos vamos a detener ahora en los oficios —deberes y obligaciones— que el hombre tiene para con Dios.

Pero sí sería interesante recalcar la naturaleza social del hombre, las consecuencias que de ella derivan y los fines complejos que por estos motivos tiene que cumplir, según el pensamiento de Ledesma Ramos.

Un estudio objetivo como el que nos hemos propuesto ha de dar todas las caras de su pensamiento sin temores, porque no hay que tenerlos, y precisamente en este punto esencial en que se le ha achacado un soberano desprecio por el individuo.

Para que el lector no ande descaminado, con posturas que a él se le antojan cristianas y resulten parodias del pensamiento cristiano sobre la persona humana, hemos esquematizado la dogmática cristiana de la personalidad.

En resumen, el hombre o persona humana, según la definición de Baecio, es *la sustancia individual de naturaleza racional*. El cuerpo humano y el alma forman en el hombre una sola persona. El hombre fue creado por Dios. De la primera pareja del Paraíso descendemos por generación todos los hombres, sin distinción de razas, de continentes, ni de colores. De los padres, por generación, recibimos el cuerpo. Dios nos crea para cada uno, nos infunde el alma. El alma es sustancia, es simple, es espiritual, es una en cada hombre, y cuando se une al cuerpo, ambos se unen sustancialmente; es decir, formando una sola naturaleza. El alma humana es inmortal, y aunque se separe accidentalmente del cuerpo, sigue ejerciendo su actividad intelectual.

El hombre está ordenado a Dios como a su último fin. Los actos humanos y morales son los medios que conducen al hombre a Dios: su último fin. Con ellos se hace el hombre sujeto de salvación o de condenación. Porque al tener que obedecer a la ley, según recta conciencia, se hace sujeto de sanción.

Esta es la sublime y altísima concepción cristiana del hombre, capaz sola ella para que, actuada, se lograsen las metas políticas más audaces.

Si, pues, proclamamos la igualdad de los hombres, es claro que el ser hombre trasciende al ser alemán, katanguño o ruso. Trasciende también al ser católico, judío o ateo. El hombre, en cuanto tal, es semejanza de la divinidad; en cuanto cristiano, es sujeto de altísimo privilegio, y en cuanto español, alemán o italiano, es sujeto de derechos y deberes que le ligan humanamente a los fines sociales de la comunidad política a que pertenece.

De aquí que, mientras todo católico pertenezca al pueblo o a la raza que pertenezca, tiene exactamente iguales preceptos que cumplir y se halla ligado a la Divinidad por idénticas relaciones en orden a su fin sobrenatural y último; en cuanto a sus fines inmediatos, está sujeto a su patria por relaciones particulares, que, aunque en principio sean las mismas, difieren, en realidad, según las peculiaridades, energía, cultura, espíritu religioso y nivel de cada pueblo.

De aquí que, quien se sitúe en un plano categorial de pensamiento, puede dar por supuesto el valor del individuo, su prestancia como hombre y como católico, si tiene ese privilegio, y puede perfectamente, sin escándalos farisaicos, situarse en una categoría inmediata, para en orden a ella, redactar y vivificar unos principios inmediatos de acción política, que ya en su propia catalogación intelectual no ostentan los caracteres de fines postreros.

En los primeros momentos de su toma de posiciones tácticas, el 28 de marzo de 1931, dice ya Ramiro: *Frente al comunismo, con su carga de razones y eficacias, colocamos una idea nacional que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.*

El comunista es un ser simple, casi elemental, que acepta sin control unas verdades económicas no elaboradas por él y da a ellas su vida íntegra... Nosotros aceptamos el problema económico que planteó el marxismo. Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo tiene razón. Pero el marxismo pierde todos sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes... Un pueblo es algo más que un conglomerado de preocupaciones de tipo económico, y si de un modo absoluto se hace depender de los sistemas económicos vigentes los destinos todos de ese pueblo, se recae en mediocre usurpación. Tiene lugar

hoy en la historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta... Si no creyéramos con firmeza que triunfará hoy en Occidente —y particularmente en España—, el espíritu nacional y social que pugnamos, nosotros desertaríamos... Frente al comunismo, no hay sino una fidelidad de cada gran pueblo a sus destinos (160).

Así, pues, la primera consideración de Ramiro es para el hombre ser dotado de valores eminentes. Entre estos valores eminentes se encuentra en el hombre, aparte de su yo individual, de su conciencia irreductible, el ser algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de «conciencia irreductible», lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos «fines de Estado» que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos (161).

Esa convivencia ha de estar ligada con fidelidad a los destinos de su patria, y no puede entregar a la barbarie de una negación mostrenca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretenden el socialismo, el comunismo y el anarquismo (162).

Justamente el hombre alcanza la plenitud de lo humano cuando se siente vinculado a su Patria: *El hombre sin Patria es justamente un lisiado. La falta de categoría esencial, sin la cual no puede escalar siquiera los valores humanos superiores...*

El liberalismo demoburgués, ensalzando su culto al individuo dio un hachazo mortal al individuo mismo, pues lo que predicaba para todos lo institucionalizó en provecho de una clase. *Y he aquí cómo el espíritu burgués, en honor y honra de la dimensión individual del hombre, condujo a éste a contradicciones y resultados como los que hoy presenciamos... A la postre, en medio de las instituciones y de la civilización liberal—burguesa, el hombre resultó maltratado, explotado y empequeñecido... La libertad política cristalizó necesariamente en la democracia parlamentaria, y tal sistema trasladó el Poder con rapidez suma a las oligarquías partidistas, a los magnates, dueños de los resortes electorales, de la gran prensa y de la propaganda cara... La libertad económica lo dejó reducido, en la gran mayoría de los casos, a un objeto de comercio, cuando no a la atroz categoría de parado, de residuo social...*

Por último, el hombre se vio privado de los valores permanentes y firmes. Todos aquellos que tienen su origen y alcanzan su sentido en esferas humanas extraindividuales. Los valores de comunidad, de milicia, de disciplina justa y el valor de la Patria, la dimensión nacional del hombre, la que arranca y comienza antes que él y termina y concluye después que él. (No señalo el valor religioso, porque éste no ha peligrado propiamente bajo el signo de la burguesía individualista, ya que, entre los fines individuales, cabe perfectamente la preocupación religiosa de salvar al alma.) (163).

En España, a causa de los aluviones y residuos raciales sobrevenidos y de un cansancio indudable para las realizaciones colectivas, se ha extendido la creencia de que es primordial y de más interés sentirse hombre que español (164).

QUÉ ES SER ESPAÑOL

Nadie piense en edificar un Estado nacionalsindicalista donde no haya ni exista una Patria. Nadie piense en establecer una prosperidad económica ni conseguir una armonía social, ni lograr un plantel de héroes en un pueblo sin rumbo ni grandeza. Pues es la Patria, el Estado nacional nutrido por el sacrificio y el culto permanente de todos, quien garantiza nuestra libertad, nuestra justicia y nuestro pan (165).

Las J.O.N.S. saben que hay un manojito de magnas cosas que deben ser salvadas, defendidas e impuestas como sea. De ellas depende el existir de la Patria, nuestro ser de españoles —que es para nosotros la categoría fundamental— y la salvación misma física, económica, de todos (166).

Y por si fuera poco, su voz se abrió, con tonos bíblicos, denunciando al marxismo y desconectándolo de toda idea de Patria.

Las filas marxistas se nutren de masas azuzadas en su gran mayoría por el afán de arrebatarse y conquistar cosas que otros tienen. Son masas, en cierto modo, insatisfechas, incómodas, que los dirigentes rojos polarizan hacia la destrucción y negación nacional...

El marxismo queda aniquilado desvinculando sus organizaciones de esas masas insatisfechas a que nos referimos. Para ello se requiere guardarlas para la emoción nacional de España, demostrándole, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro terminarán cuando desaparezcan la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. (167).

EL DESTINO UNIVERSAL DE ESPAÑA

Cuando Ramiro se enfrenta, en el estertor de la Monarquía, con la tremenda ambición de fraguar un estado hispánico, no tiene una formulación elaborada del mismo; pero sí es cierto que antes ya de la República le asigna tareas fundamentales que cumplir.

Su primera disposición ha de ser de lucha. *El Estado hispánico ha de quedar listo para las grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa.*

Esa lucha deberá ser contra *la desaparición del mito liberal* y contra *las influencias extranjeras en nuestro país.*

Pero más que *contras*, que caerán por su propio peso, la lucha ha de establecerse, en primer lugar para conseguir *un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes.*

Este Estado ha de ser lo suficientemente hispánico como para virtualizar *un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro con algo que hacer en común unos con otros.* Ese quehacer común ha de forjarse propagando *una gigantesca ambición nacional que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.*

El espíritu antaño subordinado del español a los ideales imperiales se perdió en un intrincado laberinto de desenfrenos individuales, dando paso a las leyendas de indisciplina y de hacer lo que venga en gana, con lo que, desvirtuando el sentido que les diera Ganivet, han hecho tantos juegos literatos y psicólogos. Y, en realidad, esas frases no responden a la psicología profunda del español, tal como se las predica. Su hondo significado hay que buscarlo en el desaliento del español, para dedicarse a lo vacío y desnudo de contenido, por lo que en cuanto al español se le pone frente a situaciones de empeño y de coraje, ya no juega el «no me da la gana», sino que aflora el impulso arrollador para la decisión y el heroísmo. Ganivet hablaba con el pesimismo del 98, sin ventanas a la esperanza.

No es que el español sea un sujeto de ineficacia; es que su innata sapiencia histórica le hace estar quieto para las insulseces y presto para las hazañas, así como para no comulgar con ruedas de molino.

Buen catador de nuestras esencias, Ledesma pone a la vista de los españoles paisajes a conquistar preñados de contenido universal, como son las empresas de defensa de la civilización cristiana contra *el marxismo materialista* y la aportación al mundo de nuestro espíritu *católico y ecuménico.*

Contra ese individualismo exagerado —liberal— que, pregonado en exceso, agota las energías deslavadas de cada uno y amordaza el afán social, Ramiro preconiza un Estado fuerte, surgido de la propia decisión del pueblo que *controle los derechos*, no que los aniquile; que subordine los intereses del individuo a los del Estado, entendiéndolo por Estado, en este caso, *la colectividad política.*

Sólo un Estado hispánico fuerte puede *obligar a nuestro pueblo a las grandes marchas.* Y los medios para ello han de ser, en primer lugar, *una cultura de masas y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo;* un esfuerzo por parte de los españoles jóvenes que han de empeñarse en la tarea de elaborar ese Estado hispánico que, unificado sin discusión posible —*aparte las autonomías objetivas de carácter específico y propio de las entidades comerciales posibles*—, vaya sin desmayo y con decisión inflexible a una nueva estructuración de la economía nacional, *a una redistribución, por los cauces legales, de las fuentes de las riquezas, sobre todo agraria, para conseguir, en definitiva, el ansia de siglos de nuestro pueblo de encontrarse en un ambiente de verdadera e inequívoca justicia social.*

Este es un panorama casi visionario de lo que es hoy el presente de España. No hace falta llamarle profeta —ese es un don divino que no se concede todos los días—; pero sí hombre dotado de gran inteligencia —privilegio también de pocos— que abarcando las causas, vio hasta dónde podrían extenderse los efectos.

No es dudoso que Ramiro tomó mejor que nadie el pulso de España, y en medio del derrotismo dominante atisbó esperanzado el porvenir de la Patria.

He repetido varias veces que a una Patria en ruinas no pueden salvarla más que los filósofos. Tenía que ser la poderosa y fecunda mentalidad de Ramiro la que echase la semilla del pensamiento que había de frugiferar en haces apretados en las eras de España.

Ramiro estaba persuadido de la originalidad de su sistema, como él dice hablando sobre «La Conquista del Estado»: *Donde radica su originalidad histórica, su carácter de primera publicación española que trata de racionalizar el sentido revolucionario moderno a la vez que de sustentar una bandera nacionalista sobre los intereses social—económicos de las grandes masas.*

Está, a mi parecer, equivocado quien, sin penetrar en el profundo significado de las corrientes unionistas modernas, pretenda que puedan crearse por arte de tratados unidades internacionales de intereses efectivas y duraderas. Los movimientos de aproximación de Estados, de continentes, de fuerzas económicas internacionales e incluso de fusión de grupos en la misma escala, es deseable y perseguible, ni es hecho nuevo en la historia; pero no se olvide su carácter circunstancial y pasajero, como debido a momentos de peligros y necesidades económicas, de inestabilidad de mercados, de frentes belicoso—pacíficos enemigos y de circunstancias amenazantes; en suma, hijos de la economía, y no de un espíritu de amor o confraternidad universales.

En cambio, lo exigencial y permanente es la nación, que amasa con estregado de siglos las ansias, los afanes, las voluntades de los individuos que componen un pueblo. Hoy, sin temor a dudas, estamos, aunque los ciegos no lo vean, en el momento nacionalista más crujiente que se ha visto desde el siglo XVI, y es, además, una exigencia del momento y una garantía del orden universal o internacional que se pretende, pues mal puede garantizarse un orden internacional si sus piezas, que son los Estados, no se hallan perfectamente unos y diferenciados. Mal puede funcionar el reloj internacional si no se especifican, siendo unas y diversas de las demás las naciones que han de integrar el gran esquema de organismo.

Volvamos a la realidad, y hagamos más perfectas las piezas, que son las que han de valer y jugar por sí en un momento de desarreglo y desarmonía.

Por eso, Ramiro previó una revolución permanente; el concepto de evolución, por metódico y preciso, hay que desecharlo; de ahora en adelante, si la técnica y los pueblos crecen en la medida desmedida en que proliferan, no cabe en la terminología política el término evolución; encaja más propiamente el concepto de revolución. Concepto llevado a sus últimas consecuencias, porque los problemas surgen con la rapidez de las tormentas y hay que dar soluciones seguras, pero veloces como el rayo, si no se quiere encharcar a los pueblos en granizos infecundos; por eso, en términos mecánicos, habría que hablar no ya de revoluciones, sino de revoluciones revolucionadas.

Todo esto cupo en la prospectiva de Ramiro, y por eso dijo muy bien Aparicio que: *Estaba convencido de que sus consignas serían escuchadas y obedecidas mucho más tarde por otra gente que se iría alistando poco a poco, a medida que su alma se impregnara con la enjundia patética de aquellos anatemas e invocaciones* (168).

No he visto cita más espartana para el combate que el grito con que convoca a los españoles para la acción: *Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen Falanges animosas y firmes* (169).

Pero su persuasión de que aquel movimiento estaba llamado a la fecundidad, lo demuestran las siguientes frases de Ramiro: *Ese periódico... se dio cuenta de que le estaban vedadas las eficacias inmediatas;*

los redactores debían tener conciencia clara de que por el momento las ideas de «La Conquista del Estado» no podían plasmar de un modo victorioso... Pero que tiempos vendrían en fecha no lejana recogiendo el espíritu y eficacia de sus luchas... Que, en efecto, llevaba dentro eficacias considerables y que representaba de veras, con su adscripción a la doble empresa nacional y social fusionadas y fundidas en una sola, una voz de gran futuro, lo demuestran los hechos posteriores... Y lo demuestra también que hoy su mismo vocabulario y las organizaciones a que dio vida predominen en la juventud y vayan extendiéndose a otras zonas sociales más amplias.

Quizá previendo el papel que España —conseguida su victoria para él segura— tendría en el concierto de naciones, vibraba:

Más que nunca, la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo —pueblo ecuménico, católico— será éste: El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto (170).

Una ulterior pregunta podría formularse con respecto a los movimientos integracionistas europeos. No hubo faceta del prisma de inquietudes actuales, que no abordara Ramiro, y en esto, como en otras cuestiones, vamos a intentar plasmar su pensamiento.

Urge, ante todo, plantearse una cuestión previa al hablar de integración. Si esta integración se ha de entender como previa desintegración de la propia *Patria* para crear una nación nueva integrada por las diversas patrias que ha conocido hasta hoy el Occidente, no cabe duda a la negativa. Ramiro y cualquier persona sensata comprende que no se puede renunciar a lo propio para buscar lo extraño, sin ser traidor a la voz de la propia individualidad y a la constante de la historia.

Una razón económica no es aglutinante suficiente para enmarcar unas patrias con vitalidad propia, en el sólo nombre de una nación, llámese Europa, llámese Eurasia.

Ni tampoco puede serlo una razón de autodefensa, un motivo de reconocimiento de la propia debilidad ante la amenaza del potente; por ejemplo, el peligro de una civilización ante el empuje de otra. La historia nos ofrece ejemplos de estas uniones, que por no estar unidas por ligamen conveniente, fueron, pasado el peligro, al fraccionamiento.

Y eso mismo está demostrando el actual fraccionamiento, inacabado aún, de África, Asia, y nos lo dará antes de que podamos pensarlo el mismo Imperio soviético.

Ante esas suprauniones, hoy necesarias por motivos económicos y de defensa, es decir, por reconocimiento de nuestra pobreza y de nuestra debilidad material, hemos de pensar en hidalgo, que no es sólo la fuerza la que hace al individuo, sino su capacidad de aportación al común esfuerzo, que puede ser de tipo espiritual, de dar una razón de existencia a esa fuerza bruta, ciega, sin teleología, y en eso radica la necesidad de nuestra exigente integración con los movimientos de tipo supranacional. Ramiro no quiere una *Patria* egoísta encerrada en sí misma, sino volcada hacia Occidente, con designios y consignas de hacerle partícipe de su caudal de cultura y espíritu, acumulado durante siglos. Y es que no hace falta suprimir las patrias de Europa para que Europa aletee por sobre cada una de ellas, y en todas ellas cada individuo sienta el orgullo de europeo y sea consciente que, en definitiva, es el espíritu cristiano europeo el que provoca terribles crisis de pensamiento, para superarlas, en definitiva, con una eclosión triunfante.

Si hay algo que propugne como primera meta Ramiro es *libertar a España de la esclavitud internacional* (171).

Sin sacar a relucir viejas rencillas inoperantes, es lo cierto que España, por designio de otras potencias europeas, facilitada por la torpe política interior de nuestros Gobiernos, *con su carencia de rumbos audaces en las líneas interiores de su política* (172), y, sobre todo, *con su inercia económica*, resignándose a *entrar en la órbita de las conveniencias francoinglesas, adaptándonos al hueco que nos asignaban esos imperia-lismos*, tenía unas posibilidades internacionales *sumamente estrechas* (173).

De aquí, que el primer paso para una política internacional española de largo alcance es la conciencia de nuestra individual peculiaridad histórica: la convicción de nuestra personalidad relevante y la vivencia de nuestra nacionalidad española.

Y eso sí, España, que siempre ha sido materia apta para la convivencia internacional y que ha volcado sus mejores esencias sobre el mundo, ¿cómo ha de estar ante el contubernio de las fuerzas masónico—judaicadas de los organismos internacionales? ¿Serían aplicables a ellos —no dependió ciertamente de vosotros— aquellas frases tajantes de Ramiro sobre la Sociedad de Naciones?: *Lucha contra el farisaico caciquismo de Ginebra*.

Liberados así de amarras extrañas con la exigencia de nuestra afirmación de España como potencia internacional, España podrá adquirir la confianza en sí misma, dar paso a sus enormes recursos de aportación al quehacer universal y señalar las derrotas de una acción internacional y propia.

SU ESQUEMA IDEOLÓGICO DEL ESTADO

ESTADO

Es de suma importancia fijar de una vez, contra los obtusos de inteligencia y de moral peculiarísima, que ven el pensamiento de Ramiro a través de unas telarañas dejadas engordar adrede por más de treinta años, el concepto ledesmiano sobre el hombre, sobre el individuo, sus prerrogativas, sus funciones, su quehacer dentro del Estado y sus derechos frente a éste.

Hay quien se obstina en achacar a Ramiro la concepción hitleriana o fascista del Estado, y nada más lejos de la realidad. Es cierto que emplea voces como panestatismo, fascismo y otras, hoy malsonantes a las caducas orejas democráticas; pero en seguida tiene buen cuidado de delimitar el alcance y contenido que atribuye a tales términos.

Y del análisis que vamos a acometer inmediatamente se deducirá, sin lugar a dubitaciones, el concepto clásico, pero revolucionario, que imprimió a toda la armazón de su estructura lógica y a su activa eficacia.

Muchas veces los conceptos son difíciles de captar por la equivocidad de los términos. Penetrar en este caso en una exacta aprehensión de lo que Ramiro entiende por Estado, no va a ser cosido y cantado.

El concepto sociológico—político sustentado por Ramiro adquiere una dimensión colosal al adjuntar a su esencia la nota teleológica.

El Estado así concebido es el mismo pueblo, no una entidad aparte del pueblo, cargado de instituciones, de realizaciones de un bagaje de siglos y con un fin específico que cumplir en el mundo. Mientras todas estas notas serían como la materia, el Estado es como la forma que vivifica ese contenido y sin el que no podría actuar.

La primera proclamación de la supremacía rotunda del Estado pretendido, se afirma en «La Conquista del Estado», lanzada por Ramiro en febrero de 1931, casi dos meses antes de ser proclamada la República:

El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él, sólo en él. El único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado, y dentro de éste logran aquéllas plenitud. Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo hay. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias. La forma del nuevo Estado ha de nacer de él y ser un producto suyo. Cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aluden a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos. Al hablar de supremacía de Estado, se quiere decir que el Estado es el máximo valor político, y que el mayor crimen contra la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad —la convivencia civil— es algo que el Estado, y sólo él, hace posible. ¡¡Nada, pues, sobre el Estado!! (174).

Así, con toda crudeza, como correspondía al clima asfixiante de anarquía y separatismo, define Ramiro la primera cualidad del Estado: *Supremacía absoluta y primera* en el orden político.

Pero no absoluta en todos los órdenes; es decir, sólo supremacía única y última en aquellas cosas que competen al Estado en cuanto tal. Es lo que Ramiro llama civilidad.

Ni por asomos puede entenderse este panestatismo, en el sentido de que sea el Estado *la medida de todos los valores*, como que, *deba no sólo indicar al hombre cómo debe obrar jurídicamente, sino que, de otra parte, debe determinar lo que cada hombre debe hacer, pensar y querer*. Nunca cayó Ramiro en esta estatolatría del Estado fascista.

En el ideario ledesmiano no encontramos estas resonancias, que son la esencia del Estado totalitario y que podríamos cristalizar en las siguientes frases de Mussolini: *Para el fascista todo es en el Estado y nada existe de humano o espiritual, ni mucho menos tiene valor fuera del Estado. En tal sentido el fascismo es totalitario, y el Estado fascista, síntesis y unidad de todo valor que interpreta, desenvuelve y potencia la vida del pueblo, absorbe en sí para transformarlas y potenciarlas todas las energías, todos los intereses, todas las esperanzas de un pueblo*.

Ramiro entiende esta supremacía, en primer lugar, como responsabilidad. *Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional* (175).

Es el segundo carácter que asigna al Estado que sueña. Estado responsable. Responsabilidad que acepta: *Nos hacemos responsables de la Historia de España aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales* (176).

Un movimiento como el que preconizaba Ramiro, so pena de desviarse por caminos de totalitarismos desenfrenados, tenía que aceptar el control de la masa y de la historia. Es un peligro que hay que evitar, pues la victoria no da derecho a la arbitrariedad, sino que impone la continuada y eficaz adhesión a los principios que iniciaron el movimiento. Esa continuidad en la semilla primera no tiene más que un contraste que, perdido, lo convierte en autocracia, y es, la perenne adhesión de las masas, que alumbraron el Movimiento, su permanente aplauso, y la adquisición de las voluntades de las generaciones que siguen.

En cuanto el movimiento se desconecta del aplauso del pueblo ya es barco a la deriva, y más tarde o más temprano irá contra la escollera.

Un Gobierno caprichoso, divorciado de la aprobación del pueblo que lo hizo, sólo puede vivir poco tiempo y apoyado exclusivamente por la ambición de los que lograron los primeros puestos y la fuerza bruta del temor y de las armas.

No se deduce claramente lo que Ramiro quiere expresar con la nota de Responsabilidad que asignaba al Estado; pero del conjunto de su obra se puede colegir que esta responsabilidad reviste los siguientes caracteres:

Constante adhesión a los principios inspiradores de la lucha.

Pulsación del auxilio del pueblo como medio de conocer el grado de autenticidad del Gobierno en la actuación de aquellos principios.

Incorporación activa de fuerza y de entusiasmo de las generaciones jóvenes a la tarea del Nacionalsindicalismo.

Sin estos tres elementos: constancia a las normas, aplauso del pueblo, incrementado por las manos de las generaciones nuevas, no puede darse el Estado nacionalsindicalista soñado por Ramiro.

Pero en cuanto a la aplicación práctica de estos principios hay que tener presente su adecuada flexibilidad, según las circunstancias y los tiempos. Aferrarse a una rigidez de consignas y consecuencias puede ser fatal a un movimiento vivo y con ansias de superación.

Si queremos incluso el programa de Ramiro, concebido en sus líneas más generales, era una sinfonía

incompleta que había que perfeccionar, en el transcurso del tiempo, con las notas de los tiempos y el clamor de las voces del pueblo.

Esta ambición imperial, esencialmente hispánica, implica totalmente *el sentido nacional y social de nuestro pueblo, pueblo ecuménico, católico*.

Con estas premisas, en las que se ve el verdadero sentido de las afirmaciones, programáticas, tajantes y haciendo hincapié una y mil veces que fue el primero en hablar con gallardía de un Estado social, en que sea un hecho *justicia social y disciplina social y la eficacia revolucionaria*, no pueden extrañar a nadie los diecisiete puntos que, en aquella aciaga coyuntura de febrero de 1931, condensaba la dogmática de Ledesma y su pequeño grupo, *a la que sería leal hasta el fin*.

Conforme el contraste político y las luchas ideológicas se fueron deslizando, plasmó en otros puntos el sentido del quehacer del Estado; pero el contenido doctrinal fue el mismo, sólo suavizado en la expresión.

Además, el Estado, y con él sus juventudes, tienen *que alcanzar una plena conciencia de su Misión histórica* (177).

Tiene que revalorizar el escaso patrimonio que le han dejado *el fracaso de la España tradicional, fracaso de la España subversiva de la Restauración, de la dictadura militar de Primo de Rivera y, por último, de la República. Vamos a ver cómo sobre esa gran pirámide egipcia de fracasos se puede edificar un formidable éxito histórico, duradero y rotundo. La consigna es: ¡Revolución Nacional!* (178).

La juventud es el pilar sobre el que ha de levantarse el nuevo Estado. Es ese casi un grito de guerra de la J.O.N.S. Por eso se proclama: ¡Viva la España joven, imperial y revolucionaria! Se piensa en milite: *Hay que ser soldados*, y es la juventud materia de milicia: *Nos interesa, sí, elaborar un Estado hispánico eficaz y poderoso. Y para ello seremos revolucionarios. ¡No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven*.

Este programa adquiriría contornos más precisos en 1933. En el programa que lanzaba a las juventudes decía:

El Movimiento español J.O.N.S. quiere:

- 1.º *La rotunda unidad de España.*
- 2.º *Imponer a las personas y a los grupos sociales el deber de subordinarse a los fines de la Patria.*
- 3.º *Máximo respeto para la tradición religiosa de nuestra raza.*
- 4.º *Expansión imperial de España y política nacional de prestigio en el extranjero.*
- 5.º *Suplantación del régimen parlamentario por un régimen español de autoridad, que tenga su base en el apoyo armado de nuestro partido y en el auxilio moral y material del pueblo.*
- 6.º *Ordenación racional y eficaz de la administración pública.*
- 7.º *El exterminio y la disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales y traidores.*
- 8.º *La acción directa del partido.*
- 9.º *La sindicación obligatoria de todos los productores como base de las corporaciones hispanas de Trabajo, de la eficacia económica y de la unanimidad social española, que el Estado nacionalsindicalista afirmará como su primer triunfo.*
- 10.º *El sometimiento de la riqueza a las conveniencias nacionales; es decir, a la pujanza de España y a la prosperidad del pueblo.*
- 11.º *Que las Corporaciones económicas y los Sindicatos sean declarados organismos bajo la especial protección del Estado.*

12.º *Que el Estado garantice a todos los trabajadores españoles su derecho el pan, a la justicia y a la vida digna.*

13.º *El incremento de la explotación comunal y familiar de la tierra. Lucha contra la propaganda antinacional y anárquica en los campos españoles.*

14.º *La propagación de la cultura hispánica entre las masas.*

15.º *El examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.*

16.º *Penas severísimas para aquellos que especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo.*

17.º *Castigo riguroso para aquellos políticos que favorezcan traidoramente la desmembración nacional.*

18.º *Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados, de un modo preferente, a la juventud de la Patria; es decir, a los españoles menores de cuarenta y cinco años (179).*

El alcance de estas notas era en noviembre de 1933 casi irrealizable. No obstante, no se da por satisfecho; conociendo que no ha llegado a lo que desea su ambición, escribe:

No necesitamos por ahora más puntales teóricos que los imprescindibles, si acaso, para sostener y justificar la táctica violenta del partido. La primera verdad jonsista es que nuestras cosas, nuestras metas, están aún increadas, no pueden ofrecerse de un modo recortado y perfecto a las multitudes, pues son o van a ser productos o conclusiones de nuestra propia acción (180).

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales... Queremos y pedimos una ambición nacional (181).

El problema de esa juventud militante, su consigna fundamental y única es la Revolución. La meta que persigue y lo que justifica la Revolución *es evidente que las conquistas esenciales tienen que ser aquellas sin las cuales España seguirá caminando hacia la ruina histórica definitiva, es decir, aquellas tres o cuatro unanimidades imprescindibles, sin cuya vigencia España carece absolutamente de las más mínimas garantías de perduración. Entre esas tres o cuatro unanimidades forzosas, de negación imposible, está, naturalmente, ésta: LA UNIDAD DE ESPAÑA (182).*

Es éste uno de los afanes acuciantes de Ramiro. La juventud de hoy no puede comprender la urgencia con que los republicanos del 31 iban a la desintegración de la Patria. Era una de las notas con que vibraba con más fuerza el verdadero español. Las notas características de esa unidad las concebía así Ledesma:

1.º *España no existe como Patria, si no es una realidad sobre la que resulte imposible abrir discusión.*

2.º *La unidad de España es la más antigua unidad nacional que se hizo en Europa, y gracias a ella fue posible nuestro mejor pasado.*

3.º *La lucha por la unidad tiene el carácter de una lucha por la existencia de España.*

4.º *La unidad, España, tiene que representar y ser para todos los españoles una realidad viva, actuante y presente. Tiene que ser una fuerza profunda, un poder histórico que arrastre tras de sí el aliento optimista de la nación entera.*

5.º *La unidad de España no puede obedecer sólo al deseo de impedir que se fraccione y muera —lo que para muchos es suficiente—, sino que es una exigente necesidad de los españoles que hoy vivimos, pues su carencia o pérdida nos reduciría a una categoría humana despreciable, inferior y vergonzosa.*

6.º *Además —Ramiro presintió con clarividencia nuestro presente—, España es hoy, por el contrario, uno de los pueblos que están más cerca de alcanzar una situación mundial, económica y política de signo envidiable, uno de los pueblos que tienen más próximo y al alcance de su mano la posibilidad de una etapa*

espléndida. Y ello, tras larga espera, después de cruzar y atravesar períodos misérrimos, ásperas e inacabables zonas de decrepitud y de debilidad (183).

Y en agosto de 1934, en «J.O.N.S.» volvía a repetir: *Una victoria nuestra, y nadie olvide que una derrota equivale al predominio socialista, a la victoria bolchevique, instaurará revolucionariamente un Estado nacional—sindicalista* (184).

Del conjunto de los caracteres expuestos es fácil comprender que nos hallamos ante una concepción radicalmente nueva del Estado, y que es, a mi juicio, la fórmula política del porvenir. Podríamos resumir diciendo que se impone hoy en el mundo, y concretamente en España, un Estado que en cuanto tal, es decir, en cuanto representante genuino y detentador de los poderes que corresponden al pueblo, por voluntad de éste, es superior radicalmente cívica y teológicamente, es decir, en los fines que persigue, a los fines particulares de cada individuo. He aquí el tremendo tajo que separa este Estado del Estado liberal.

En segundo lugar, los fines del Estado, en cuanto encaminados al bien común de todo el pueblo, son superiores a los intereses de individuos o de grupos.

Un Estado nacional ha de saber conservar en su pureza las más vivas esencias del ser y el existir de un pueblo, y por ello es lo más opuesto a toda clase de materialismo practicado o predicado. De aquí su esencial disconformidad con el marxismo.

Por último, un Estado nacional ha de ser nacional, es decir, ha de poner a la nación sus frutos y sus azares a la activa participación del pueblo que la constituye. Ha de ser eficaz, y, por ello, aborrecido por los que no quieren la efectiva comunidad de sacrificios y alegrías. Ha de ser sindicalista, pues en él se hace efectiva la participación de quien se afana, en más o menos medida, en el quehacer de producción que influye, en definitiva, en los destinos de la Patria y en el bienestar de la comunidad.

He aquí una concepción nacional del Estado. No es que el Estado en sí, y por el mero hecho de serlo, sea ya por eso superior al individuo ni al grupo, sino que lo es por cuanto y en tanto que sus fines se confunden con los fines verdaderos del bien común. En definitiva, un Estado que en realidad represente el sentir de un pueblo, y lo ejecute, está dotado de la plenitud de poder divino y humano que reside en la justa elección de ese pueblo. Si ese Estado se desvía de una correcta interpretación del sentir popular que le confió el Poder, ya se convertirá en tiranía, llámese monárquico, republicano, democrático o nacionalista.

Y estamos cansados de ver pueblos que se llaman democracias estar tiranizados por grupos capitalistas sin escrúpulos o por fuerzas ocultas, cuyas cadenas no pueden romper y viven estólidamente esclavizados, con el flaco placer de creerse o llamarse democracias.

Un Estado nacional—sindicalista es por completo opuesto, y en él no caben ni grupos de presión ni concretamente el capitalismo. Lo que acontece es que es difícil para un Estado mantenerse alerta a los latidos del bien común y no dejarse tentar por los suaves halagos y tiernas comodidades que el capitalismo ofrece. A la larga suele acontecer que los cabezas con el ejercicio prolongado aduermen su sentido a la necesidad común y están más prestos para lo suyo y lo de los suyos que para lo de los *demás*. Los intereses creados particulares juegan un grave y decisivo papel en los destinos de los pueblos.

LA MISIÓN DE LA JUVENTUD

Llegan momentos en la historia de los pueblos en los que se impone una radical trasmutación de valores, porque a fuerza de egoísmo la escala de los mismos ha perdido su vigencia.

Se impone una exigencia extrínseca que destruya a los vacuos o los descuelgue del pedestal para colocar en cabeza, los que objetivamente han de ostentar la prioridad en un momento determinado de la historia.

Porque a pesar de que existen valores radicalmente inamovibles por esencia, suele acontecer que con el transcurso del tiempo recobran para sí valor de sustanciales los que en realidad sólo lo tienen de accesorios.

A la normalidad sólo puede retornarse por un reajuste violento.

Y es el empuje joven, libre de taras ideológicas enquistadas, el único que puede despertar la nueva conciencia en una generación, por disconformidad con lo caduco y porque el espíritu joven es el más prono a las empresas heroicas.

Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil ni a la disciplina de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista... Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los dieciocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de más edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras Falanges (185).

Queremos y pedimos semblantes heroicos. Nada de farsa. Nada de concesiones. Es inútil confundir el sentido de la dificultad española (186).

La falta de pulso de España, la *enfermedad española*, que decía Ortega, era la más grave, ya que el *que una sociedad no sea una sociedad es mucho más grave. Pues bien: este es nuestro caso. La sociedad española se está disociando desde hace largo tiempo porque tiene infeccionada la raíz misma de la actividad socializadora (187).*

Si observamos en perspectiva la historia de las ideas políticas de España, vemos que *es la pugna de la España de los jóvenes con la España de los viejos...; nos interesa, sí, elaborar un Estado hispánico, eficaz y poderoso. Y para ello seremos revolucionarios. ¡No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven.*

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales... Queremos y pedimos una ambición nacional...; queremos y organizaremos una fuerza política, de choque revolucionario, que lleve al triunfo los nuevos aires.

¡Ni el más leve pacto con los traidores!... Han fracasado, y fracasarán, llenándonos, si pudieran, a la ruina y al hundimiento hispánico.

Requerimos el esfuerzo joven para impedir estas vergüenzas...

¡¡Viva la España joven, imperial y revolucionaria!! (188).

Un carácter novísimo del «hoscó Ramiro» es, hay que pregonarlo, el de su perenne entusiasmo y el de su política de optimismo. Porque, frente al desolador panorama de la situación que contempla, no es el plañidero amargo que se consume en trucos infructuosos, sino el animador de las juventudes aguerridas y fuertes para las grandes agonías olímpicas del porvenir esperanzador y fecundo.

Es el profeta de un orden nuevo y el Píndaro alentador de los esfuerzos jóvenes.

Y ese esfuerzo joven es preciso porque los políticos actuales están trasnochados, *fuera del orbe científico de las preocupaciones mundiales, en anacronismo perpetuo*, y lo que es peor, *las generaciones que nos precedieron, y que aún viven y circulan por ahí, no lograron una solución que entonces podría haber sido actual, y hoy se empeñan en que toda la savia joven les ayude en sus afanes rencorosos. No sólo, pues, merecen nuestros padres repulsa por lo que no hicieron, sino también por lo que nos impiden a nosotros que hagamos (189).*

Incluso dentro de un orden en vías de logro, es corriente que las pasiones humanas desgasten las energías de la nación en una muy considerable parte en fuegos de artificio o en personales medros y apetencias.

Esta notable imperfección de los hombres de gobierno, para los que los cargos no son cargas, tienen por fuerza que dar en rostro a las generaciones puras y jóvenes que ven su camino en la vida ocupado por más antiguas promociones, que no les dan acceso a la noble emulación.

Por ese egoísmo innato de la generación más adulta, la juventud se tiene que abrir paso a codazos y

embestidas contra los que le niegan o estorban sus legítimas aspiraciones, incluso renegando del sistema de sus padres, que consideran imperfecto, como es, en realidad, imperfecto todo lo que socialmente no cubre las primordiales necesidades de empleo y de optimismo del vivir. *Apártense las ideas viejas para dar paso a los jóvenes gozos*, que habría que decir glosando la liturgia.

Por eso es de una actualidad extraordinaria el grito con que Ramiro repele a la generación vieja y ca-duca que le precedió, porque cultivó *los valores antiheroicos y derrotistas* (190).

El nervio político de las juventudes no puede aceptar los dilemas cómodos que se le ofrecen. La revolución ha de ser más honda, de contenidos y estructuras, no de superficies. Los viejos pacifistas y ramplones quieren detenerlo todo con el tope de los tópicos. ¡Fuera con ellos! Volvamos a la autenticidad hispana, a los imperativos hispanos (191).

En definitiva, abramos el paso *al español nuevo con la responsabilidad nueva*.

Efectivamente es de temer el movimiento que se estanca en las mismas ideas y en los mismos hombres, porque lo accidental —que es ordinariamente lo político— no puede machacarse como idea perenne y permanente, pues de tanto martilleo se achata y gasta.

Las ideas perennes y trascendentales son fecundas, y es preciso saber aprovecharse en cada momento de sus partos.

Vemos en la historia sociedades que se pierden porque se estancan; y el estancamiento es infección y muerte. Como el agua del manantial, la vida de la patria va exigiendo que la corriente se renueve, que parte venga al mar y que por encima de todo la continuidad no se pierda. Cuando el arroyo se corta seco, no es la misma corriente la que cesó y la que fluye de nuevo. Esto en la sociedad es la revolución.

Y la revolución nuestra surgida de fecunda roca, al impulso de la vara de Moisés, ha de buscar con todo su vigor —el suyo y el nuevo— la continuidad de la sangre, la inagotabilidad de la roca.

En el camino de la recuperación emprendida son del todo imprescindibles los esfuerzos jóvenes. Esa era la meta que proponía Ramiro a la generación heroica de la guerra. *España, por causas ajenas a nosotros, quiero decir a las generaciones recién llegadas, tiene realmente en cuestión su unidad, su propia existencia para nosotros. Y, por tanto, se nos plantea el problema de resolverla y conquistarla*.

Y he aquí cómo la misma agudización y agravación de nuestro problema nacional, ese de estar y permanecer como marchitos y ausentes desde hace más de doscientos años, va a proporcionarnos una coyuntura segura de resurgimiento. Porque la trayectoria que siguen las fuerzas disgregadoras es algo que no puede ser vencido ni detenido, sino a través de una guerra, es decir, a través de una revolución (192).

España no es un cualquier amorfo territorio, carente de historia y de futuro. Si lo fuese, importaría poco su resquebrajamiento y su disgregación. España es hoy, por el contrario, uno de los pueblos que están más cerca de alcanzar una situación mundial, económica y política, de signo envidiable. Uno de los pueblos que tienen más próximo y al alcance de su mano la posibilidad de una etapa espléndida (193).

Para la continuidad de ese progreso es necesario abocar a la vida activa a la juventud. Si no se corre el peligro de llegar tarde a la fusión de las generaciones. Sobre todo si la última ve a sus padres apoltronados en la situación económica alcanzada a costa de los laureles, y no ve en ella otras miras, tras el cansancio de la lucha, que las de medrar en cargos o hacer dinero.

Así es fácil merecer una juventud desplazada, una juventud que no crea en la generación predecesora, sino sólo en su desesperanza, pues se le hace creer que para ella no hay lugar en el empinamiento de la Patria, que es también de ellos, y que no hay más valores tangibles que la influencia, el parentesco o el dinero. Y no hay peor juventud que una juventud sin horizontes y desconfiada.

Si se llega a crear una exigencia de temor de la juventud que viene, hacia la que ya declina, puede crearse un clima peligroso.

Ocurre, con precisión, formar a la juventud y darle paso.

Es un tremendo drama que nuestra sociedad no quiere comprender; y la exigencia de revalorización de valores en cada época y para cada momento es trascendental medida, cuyo descuido puede dar al fuego con toda una cosecha con tantos ardores de estío conseguida. Formar a la juventud, en cuanto implica perfeccionamiento, siempre es estimable; pero es una exigencia que vale la pena en cualquier momento anterior entroncarla en las tareas del quehacer de la Patria e injertarla con las generaciones pretéritas, ya que a veces clama en el desierto, porque no encuentra valores de vivencia en su vida y en la vida terriblemente vivida por aquéllos y la Patria, en cuyas circunstancias no descubre más valor que el de episodio, aunque lo estime heroico, y que reclama, en las tareas comunes, la participación anhelosa y esperanzadora de su presencia activa.

No se puede cerrar, por el egoísmo de unos pocos o por el miedo de ser desbancados los incapaces, el paso a una juventud que nació con albas de victoria, y menos encerrarla, ya crecida, en oscuridades de inactividad y desaliento.

Por eso decía Ramiro: *Cada época tiene sus resortes, y en cada época hay unas eficacias peculiares. Ignorarlas supone permanecer al margen del éxito* (194).

Y añade a renglón seguido: *No hay escepticismo peor ni doctrina más perniciosa e impotente para las juventudes que el caer en el apartamiento, la desilusión y el desprecio inactivo por las movilizaciones y eficacias del linaje político. Quienes las adopten se condenan sin remisión a un limbo permanente, a una eterna infancia de imbéciles y de castrados* (195).

Porque es un hecho muy claro, ahora mismo, que la juventud mundial se encuentra en orden de movilización, nacido, como todos los movimientos que triunfan, del hastío de lo caduco y el ansia de revitalización. Europa se perderá si lo nacional de cada pueblo no se impone contra el internacionalismo marxista o del capital.

El paso al frente de las juventudes es una orden del día, incluso mundial. Están siendo por ello, en todas partes, el sujeto histórico de las subversiones victoriosas. Gracias a ellas y a su intervención, Europa ha desalojado al marxismo y descubierto un nuevo signo revolucionario a base de la fortaleza nacional, la dignidad de las grandes masas y la construcción de un nuevo orden (196).

Estas expresiones exactas por lo que respecta a España y ciertas para dos grandes pueblos del Occidente europeo que se hallan a salvo por el acontecer histórico del tiempo de Ramiro, deben estar en trance de convertirse en realidad para todos los pueblos de Occidente. A las juventudes de esas naciones, que poco a poco van dejando morder su carne por el espíritu comunista o capitalista, cabría hacerles la increpación que Ramiro dirigía a la juventud española, que puso en pie de guerra.

¿Podrá ocurrir que dentro de cuarenta o cincuenta años estos españoles que hoy son jóvenes, y entonces serán ya ancianos, contemplen, a distancia, con angustia y tristeza, cómo fue desaprovechada, cómo resultó fallida la gran coyuntura de este momento, y ello por su cobardía, por su deserción, por su debilidad? (197).

LA HUMANIDAD, A LA INTEMPERIE

Como trampas de Jericó derrumbando ideas arcaicas y resonando en viejos temporales llenos de prejuicios fueron las voces de Ramiro, que sonaron a escándalo, pero cayeron en el desierto.

Una mente no ágil a relaciones se perdería entonces en el bosque conceptual de las ideas sociales de Ramiro. Hoy, repetidas con casi las mismas palabras por labios posteriores, suenan a nuevo, son patrimonio común del acervo dialéctico de los políticos y no suenan a éxito en los oídos del pueblo.

Pero no era así cuando Ramiro, el 9 de mayo de 1931, clamaba:

¡Queremos que se nos utilice en una grande y genial tarea! Este es nuestro grito de jóvenes. El entusiasmo burgués y bobalicón por la libertad queda para los ateneístas bobos. No libertad frente a España,

sino entrar gigantescamente al servicio de España. Por eso, en España es preciso y urgentísimo hacer una gran Revolución. Para dar salida y hallazgo a la genial tarea hispánica. Para encontrar nuestra voz universal. Para desalojar a esas mediocridades que hoy, como ayer, son dueñas de los mandos. Para disciplinar nuestra economía y evitar el hambre del pueblo (198).

Decía Ortega, efectivamente, que España se ha caracterizado por la falta de individualidades. Es, en realidad, que el pueblo o el ambiente se han impuesto, y no hemos podido contemplar, para nuestra desgracia, otros Cid dispuestos a aguantar los cierres de ventanas de las villas o las iras de los Alfonsos.

Por ello sólo pueden formar en las filas de tal movimiento revolucionario aquellas juventudes *que sepan despreciar los merengues republicanos y monárquicos y vibren tan sólo a impulsos de la grandeza nacional y de la justicia económica. Todos los que no cierren los ojos al disparar una pistola y estén dispuestos a dar su vida por la vida genial de España. Todos aquellos que no quieran abandonar los destinos hispanos a la repugnante y decisiva intervención del liberalismo burgués que hoy triunfa (199).*

Como antídoto contra la disgregación de España, el único medio es poner ante los ojos de los españoles animosos un horizonte capaz de absorber ambiciones locales con un programa de ámbito ecuménico. Tal programa es la hispanidad: el mundo hispánico está ahí en espera de planes culturales económicos de largo alcance. Todo lo que no sea dar primacía al desarrollo del mundo ibérico serán palos de ciego en los derroteros de nuestra política internacional y el afán de convivir con pueblos extraños; si no se hace en la medida de nuestras necesidades económicas serán alardes de nuevo rico, que quiere parangonarse y dar en rostro a los que ahora le despreciaron o le relegaron al olvido. Nunca fueron buenas las alianzas con seculares enemigos.

Contra el liberalismo señoril van también sus invectivas. Y su ambicioso programa de ruta imperial.

Nuestro resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España una poderosísima apetencia de imperio, representada por el afán de equiparse en un orden hispánico que seccione y supere la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de Imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen.

España ha de acostumbrarse desde hoy a ambiciones gigantes. Cuando un gran pueblo se pone en pie es inicio conformar su mirada a los muebles caseros que le rodean. Nos cabe a nosotros el honor —y no tenemos por qué ocultarlo— de ser los primeros que de un modo sistemático situamos ante España la ruta del imperio. Todo está ahí, a disposición nuestra. Los pueblos hispánicos de aquí y de allí se debaten entre dificultades de tipo mediocre, y es deber nuestro facilitar e incrementar su desarrollo. Para ello hay que cultivar con amorosa complacencia la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente. Si España es hoy infiel a este imperativo de grandeza, merece el desprecio del mundo. Los enemigos no son tanto los extranjeros como la comparsa traidora del interior. Las batallas primeras hay que librarlas, pues, dentro de casa contra la impedimenta cobarde, liberal y socialdemócrata que trata de detener el vigor hispánico (200).

Y la única fuerza capaz de detener nuestro empuje es la cobarde alianza con las fuerzas que dominan el mundo. Si España está abocada a ser Imperio es porque en ella, que se titula la nación católica, sin que sus gentes lo sean hasta las últimas consecuencias, ha de implantarse por primera vez en la Historia una justicia distributiva, hoy ausente, y una justicia social que haga desaparecer de una vez para siempre las enormes diferencias sociales existentes hoy día entre las diversas *clases sociales*, así, con todas sus letras, que todavía en el siglo XX pueden verse hirientemente estratificadas en el diagrama sociológico de nuestra patria. España no podrá alentar la esperanza de convertirse en potencia imperial y difusora de sus inmensos tesoros espirituales mientras una gran masa de españoles sientan en sus entrañas el picor del hambre, sin poder satisfacerla en la tierra que los vio nacer, y haya unos pocos que abunden en lujos y superfluidades de marajás hindúes. Mientras vayan unos muchos al exterior por pan y unos pocos por diversiones.

Si para ello hay que ir a una reestructuración económico—social de España, habrá que ponerse con el hazón en la vesana antes que fuerzas extrañas o iracundas entierren a sus propios hijos, llevados de la incitación o del despecho, en los surcos que los mejores abrieron con aberturas de esperanza.

A esto vino la Revolución, y no puede descaecer en el camino empezado.

Nadie mejor que las juventudes, incontaminadas y valientes, pueden recoger hoy la coyuntura imperial que se nos ofrece. Atropellando a los timoratos, a los liberales burgueses, que son la reacción y el deshonor.

Hay, pues, que someter a un orden la Península toda, sin la excepción de un solo centímetro cuadrado de terreno. Hay que dialogar para ello con los camaradas portugueses, ayudándoles a desasirse de sus compromisos extribéricos e instaurar la eficacia de la nueva voz. Portugal y España, España y Portugal, son un único y mismo pueblo, que, pasado el período romántico de las independencias nacionales, pueden y deben fundirse en el Imperio.

Frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el Imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital.

Sólo así, en pleno y triunfal optimismo, puede tener lugar la creación de nuevos valores sobre que apoyar el Imperio. Están aún sin adecuada respuesta los mitos europeos fracasados, y corresponde a España derrocarlos de modo definitivo. Hay que poner al desnudo el grado de mentecatez que supone una democracia parlamentaria. Hay que enseñar a Europa que vive en absoluta ceguera política, con sus artilugios desvencijados por los suelos, mereciendo de nosotros el desdén supremo. Italia, Rusia y la nueva Alemania nos ayudarán a desarticular los reductos viejos de Europa, arrebatándoles los atributos de poderío que conserven (201). No se puede ir a la integración europea sin un orden interior dentro de las naciones que han de integrarla. Y son, para vergüenza del Occidente, muchas las naciones que se hallan sometidas o desgarradas por el látigo del Este.

Parece ser que es la gran lección de los totalitarismos la que ha dejado de aprender Europa. Ni nuestra conciencia de hombres libres ni nuestro espíritu cristiano añejo iban con dar culto al Estado ni obedecer a ciegas los caprichos de un dictador endiosado. Pero como en esta vida todo es cuestión de matices, siempre que permanezcan inalterables los principios inmutables, hemos de ver si, en realidad, con todas las democracias efectivamente se ha logrado liberrar de la esclavitud del hambre a los individuos y se ha implantado la verdadera justicia social, o si, por el contrario, muchas democracias no son verdaderas y tiránicas oligarquías, donde no se respeta ni la voluntad del pueblo ni las exigencias del bien común.

Y la gran lección que debió aprender la ciencia política es que el pueblo detentador del Poder ha llegado a una mayoría, y no se le engaña ya con fáciles promesas ni bobalicona comparsería, y quiere y exige su activa y eficaz participación en las tareas del Gobierno.

Se olvidó también que hoy no es posible empresas heroicas de fuste si no es en el seno del amor patrio, y que no es factible la empresa universal si no es al calor de los grandes fermentos nacionales. Los pueblos nuevos se debaten en ansias nacionalistas histéricas; algún pueblo viejo, cuna de la libertad, fermenta un fervor nacionalista desconocido, y en otros países la democracia echa por tierra los resultados de unas elecciones en que el pueblo clamaba por el nacionalismo, y ello en aras de la libertad de sufragio del pueblo a quien se le niega lo que elige espontáneamente.

Hoy no cabe otra elección sino la participación en el gobierno de ese mismo pueblo, pero no abigarradamente como masa amorfa, sino orgánicamente a través de sus Sindicatos, que es la natural manifestación de su vitalidad.

NI DERECHAS NI IZQUIERDAS

Antes que nada es preciso invalidar estas denominaciones. Los que se empeñan en permanecer anclados en esas viejas filas es que desertan del vitalísimo orden del día. Hay que aislarse de ellos por co-

rruptores, por reaccionarios y enemigos de la Patria. No tienen ya vigencia esas palabras, habiendo dado el mundo un viraje pleno, y hoy sólo debe interesarnos la articulación eficaz de nuestro pueblo obligándole a hacer en dos meses cincuenta años de historia. Esos que creen que un pueblo hace una Revolución cuando clama y proclama por lo que otros pueblos hacen, carecen de impulso creador, son incapaces y hay que apartarlos de los mandos. Si nuestra ruta revolucionaria va a consistir en copiar los episodios de nuestros vecinos los franceses, no merecería la pena dar un paso.

Nada, pues, de derechas e izquierdas, grupos que corresponden a las categorías parlamentarias de Europa. Tan sólo debemos admitir entre nosotros tres grupos: 1.º El grupo retrógrado reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2.º El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria; y 3.º El grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas los caminos del imperio, a iniciar la rota de las economías privadas y disciplinar el desenfreno capitalista. No tenemos que decir que nosotros formaremos en este grupo último y que todas nuestras fuerzas de actuación y de pelea estarán a su servicio radical (202).

Se oye con frecuencia romper lanzas por la libertad del individuo, siguiendo las líneas de una democracia social cristiana mal entendida y ya superada, porque viene a gritar contra concepciones del Estado, totalitarias y racistas, ya pasadas de moda. Suele acontecer esto con los partidos políticos de tipo social cristiano que, por nacer a remolque y tarde, apliquen los principios eternos e inmutables con carácter de práctica urgencia a situaciones ya vencidas, por lo que en vez de aclarar ideas enturbian las conciencias de los seguidores de otras doctrinas igualmente cristianas, aunque no adopten ese apelativo por la enorme responsabilidad que entraña el llevarlo con dignidad y hasta sus últimas consecuencias.

A mi parecer, en la categoría de valores que integran el bien común hay que distinguir, con todo escrúpulo, qué es el bien común y qué es el bien individual y darles su exacta dimensión, para ver en un momento concreto y determinado cuál de ellos ha de prevalecer sobre el otro.

Hay que ver, asimismo, en qué consiste la verdadera libertad cristiana del individuo y fijar, con el enorme margen de rigor posible, los límites dentro de los cuales esa libertad es posible sin dañar el bien común.

Pero ese programa ha de basarse en la entraña del pueblo porque una revolución no es nunca lo que se propone la media docena de dirigentes. Las máximas lealtades al espíritu del pueblo resultan siempre, a la postre, triunfadoras, y todo cuanto resulte y salga de la Revolución posee el mayor grado de legitimidad apetecible: es la esencia misma del pueblo sin falseamientos ni trucos... Desde nuestro primer número hemos mostrado una decidida intervención revolucionaria..., ya una vez que un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. No hay minuto más sincero que aquel en que un hombre pone su vida al servicio de un afán grandioso. Las revoluciones son sólo fecundas cuando el pueblo las elabora y hace hasta el fin. En otro caso, desmoralizan el entusiasmo optimista del pueblo, dándole conciencia de su inutilidad histórica (203).

Y el único medio para que la revolución triunfe, no sostenida por el artificio de los grupos de pistoleros profesionales y de los provocadores a sueldo, es crear una doctrina revolucionaria y enarbolar como bandera una revisión total de los principios políticos y sociales que hasta aquí han condenado a infecundidad a nuestro pueblo (204).

Se impone, en primer lugar, el derrocamiento del sistema liberal burgués que concibe al Estado como un marco externo que se le coloca al pueblo desde fuera, sino algo que nace de él, se nutre de él y sólo en él tiene sentido (205).

La concepción roussoniana y de la Revolución francesa, según las cuales *el Estado es pura y simplemente una institución al servicio de la nación, del pueblo, está ya superada... Gracias al Estado, hoy se comprende que los pueblos consigan una acción colectiva de volumen histórico (206).*

Y, ante todo, estudiar sin egoísmos ni puntos de vista particularísimos, la esencia y caracteres del inequívoco bien común.

Así, previamente establecidos los conceptos de libertad individual, de bien común y de primacía social de éste sobre aquél, y arrancando de cuajo la mayor, o sea las apetencias de determinados individuos o grupos, apoyados dialécticamente en la vaguedad de los confines de tales conceptos, no sería difícil con la menor de los hechos exigentes sacar las más fructíferas consecuencias para el bien común en general, y para cada individuo concreto, en particular.

Y, sobre todo, resultaría evidente cómo el bien social ha de estar siempre por encima del bien del individuo. Esto, y no otra cosa, es lo que predica Ramiro cuando dice que sin el Estado el hombre sería incapaz de convivencia.

Ese mismo hombre, libremente, ha renunciado a muchas de sus prerrogativas al integrarse dentro de una sociedad determinada. Y gritamos contra ese pacto natural del hombre que se integra en sociedad, y no clamamos contra el abuso que supone la aniquilación del pequeño accionista en manos del capital, considerando esclavo al primero y libre al segundo por el hecho de firmar unas cláusulas escritas.

Por eso proclama Ramiro: *Somos postliberales. Sabemos también, e igualmente lo decimos al pueblo, que el liberalismo burgués ha caducado en la historia. Nadie cree ya en sus eficacias, y sólo los gobernantes hipócritas lo esgrimen como arma captadora del pueblo* (207).

Contra el liberalismo decadente, dos rotundas afirmaciones de Ramiro: *No hay fines de individuo, sino fines de Estado. Todo el mundo está obligado a dar su vida por la grandeza nacional.*

No hay economías privadas, sino economías colectivas. Las Corporaciones, los Sindicatos, son las entidades inferiores y más simples que pueden intentar influir en la economía del Estado.

Contra esas dos verdades está el liberalismo burgués: nuestro enemigo (208).

A las cosas hay que llamarlas por sus nombres, y ahí están dichos con la simplicidad de los axiomas. Hay que encarar la situación, y ésta, quíerese o no, se presenta con carácter económico. Porque *el acontecimiento social y político más grandioso de nuestra época es esa nueva capacidad humana de no liberarse, de emprender con alegría la ejecución de magnas empresas colectivas, de renunciar al afán burgués por asegurarse su propio destino individual, pequeñito y solo...; vuelven, pues, las disciplinas nacionales requiriendo a los hombres para aceptar los destinos supremos, los que trascienden de su control y satisfacción individual. He aquí la era antiburguesa ante nosotros, seccionando los apetitos ramplones. La gran España, que es nuestro gran pueblo, está mejor dotada que nadie para triunfar en la hora que se inicia. Tenemos reservas universales, espíritu imperioso, capacidad de riqueza y expansión económica. Nuestro es y debe ser el mundo* (209).

España tiene hoy sobre sí la tarea de crear un orden nuevo de aspiraciones sociales y políticas, que, frente al orden caduco de Europa, nos entregue la posibilidad de que atrapemos finalidades de Imperio. España es hoy la reserva de Occidente, y necesita un equipo de instituciones públicas suficientemente enérgicas y eficaces para dar cara a esa nueva y gigantesca responsabilidad (210).

Y hoy el problema hondo es el problema económico, el del hambre campesina y el del paro fabril, que piden una urgente intervención revolucionaria... Frente a la concepción demoliberal que quiere y no quiere, que tiembla y retrocede ante las angustias históricas, nosotros queremos una Revolución que obligue a España a efectuar la gran marcha que le corresponde. España tiene ante sí la posibilidad del imperio, y hay que impedir por todos los medios que esa genial coyuntura se malogre (211).

Hoy, como entonces, a pesar de los avances logrados, el problema es el hambre y el nivel de vida, todavía bajo no ya sólo en el campo, sino encubiertamente en casi todos los estratos de la nación. Que, desde luego, hay que ir a una radical transformación de nuestra estructura agraria es indiscutible; pero lo que es menos claro es saber cómo va hacerse esa reforma. La primera trituración que habrá que hacer será la de las

mentalidades, pues en ninguna otra esfera social de España están tan hondamente radicadas las aspiraciones feudales y la repugnancia a la renovación como en los propietarios agrícolas. Es penoso ver que en un estrato, en donde se dice que se encuentra la gente más cristiana de España, se encuentre el sentimiento más contrario al reconocimiento de la igualdad y al espíritu de la justicia social.

Por ello, previo un plan somero, el político ha de lanzarse a *la terrible y venturosa aventura de la reforma agraria, que todos han temido, quizá porque ello implique el fracaso presente del hombre*, pero que, desde luego, entraña los mejores frutos y las mejores esperanzas para el porvenir de la Patria.

Y no sólo en el campo, sino también en las ciudades se impone una revisión total de salarios para arrancar definitivamente de España la lacra feroz del subempleo y de los múltiples empleos.

Ni una ni otra medida han de implantarse esperando el acorde y concreto dictamen de los técnicos. Sobre los técnicos está el político que ha de palpar el ambiente y ha de ocurrir a las complicaciones de unos cauterios sociales, cuya aplicación urge, y que puede devenir tardía, incluso con medidas heroicas y tal vez disparatadas a los ojos de la pura matemática, como sería la elevación de un trescientos por cien en los jornales y sueldos hasta una determinada cuantía, acortando las distancias entre los terribles desniveles y proporción de sueldos entre las varias categorías.

Sería el político quien tomase medidas para evitar complicaciones en el armónico desarrollo del ciclo económico. Incluso la degradación y la pérdida de los derechos cívicos. Todo ello con renovado vigor y empuje nuevo. Que el arte de saberse apretar el cinturón no vaya a ser siempre privilegio de los débiles.

Pues frente al comunismo carecen de vigor y de eficacia las viejas actividades. Si los pueblos de Occidente no disponen de otros recursos políticos que ese de las consabidas huecas y mediocres libertades. Ni de otras eficacias económicas que las que proceden de la arbitrariedad liberal burguesa, a base de Estado inerte y trusts poderosísimos, de tierras infecundas y campesinos esquilmados. Si no tiene otras fuentes de coraje que el de unirse a un viejo mito —republicano o monárquico, igual importa— y recluirse en él como en una fortaleza negativa. Si no logra renegar de esta teoría política tradicional, diecinuevesca, que confiere al individuo poder coactivo frente al Estado y subordina los intereses colectivos a los individuales. Si no se superan de modo radical las instituciones políticas vigentes, buscando la entraña popular y abriendo paso a los verdaderos conductores de pueblos, sin turbamultas ciegas ni disidencias críticas. Entonces... será que el comunismo tiene razón para el desahucio de Occidente.

Más que nunca es hoy imprescindible sincerarse con la verdad de nuestro tiempo. ¡Qué le vamos a hacer si pasó la hora de batirse por la libertad! Hoy nos interesan cosas muy distintas, y los viejos traidores deben retirarse a los cenobios antes que perturbar las nuevas experiencias.

Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica...

Y llega la posible victoria económica. Nosotros oponemos a la economía comunista acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción, se refugia en un capitalismo de Estado —véase la actual Rusia— y deriva a las normas industriales corrientes. No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo, inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva, y, a la vez, palpitación de justicia social, prosperidad económica.

Frente al comunismo, el Occidente no puede mostrar sino esto: Grandeza nacional. Estado eficaz y robusto con una estructura económica sindical y nacionalizada (212).

Se deduce, pues, que *nuestros fines son fines imperiales y de justicia social (213).*

Cómo ha de estructurarse, en definitiva, ese Estado nacionalsindicalista. He aquí la respuesta que a mi parecer no dejó concretada Ramiro, pero que puede reconstruirse de las más variadas pinceladas que esbozó para comprensión de los inteligentes.

En primer lugar, hay que preconizar el carácter esencialmente revolucionario del nuevo Estado, porque, como nos demuestra la historia de las ideas, éstas no han adquirido carta de naturaleza sino tras las revoluciones, y en España también lo ha demostrado la experiencia; *sólo por vía revolucionaria pueden imponerse las reformas sociales que se precisan* (214).

Tras ello, el nuevo Estado ha de implicar una ambición de Imperio, es decir, una clara conciencia de que *frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el Imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital* (215).

A hora bien: España no es sólo un pueblo que vive en torno de su eje, ensimismada en su persona, sino que requiere, a la vez, otro tipo de preocupaciones. Intervenciones decisivas de rango universal. Debemos recobrar el derecho a que la voz hispánica se oiga en Europa y signifique en el mundo una resonancia vigorosa y fuerte. Todo anda en fracaso por ahí, y España nace ahora con el compromiso de aportar nuevas eficacias.

Fracasa en Europa una concepción de la política, una estructura económica; se baten en retirada los viejos pueblos que tienen ante sí convulsiones ciegas, nacidas en los años que corren, y es España la reserva de nuestro gran pueblo, quien puede obtener de sí el gesto, el brío y los valores triunfales que se precisan. Terminó ya la vergonzosa dependencia a que la vieja generación condenaba al país, convirtiéndolo en colonia europea, en esclavo sumiso de las culturas germanizantes y sajonas.

Para la realización de todos esos destinos que surgen, España tiene que ir en pos del Imperio y acostumar su mirada a futuros gigantes. Ahí están nuestros vecinos, los portugueses, sometidos a una tiranía militarista que les deshonra, y, de otra parte, ante un peligro de soviétización. España tiene la obligación de impedir que el noble pueblo portugués sufra ambas traiciones y debe conducir su política a que Portugal entre en el orden imperial hispánico, ayudándole a desasirse de los poderes que le oprimen. De cualquier índole que sean.

Ahí está la América hispana. Pueblos firmes, vitalísimos, que son para España la manifestación perpetua de su capacidad imperial. Nuestro papel en América no es, ni equivale, al de un pueblo amigo, sino que estaremos siempre obligados a más. Nosotros somos ellos, y ellos serán siempre nosotros (216).

En tercer lugar ha de empeñarse en hacer efectiva la *prosperidad del pueblo, o sea, liberación económica del pueblo y grandeza nacional; esto es, expansión imperial de España* (217).

En cuarto lugar ha de empeñar batalla contra el marxismo extranjero y que *desvirtúa la peculiaridad popular y ha traicionado las esperanzas sociales del proletariado. Los burgueses, de otra parte impiden una estructuración justa de los valores económicos y no reconocen como imperativo de la raza la tarea heroica y nobilísima de forjar una grandeza nacional. El egoísmo de los burgueses y la traición de los marxistas son hoy responsables de la crisis hispánica.*

El marxismo es extranjero e introduce en las sagradas fidelidades hispánicas el morbo de la deslealtad, de la traición y del error. Nuestro pueblo va a hacer hoy su Revolución, y debe impedir que se filtren en los recintos superiores las impurezas extranjerizantes. Nosotros somos nosotros, sangre de imperio y de fuerza. Para que las masas proletarias de España consigan la liberación económica a que tienen justísimo derecho, no es imprescindible que desprecien el espíritu de su país y se entreguen con vileza a los extraños. En este sentido nos parece de una honradez y una fidelidad más respetables —salvando, claro es, las radicalísimas diferencias que nos separan— las fuerzas de los Sindicatos Únicos, que muestran cierta simpática inquietud por destacar la peculiaridad hispánica (218).

Sólo así se podrá lograr la *absoluta y rigurosa fidelidad nacional.*

Ha de extirpar la lucha de clases y hacer efectiva la colaboración del pueblo.

Por ello, se perfila el nuevo Estado como esencialmente representativo, pero Nacionalsindicalista, porque *un pueblo no puede poner en litigio su personalidad y su cultura.*

España sólo se salvará rechazando la blandura burguesa de los socialdemócratas y encaminando su acción a triunfos de tipo heroico, extremista y decisivo. Es necesario que lleguen a nosotros jornadas difíciles para utilizar frente a ellas las reservas corajudas de que dispone el pueblo hispánico en los grandes trances.

Las fuerzas sindicalistas revolucionarias se disponen a encarnar ese coraje hispánico de que hablamos y a actuar en Convención frente a los lirismos parlamentarios de los leguleyos. Hay, pues, que ayudarlas. En esta batida fecunda contra los pacatos elementos demoliberales de la burguesía les corresponde el puesto de honor y responsabilidad de dirigir el blanco de las batallas. Todos los grupos auténticamente revolucionarios del país deben abrir paso a la acción sindicalista, que es en estos momentos la que posee el máximo de autoridad, de fuerza y de prestigio. A ella le corresponden, pues, los trabajos que se encaminen a la dirección de un movimiento de honda envergadura social. No a las filas comunistas, que venden a Moscú su virginidad invaliosa. El sindicalismo revolucionario está informado por un afán fortísimo de respetar las características hispanas, y debe destacarse como merece este hecho frente a las traiciones de aquellos grupos proletarios que no tienen otro bagaje ideológico y táctico que el que se les da en préstamo por el extranjero (219).

Otro carácter del nuevo Estado en su confesión de anticapitalismo:

La democracia burguesa nos lleva a algo peor que la catástrofe. Nos conduce a un período de ineficacias absolutas. Parece que hay derecho a pedir que nuestro pueblo entre en el orden de vigencias que constituyen la hora universal. Un régimen liberal burgués es la disolución y el caos. Si la sociedad capitalista no tiene suficiente flexibilidad y talento para idear e imponer un anticapitalismo como el que nosotros pedimos, debe desalojar los mandos y entregar sin lucha sus dominios a las nuevas masas erguidas que los solicitan. Pues ¿qué se cree? Sería, desde luego, muy cómodo que los que discrepamos de modo radical de las estructuras vigentes nos aviniéramos a una discusión parlamentaria y libre. ¡Oh, la libertad! (220).

EL ESTADO COLECTIVISTA. NI UN DÍA MÁS LA LUCHA DE CLASES

Ramiro estaba persuadido de que el pueblo español es terreno apto para una articulación social de tipo colectivista y que es exagerada la opinión de la tendencia anárquica de nuestro pueblo que lo presenta como el más individualista del mundo. Ahí está: *la tradición hispánica está llena de fecundos ejemplos, a base de Comunidades, Corporaciones, Concejos, en los que la entidad superindividual adquirió un magnífico desarrollo (221).* Y una vez fracasado el Estado liberal se impone una política que destaque *como entidades más simples a los organismos sindicales. Estos disponen el control de unos fines que escapan a las posibilidades del individuo. Fines que es imposible dejar sin realización si se quieren conseguir las máximas eficacias de nuestra época. (222).*

Porque una de las más funestas consecuencias del Estado liberal fue precisamente la enconada escisión de clases. Y donde este liberalismo impere es claro que entonces el Estado se convierte en el auxiliar más poderoso de una clase: la capitalista, que absorta en sus medios se despreocupa de los productores, creando en éstos un clima de descontento e impidiendo siempre, con sus miras egoístas, que se lleven a la práctica las amplias perspectivas y conquistas sociales de nuestro tiempo.

La lucha de clases sólo puede desaparecer cuando un poder superior someta a ambas a una articulación nueva, presentando unos fines distintos a los fines de clase como los propios y característicos de la colectividad popular. Es decir, se hace necesaria la desaparición de las clases como núcleos que disfrutaban unos privilegios determinados, y su sustitución por organismos que garanticen una justicia de la producción (223).

Ello trae consigo un cambio radical del concepto clásico de propiedad privada. Mientras se adscriba al individuo como un aditamento sagrado un dominio absoluto de las riquezas, nada será posible hacer. De

ahí que surja la necesidad de que los fines de la producción superen las conveniencias individuales y se consagren en común esfuerzo a hacer cumplir, en primer grado, el destino primario para que fueron puestas a disposición del hombre, los bienes del cosmos.

O se abre paso a la nueva política de tendencia colectivista y férreamente disciplinada, o al predominio de una clase sucederá el predominio de la otra, con las mismas incertidumbres, las mismas deslealtades al espíritu y, por último, las mismas ineficacias.

Urge, pues, plantear las bases ofensivas de la nueva política que interprete el afán popular y encadene de modo unitario las aspiraciones culturales y económicas de nuestro tiempo (224).

Pero no es nada la fuerza de cada individuo para derrocar por sí solo el artilugio capitalista, y, por ello, se impone el espíritu y la unión efectiva de todas las fuerzas productoras en un engranaje de fuerza decisiva como deben ser los Sindicatos.

Las Corporaciones, los Sindicatos, son fuentes de autoridad y crean autoridad, aunque no la ejerzan por sí, tarea que corresponde a los Poderes ejecutivos robustos. Pues sobre los Sindicatos o entidades colectivas, tanto correspondientes a las industrias como a las explotaciones agrarias, se encuentra la articulación suprema de la economía en relación directa con todos los demás altos intereses del pueblo (225).

Esa fuerza superior y necesaria del Sindicato es la que debidamente encauzada ha de poner su empeño, surgido del sudor y de la voluntad del pueblo, a quien representa, en alcanzar la paz de la nación, por el equilibrio y consecución armónica de las aspiraciones y elevación del nivel de vida de todos los que participen en el engrandecimiento de la economía nacional. Con este *sindicalismo económico*, que le llama Ramiro.

Apetecemos el dominio de la producción y de la cultura, de los resortes de prosperidad auténtica, hoy arrebatados por mentes invaliosas que birlan al pueblo el disfrute máximo de la civilización del siglo. Dentro de muy poco, el régimen demoliberal llamará a la concordia parlamentaria, cantando las excelencias de la libre discusión, del charlatanismo y de la mugre burguesa. Hay que rechazar de plano esas ofertas y reunirse en Convención acusadora y rebelde las fuerzas que postulen la Revolución. No importa cuál sea ésta. A la postre, en los minutos revolucionarios predominará la más exacta interpretación popular, pues lo que se pide es la colaboración corajuda del pueblo, que en trance de victoria y de muerte, no consentirá influjos ni copias de extranjería. Un poco de optimismo y de fe en el pueblo hispánico autorizan a tener optimismo y fe en los resultados finales de la Revolución (226).

Una Revolución que se preconiza para todos; pero para todos en el esfuerzo de enrolarse en la tarea revolucionaria que *abarque y dé satisfacción a las exigencias económicas de nuestro pueblo.*

Y esto no puede hacerse sino por el Nacionalsindicalismo, cuya esencia se exprime en los siguientes párrafos de Ramiro, que brindamos como tema de meditación a nuestra juventud:

El motor primero de nuestro batallar político es, efectivamente, un ansia sobrehumana de revalorizar e hispanizar hasta el rincón más oculto de la Patria.

Asistimos hoy a la ruina demoliberal, al fracaso de las instituciones parlamentarias, a la catástrofe de un sistema económico que tiene sus raíces en el liberalismo político. Estas verdades notorias, que sólo un cerebro imbécil no percibe, influyen, naturalmente, en la concepción política y económica que nos ha servido para edificar el programa de nuestro Nacionalsindicalismo. Es de una ingenuidad seráfica estimar que el uso del vocablo sindicalismo nos une a organizaciones proletarias que con ese mismo nombre se conocen en nuestro país y que son lo más opuestas posibles a nosotros.

El Estado nacionalsindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo. Por tanto, sin entregar a la barbarie de una negación mostrenca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretende el socialismo, el

comunismo y el anarquismo, conseguirá mejor que ellos la eficacia social que todos persiguen.

Es más: esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica sólo se logra en un estado de hondísimas raigambres nacionales, y donde no las posee, como acontece en Rusia, se ven obligados a forjarse e improvisarse una idea nacional a toda marcha. (Consideren esto y aprendan los marxistas de todo el mundo) (227).

Han fracasado las estructuras de la economía liberal, indisciplinada, y también los grandes truts o cartels que trataron de suplantarla. Pero ha de entenderse que las dificultades económicas tienen hoy un marcado carácter político, y que sin el hallazgo de un sistema político es imposible toda solución duradera a la magnitud de la crisis económica.

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme con fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, doctrina que no afecta a la producción, a la eficacia creadora, sino tan sólo a vagas posibilidades distributivas.

Esto del Nacionalsindicalismo es una consigna fuerte de las «Juntas». El Estado liberal fracasará de modo inevitable frente a las dificultades sociales y económicas que plantea el mundo entero. Cada día le será más difícil garantizar la producción pacífica y contener la indisciplina proletaria. La vida cara y el aumento considerable de los parados serán el azote permanente.

El Nacionalsindicalismo postula el exterminio de los errores marxistas, suprimiendo esa mística proletaria que les informa, afirmando, en cambio, la sindicación oficial de productores y acogiendo a los portadores de trabajo bajo la especial protección del Estado.

Esta concepción es la única capaz de atajar la crisis capitalista que se advierte (228).

Por eso no podemos volver a hombres ni ideas fracasadas o caducas que otrora se encaramaron sobre la buena fe del pueblo sano y burlaron su esperanza. No ensayaremos otra vez con ideas que se dicen cristianas y patriotas, y por resentimiento egoísta se malmaridan con el comunismo, que lleva en sí el germen de negación de Patria, civilización y cristianismo.

Sólo en este sentido, siguiendo con pulso firme el camino de la revolución emprendida, y tajando los mandos podridos e incapaces con la fe y el optimismo de los primeros tiempos, puede pedirse que *España obtendrá de la Revolución —que no debe ser ni blanca ni roja, sino hispana simplemente— la eficacia nacional por que clama desde hace tantos siglos.*

Esta es la única posibilidad creadora y constituye el nervio de esa concepción nuestra —tan mal entendida—, de un sindicalismo económico, de Estado, al servicio de fines exclusivamente nacionales (229).

Hemos de empeñarnos en que nuestros hijos y nuestro pueblo no se dejen engañar por ideales traidores ni vuelvan a vivir *con angelical inconsciencia la aventura marxista*, aunque se disfrace con hábitos, ni tolerar que la ingenuidad de los hijos del pueblo hagan e identifiquen el logro de sus aspiraciones con la destrucción de la voluntad final.

La salud de la Patria exige, pues, el aniquilamiento de los partidos y orientación marxista, incapacitándolos para intervenir en la forja de los destinos nacionales. Nuestra actual promesa, nuestro compromiso de juramentados para garantizar un inmediato resurgimiento de la Patria, consiste en la afirmación de que no retrocederemos ante ningún sacrificio para sembrar en el alma del pueblo la necesidad vital que sentimos como españoles. El marxismo es teóricamente falso, en la práctica significa el más gigantesco fraude de que pueden ser objeto las masas. He aquí por qué se impone liberar a las masas de los mitos marxistas (230).

Y como nuestra constante histórica nos enseña los puntos flacos por donde siempre atacan nuestra grandeza a punto de conseguir, las fuerzas internacionales que impiden nuestra reconstrucción, *necesitamos atmósfera revolucionaria para asegurar la unidad nacional, extirpando los localismos perturbadores. Para*

realizar el destino imperial y católico de nuestra raza. Para reducir a la impotencia a las organizaciones marxistas. Para imponer un sindicalismo económico que refrene el extravío burgués, someta a líneas de eficacia la producción nacional y asegure la justicia distributiva (231).

Que escuchen los traidores de allá y de acá de las fronteras la advertencia que hacía Ramiro en aquellos días tristes de la República: *La tremenda angustia de advertir cómo día tras día cae nuestra Patria en un nuevo peligro, aceptando la ruta desleal que le ofrecen partidos políticos antinacionales, nos obliga hoy a hacer un llamamiento a los españoles vigorosos, a todos los que deseen colaborar de un modo eficaz en la tarea concretísima de organizar un frente de guerra contra los traidores. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España ni a que se adueñen de los mandos nacionales hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación (232).*

Es curiosa la pertinacia con que las fuerzas de Europa, por cuya permanencia en los ideales cristianos vertió España gran cantidad de sangre generosa, se alía con los lacayos de dentro, impidiéndola entrar por los caminos de su gloria. Esos enemigos ya los designaba Ramiro con el dedo. Ahora, como entonces y como siempre. Pero ahora, inútilmente.

Tal es el incremento que ha tenido en nuestra Patria las propagandas traidoras, que no se requiere mucho esfuerzo para dar con él. Si bien la ola marxista es la que amenaza con más agresividad oponerse a la grandeza española, serán también considerados por las Juntas como enemigos todos aquellos que obstaculicen en España, por egoísmo de partido o fidelidad a ideales bobos y fracasados del siglo XX, la propagación del nuevo Estado, imperial, justo y enérgico, que el nacionalsindicalismo concibe.

Los partidos marxistas —socialismo, comunismo— son algo más grave que una concepción económica más o menos avanzada. Una supuesta crisis de la sociedad capitalista no autoriza a que unas hordas semi-salvajes insulten los valores eminentes de un pueblo y atropellen la voluntad nacional. El resentimiento marxista es el máximo enemigo, y hay que aniquilarlo en nombre de la Patria amenazada. No caben pactos con el marxismo...

Naturalmente, las Juntas que estamos organizando no son incompatibles con la República. En nada impide esta forma de Gobierno la articulación de un Estado eficaz y poderoso que garantice la máxima fidelidad de todos a los designios nacionales. Los partidarios del nacionalsindicalismo pueden, por tanto, reclutarse entre todos los españoles que acepten sin discusión la necesidad de lograr, a costa de todos los sacrificios, el inmediato resurgimiento de España.

Toda la juventud española que haya logrado evadirse del señoritismo demoliberal con sus pequeños permisos y salidas al putrefacto jardín marxista y sienta vibrar con pasión la necesidad de reintegrarse al culto de la Patria.

Todos los que comprendan la urgencia de encararse con la pavorosa tristeza del pesimismo español, señalando metas de gloria al descanso secular de nuestra raza.

Todos los que adviertan el crujir de las estructuras sociales hoy vigentes y deseen colaborar a un régimen económico antiliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y, en general, la regulación toda de la riqueza emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y sólo él, indique como favorables a los intereses del pueblo.

Todos los que posean sensibilidad histórica suficiente para percibir la continuidad sagrada de los grandiosos valores hispánicos y se apresten a defender su vigencia hasta la muerte, con nuevo vigor, unidos al hombre que salvó muchas veces en momentos difíciles la continuidad de la Revolución y de la Patria, cobra hoy vigor el llamamiento de Ramiro a los españoles combativos deseosos de rutas imperiales.

Todos los que sufran el asco y la repugnancia de ver cerca de sí la ola triunfal del marxismo inundando groseramente los recintos de nuestra cultura.

Todos los que logren situarse en nuestro siglo liberados del liberalismo fracasado de nuestros abuelos.

Todos los que sientan en sus venas sangre insurreccional rebelde contra los traidores, generosa para una acción decisiva contra los que obstaculicen nuestra marcha.

Todos, en fin, los que amen el vigor, la fuerza y la felicidad del pueblo (233).

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

NOTAS

- (1) «La Conquista del Estado». Antología y prólogo de Juan Aparicio. Ediciones F.E., MCMXXXIX, Madrid. Páginas VII y IX.
- (2) «La Conquista...», *ibíd.*, páginas 1 y ss.
- (3) «Escritos Filosóficos de Ramiro Ledesma Ramos», selección y prólogo por Santiago Montero Díaz. Madrid, 1939, pág. XIV.
- (4) *Idem* *ibídem*, cfr. «Ramiro Ledesma Ramos», por Santiago Montero Días. Edic. Círculo Cultural «Ramiro Ledesma Ramos», Madrid, 1962, pág. 18.
- (5) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 9.
- (6) «Escritos...», *ibíd.*, pág. XVI.
- (7) «Escritos...», *ibíd.*, pág. XIX. Cfr. etiam Santiago Montero Díaz, *op. cit.*
- (8) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 9.
- (9) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 10.
- (10) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 14.
- (11) *Idem*, *ibíd.*
- (12) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 17.
- (13) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 19.
- (14) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 22.
- (15) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 61.
- (16) Max Scheler, «El puesto del hombre en el Cosmos»; edic. «Revista de Occidente», Madrid, 1929.
- (17) «Escritos...», *op. cit.*, pág. 83.
- (18) «Escritós...», *ibíd.*, págs. 85 y 86.
- (19) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 116.
- (20) «Escritos...», *ibíd.*, págs. 97 y siguientes; *ibíd.*, págs. 127 y ss., respectivamente.
- (21) «Escritos...», *ibíd.*, pág. IX.
- (22) «Escritos...», *ibíd.*, págs. 103 y ss.
- (23) «Escritos...», *ibíd.*
- (24) «Escritos...», *ibíd.*, pág. XVIII.
- (25) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 106.
- (26) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 174.
- (27) «Ramiro Ledesma Ramos», por S. Montero, pág. 43, notas 20 y 23.
- (28) Cfr. nota anterior.
- (29) Cfr. *ibíd.*, nota 13.
- (30) Montero Días en «Escritos...», *op. cit.*, pág. XXVI.
- (31) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 139.
- (32) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 144.
- (33) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 148.
- (34) «Escritos...», *ibíd.*, págs. 162 y ss.
- (35) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 158.

- (36) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 28.
- (37) De la penetración de las impresiones ledesmianas sobre Heidegger puede convencerse el lector que quiera hojear el estudio de Georges Gurvitch, sobre dicho filósofo, en «Nuevas tendencias de la filosofía alemana». Madrid, 1931, edit. Aguilar.
- (38) «Escritos...», *cit.* pág. 21.
- (39) «Escritos...», *cit.* pág. 22.
- (40) «Escritos...», *cit.* pág. 26.
- (41) «Escritos...», *cit.* pág. 23.
- (42) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 28.
- (43) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 34.
- (44) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 31
- (45) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 40.
- (46) «Escritos...», *ibíd.*, págs. 41—43.
- (47) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 44.
- (48) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 46.
- (49) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 45.
- (50) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 161.
- (51) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 166.
- (52) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 152.
- (53) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 153.
- (54) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 157.
- (55) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 19.
- (56) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 35.
- (57) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 26.
- (58) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 104.
- (59) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 135.
- (60) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 158.
- (61) «Escritos...», pág. 166.
- (62) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 29.
- (63) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 46.
- (64) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 4.
- (65) Febrero 1931.
- (66) «Escritos...», *op. cit.*, pág. VIII.
- (67) Montero Díaz en «Escritos...», *ibíd.*, pág. X.
- (68) En «Escritos...», *ibíd.*, pág. XVIII.
- (69) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 10.
- (70) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 10.
- (71) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 19.
- (72) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 31.
- (73) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 39.
- (74) «Escritos...», *ibíd.*, pág. 44.
- (75) *Ibíd.*, pág. 148.
- (76) Juan Aparicio, en prólogo a «La Conquista del Estado» (Ediciones FE, MCMXXXIX, pág. IX.
- (76 bis) Cfr.: Emiliano Aguado: «Ramiro Ledesma en la crisis de España». Editora Nacional. Madrid, MCMXLII. Págs. 50—51.
- (77) «La Conquista del Estado», pág. 87.

- (78) «Escritos...», op. cit., pág. XXXV.
- (79) «La Conquista del Estado», págs. 22 y siguientes.
- (80) «La Conquista...», ibíd., pág. 23.
- (81) «La Conquista...», ibíd., pág. 25.
- (82) «La Conquista...», ibíd., pág. 14.
- (83) «La Conquista...», ibíd., pág. 15.
- (84) «La Conquista...», ibíd., pág. 79.
- (85) «La Conquista...», 21 mayo 1931, núm. 2.
- (86) «La Conquista...», abril 1931, núm. 5.
- (87) «La Conquista...», ibíd., pág. 65.
- (88) «La Conquista...», ibíd., págs. 66 y siguientes.
- (89) «La Conquista...», ibíd., pág. 68.
- (90) «La Conquista...», ibíd., pág. 69.
- (91) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (92) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (93) «La Conquista...», ibíd., pág. 69.
- (94) «La Conquista...», ibíd., pág. 40.
- (95) «Revista JONS», año I, núm. 1, mayo 1933.
- (96) «Revista JONS», año I, núm. 1, mayo 1933.
- (97) «Revista JONS», junio 1933.
- (98) «Revista JONS», junio 1933.
- (99) «Revista JONS», año I, núm. 1, mayo 1933.
- (100) «Revista JONS», agosto 1933.
- (101) «Revista JONS», agosto 1933.
- (102) «Revista JONS», agosto 1933.
- (103) «Revista JONS», septiembre 1933.
- (104) «Revista JONS», septiembre 1933.
- (105) «Revista JONS», agosto 1933.
- (106) «Discurso a las Juventudes de España», Ediciones F.E., mayo MCMXXXVIII, página 50.
- (107) «Discurso...», op. cit., pág. 80.
- (108) «Discurso...», op. cit., pág. 52.
- (109) «Discurso...», op. cit. pág. 52.
- (110) «Discurso...», op. cit. pág. 53.
- (111) «Discurso...», ibíd., pág. 54.
- (112) «¿Fascismo en España?», Madrid, 1935, pág. 17. Por no tener este trabajo carácter biográfico omito los ejemplares últimos momentos de Ramiro. Todavía viven el P. Villares y el R. P. Marín, Párroco de San Ginés, testigos y compañeros de cárcel.
- (113) «¿Fascismo...», Madrid, 1935, pág. 21.
- (114) «Discurso...», ibíd., pág. 20.
- (115) «Discurso...», ibíd., pág. 19.
- (116) «Discurso...», ibíd., pág. 18.
- (117) «La Conquista...», ibíd., pág. 8
- (118) «Discurso...», ibíd., pág. 22.
- (119) «Discurso...», ibíd., pág. 23.
- (120) «Discurso...», ibíd., pág. 23.
- (121) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 41.

- (122) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 75.
- (123) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 46.
- (124) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 97.
- (125) «Revista JONS», junio 1933.
- (126) «Discurso...», ibíd., pág. 82.
- (127) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 49.
- (128) «¿Fascismo...», ibíd., pág. 41.
- (129) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (130) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (131) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (132) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (133) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (134) «La Conquista...», ibíd., pág. 1.
- (135) «La Conquista...», ibíd., pág. 2.
- (136) «La Conquista...», ibíd., págs. 2 y 3.
- (137) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (138) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (139) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (140) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (141) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (142) «La Conquista...», ibíd., pág. 4.
- (143) «La Conquista...», ibíd., págs. 4 y 5.
- (144) «La Conquista...», ibíd., pág. XII.
- (145) «La Conquista...», ibíd., pág. 42.
- (146) «La Conquista...», ibíd., pág. 44.
- (147) «La Conquista...», ibíd., pág. 46.
- (148) «La Conquista...», ibíd., pág. 46.
- (149) «La Conquista...», ibíd., pág. 5.
- (150) «La Conquista...», ibíd., pág. 43.
- (151) «La Conquista...», ibíd., pág. 44.
- (152) «La Conquista...», ibíd., pág. 45.
- (153) «La Conquista...», ibíd., pág. 62.
- (154) «La Conquista...», ibíd., pág. 63.
- (155) «La Conquista...», ibíd., pág. 64.
- (156) «Filosofía jurídica y social», de Wilhelm Sauer. Editorial Labor, S. A., 1933, página 130.
- (157) Op. cit., pág. 154.
- (158) Donat: «Ontología». Innsbruck, 1921, pág. 167.
- (159) Libro IX, Rubr, 27, Cert. 1.^a
- (160) «La Conquista...», ibíd., pág. 44.
- (161) «La Conquista...», ibíd., pág. 127.
- (162) «La Conquista...», ibíd., pág. 278.
- (163) «Discurso...», ibíd., págs. 175 y 176.
- (164) Revista J.O.N.S., agosto 1933.
- (165) Revista J.O.N.S., agosto 1933.
- (166) Revista J. O.N.S., septiembre 1933.

- (167) Revista J.O.N.S., octubre 1933.
- (168) «La Conquista...», ibíd., pág. XI.
- (169) «La Conquista...», ibíd., pág. XII.
- (170) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (171) «Discurso...», ibíd., pág. 79.
- (172) «Discurso...», ibíd., pág. 65.
- (173) «Discurso...», ibíd., pág. 65.
- (174) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (175) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (176) «La Conquista...», ibíd., pág. 3.
- (177) «Discurso...», ibíd., pág. 38.
- (178) «Discurso...», ibíd., pág. 33.
- (179) «Revista J.O.N.S.», año I, núm. 1, mayo 1933, Madrid.
- (180) «Revista J.O.N.S.», noviembre 1933.
- (181) «La Conquista...», ibíd., pág. 42.
- (182) «Discurso...», ibíd., pág. 41.
- (183) «Discurso...», ibíd., pág. 46.
- (184) «Revista J.O.N.S.», junio 1933.
- (185) «La Conquista...», ibíd., pág. 6.
- (186) «La Conquista...», ibíd., pág. 41.
- (187) «España Invertebrada», de José Ortega y Gasset. Calpe. Madrid, 1921, pág. 110.
- (188) «La Conquista...», ibíd., pág. 42.
- (189) «La Conquista...», ibíd., pág. 61.
- (190) «La Conquista...», ibíd., pág. 20.
- (191) «La Conquista...», ibíd., pág. 20.
- (192) «Discurso...», ibíd., pág. 44.
- (193) «Discurso...», ibíd., pág. 46.
- (194) «Discurso...», ibíd., pág. 51.
- (195) «Discurso...», ibíd., pág. 73.
- (196) «Discurso...», ibíd., pág. 91.
- (197) «Discurso...», ibíd., pág. 92.
- (198) «La Conquista...».
- (199) «La Conquista...».
- (200) «La Conquista...», 9 mayo 1931, núm. 9.
- (201) «La Conquista...», 9 mayo 1931, núm. 9.
- (202) «La Conquista...», ibíd., pág. 96.
- (203) «La Conquista...», 16 mayo 1931, núm. 10.
- (204) «La Conquista...», 16 mayo 1931, núm. 10.
- (205) «La Conquista...», ibíd., pág. 86.
- (206) «La Conquista...», ibíd., pág. 86.
- (207) «La Conquista...», 25 abril 1931, núm. 7.
- (208) «La Conquista...», ibíd., pág. 71.
- (209) «La Conquista...», ibíd., pág. 74.
- (210) «La Conquista...», 16 mayo 1931, núm. 10.
- (211) «La Conquista...», 16 mayo 1931, núm. 10.
- (212) «La Conquista...», ibíd., pág. 64.

- (213) «La Conquista...», ibíd., pág. 65.
- (214) «La Conquista...», ibíd., pág. 106.
- (215) «La Conquista...», ibíd., pág. 94.
- (216) «La Conquista...», 30 de mayo de 1931, núm. 12.
- (217) «La Conquista...», 30 de mayo de 1931, núm. 12.
- (218) «La Conquista...», 30 de mayo de 1931, núm. 12.
- (219) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (220) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (221) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (222) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (223) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (224) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (225) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (226) «La Conquista...», 6 de junio de 1931, núm. 13.
- (227) «La Conquista...», 10 de octubre de 1931, núm. 21.
- (228) «La Conquista...», 24 de octubre de 1931, núm. 23.
- (233) «La Conquista...», 10 de octubre de 1931, núm. 21.
- (229) «La Conquista...», 3 de octubre de 1931, núm. 20.
- (230) «La Conquista...», 3 de octubre de 1931, núm. 20.
- (231) «La Conquista...», 3 de octubre de 1931, núm. 20.
- (232) «La Conquista...», 10 de octubre de 1931, núm. 21.
- (233) «La Conquista...», 10 de octubre de 1931, núm. 21.

[Miguel Moreno Hernández, *El nacionalsindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos*, Deleg. Nac. de Organizaciones del Movimiento, Madrid, 1963]